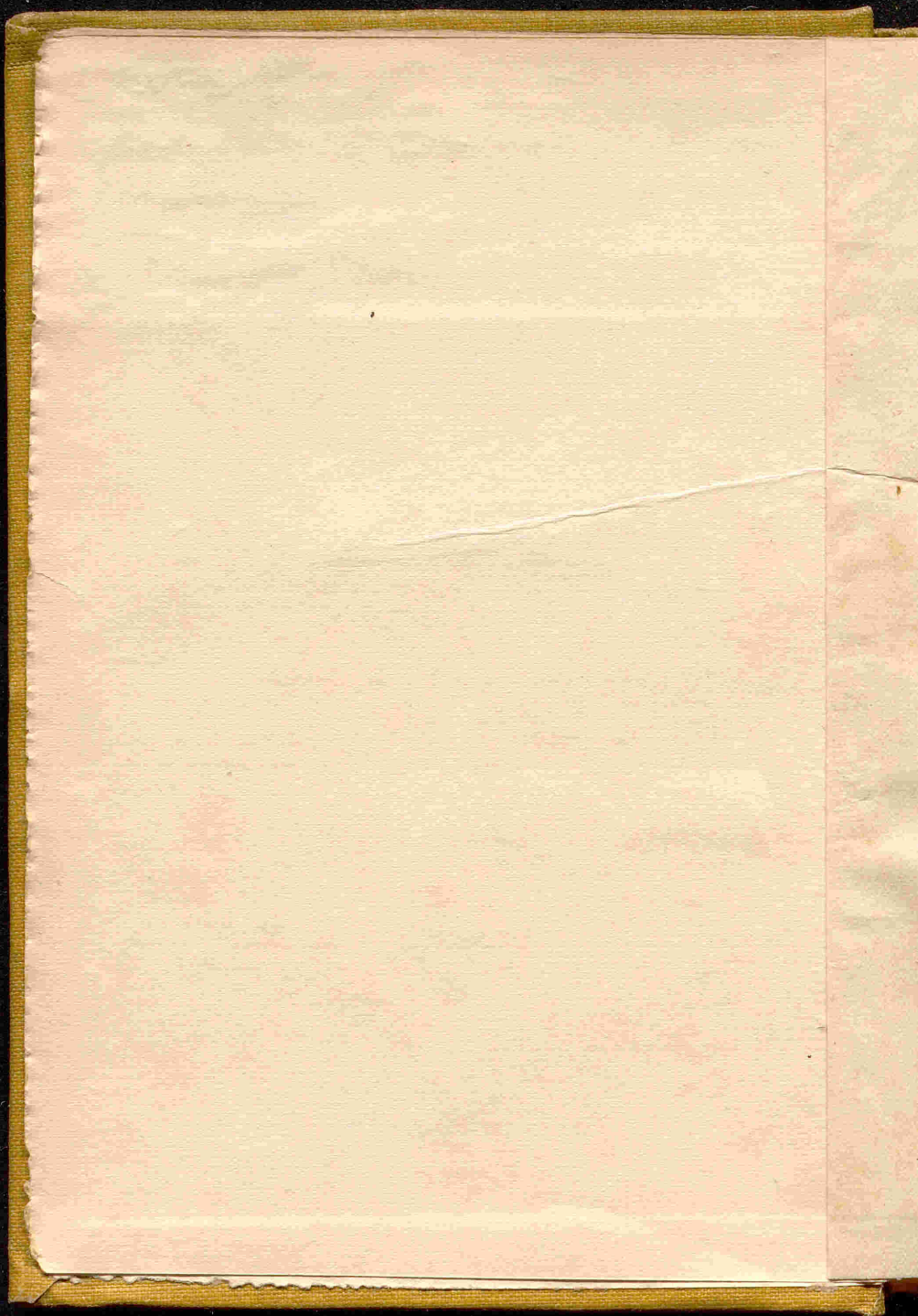
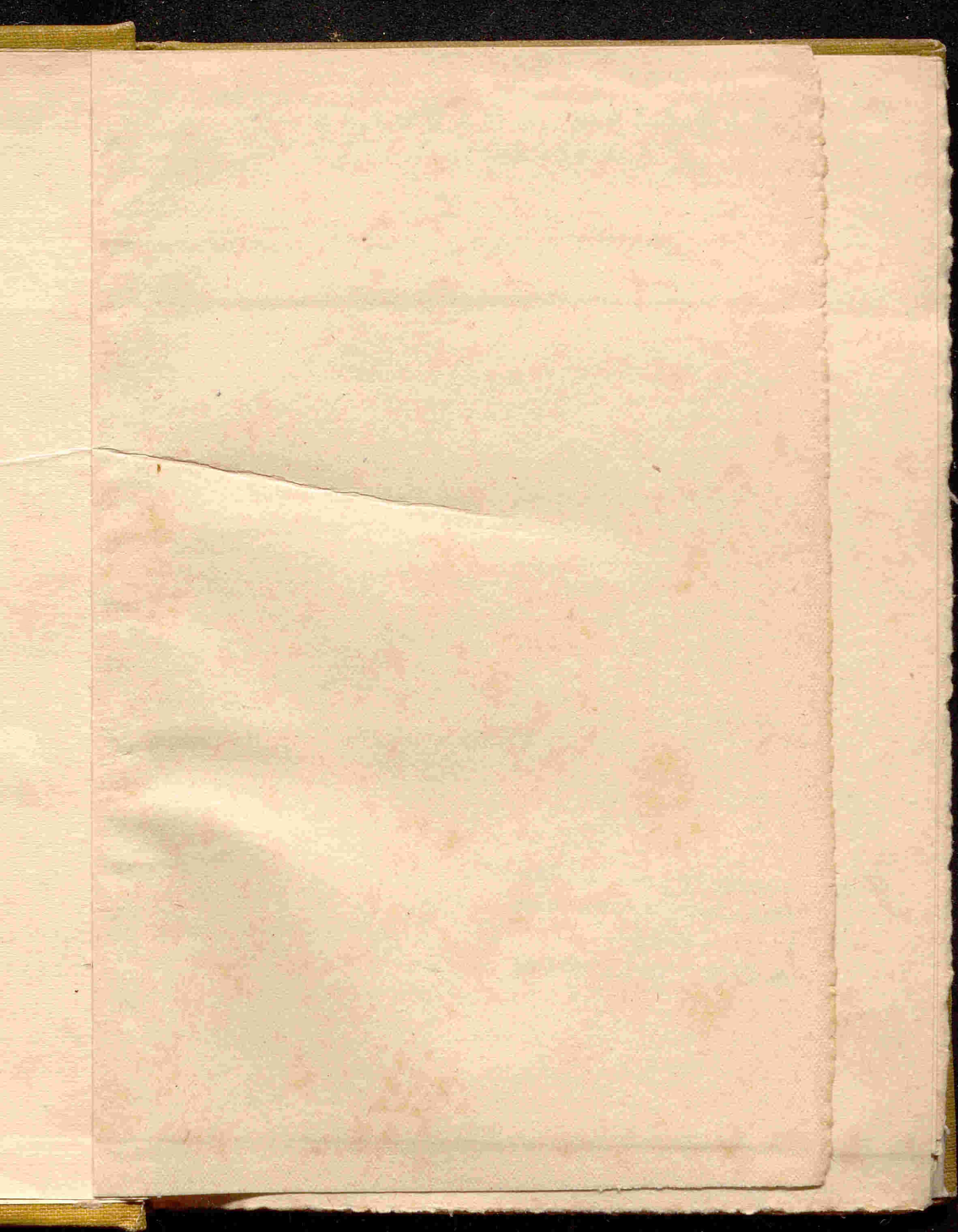


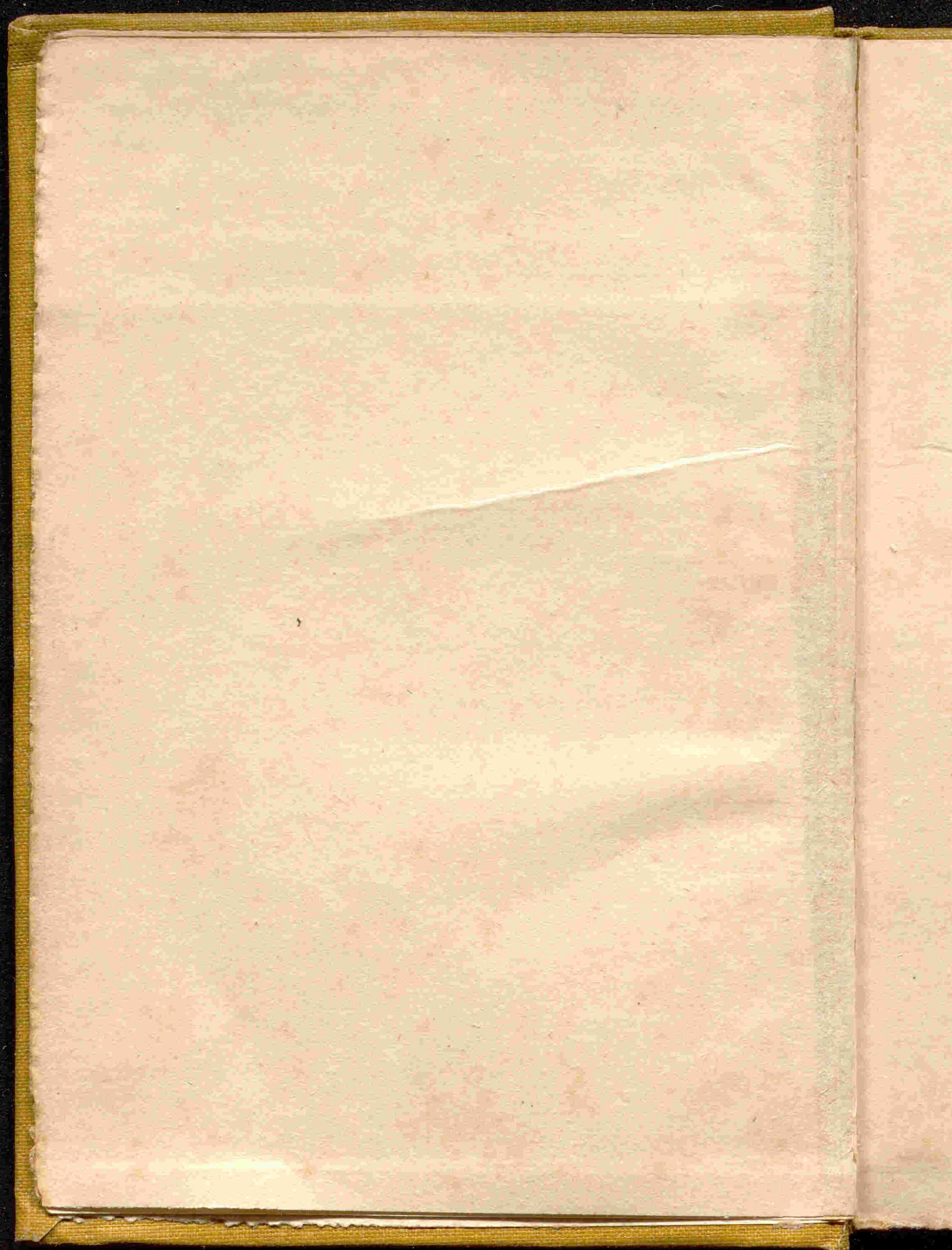
EL SOLAR  
DE LA RAZA  
POR  
MANUEL GÁLVEZ













BIBLIOTECA CALLEJA

PRIMERA SERIE

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
— — —  
BIBLIOTECA

## LIBROS DE MANUEL GÁLVEZ

EL ENIGMA INTERIOR ( <i>poemas</i> ).....	1907
SENDERO DE HUMILDAD ( <i>poemas</i> ).....	1909
EL DIARIO DE GABRIEL QUIROGA ( <i>opiniones sobre la vida argentina</i> ).....	1910
LA INSEGURIDAD DE LA VIDA OBRERA ( <i>informe sobre el paro forzoso</i> ).....	1912 (agotado)
EL SOLAR DE LA RAZA.....	1913 (3. <sup>a</sup> edición)
LA MAESTRA NORMAL ( <i>novela</i> ).....	1914
EL MAL METAFÍSICO ( <i>novela</i> ).....	1916
LA VIDA MÚLTIPLE ( <i>arte y literatura</i> ).....	1916
LA SOMBRA DEL CONVENTO ( <i>novela</i> ).	
UACHA REGULES ( <i>novela</i> ).	



MANUEL GÁLVEZ

# EL SOLAR DE LA RAZA

OBRA PREMIADA POR EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA  
ARGENTINA

*QUINTA EDICIÓN*



ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA

MCMXX

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA" S.A.

CASA FUNDADA EL AÑO 1876

M A D R I D

PROPIEDAD  
DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

Imp. de Félix Moliner  
Leganitos, 54.—Madrid



## ADVERTENCIA PARA LA 5ª EDICIÓN

ENTRE los innumerables escritores que en España y América, y en libros, artículos o conferencias, han hablado de El solar de la raza, me parece que la mayoría ha entendido ocuparse de una obra tradicionalista. Pero tradicionalista no en literatura ni en arte, sino en cuanto a la ideología que pudiera decirse política y social del autor. No me hubiera preocupado semejante errónea interpretación de mi libro, si entre aquellos escritores no figurasen algunos tan responsables como Gabriel Alomar. Pero esta circunstancia me obliga a encabezar la primera edición que se hace en España de la presente obra, con unas palabras explicativas.

Se ha dicho que, en mi admiración hacia la España vieja, preconizo la resurrección del pasado, el retorno a modos de vivir, de sentir y de pensar, ajenos a nuestro tiempo. Nada menos exacto. Mi admiración hacia la España vieja, es puramente artística y literaria. Del mismo modo que comprendo y siento lo que hay de bello

*en la vida moderna, comprendo y siento lo que tiene de bello el pasado; y si he querido evocarlo, no es para que informe nuestra existencia actual ni para que nos sirva de modelo o de guía. El pasado se ha ido y no debe volver; aunque en mi egoísmo de artista, quisiera que en Europa quedara un buen número de viejas ciudades de arte, como ejemplos de lo que fueron los pretéritos siglos.*

*En la introducción—que titulé El espiritualismo español—, explico la índole de mi libro; y casi no hay capítulo donde no se encuentre alguna frase que aclare mi intención. “Nosotros—digo en una de las primeras páginas—, debemos tomar las enseñanzas espiritualistas de España como un simple punto de partida, como un germen que, trasplantado al clima moral de nuestra patria, arraigará en ella con vigor nuevo y forma propia.” En el capítulo sobre Toledo, hablando al pasar de cierta naciente energía española, declaro que me regocijo de ella, ciudadano, como soy, de un país potente de energías. Y poco más allá, expreso claramente: “Yo admiro y amo la vida moderna, que es fuerte y enérgica, y después de algunas necesarias evoluciones, he veni-*



### El solar de la raza

*do a comprender la gran poesía que contiene. En el capítulo sobre Roncesvalles, después de haber hablado acerca del heroísmo español, termino así: "Y al dejar Pamplona pensé que otra cosa fuera España si, decidiéndose a dejar para siempre sus sueños de conquista, matara al Cid que lleva dentro y reemplazara el heroísmo militar en África por el heroísmo del trabajo en sus gloriosas tierras."*

*Podría multiplicar las citas, pero creo que basta con lo transcripto.*

*Reclamo, pues, para este libro el derecho a que se le considere como muy moderno. Lo es por su inquietud espiritual, por su sentido del carácter, por su amor a la energía. No comprendo cómo no se advierte que quien lo ha escrito tiene un sentido dinámico—vale decir americano—de la vida. Un notable escritor amigo, crítico penetrante, me decía en una carta hablándome de este libro, que veía yo "las cosas ancestrales desde un punto de vista pragmático". Al escribir El solar de la raza, en efecto, sólo he querido mostrar a los argentinos—tan materialistas, tan preocupados de las cosechas, de las lanas y del valor del suelo—, algunos ejemplos de*

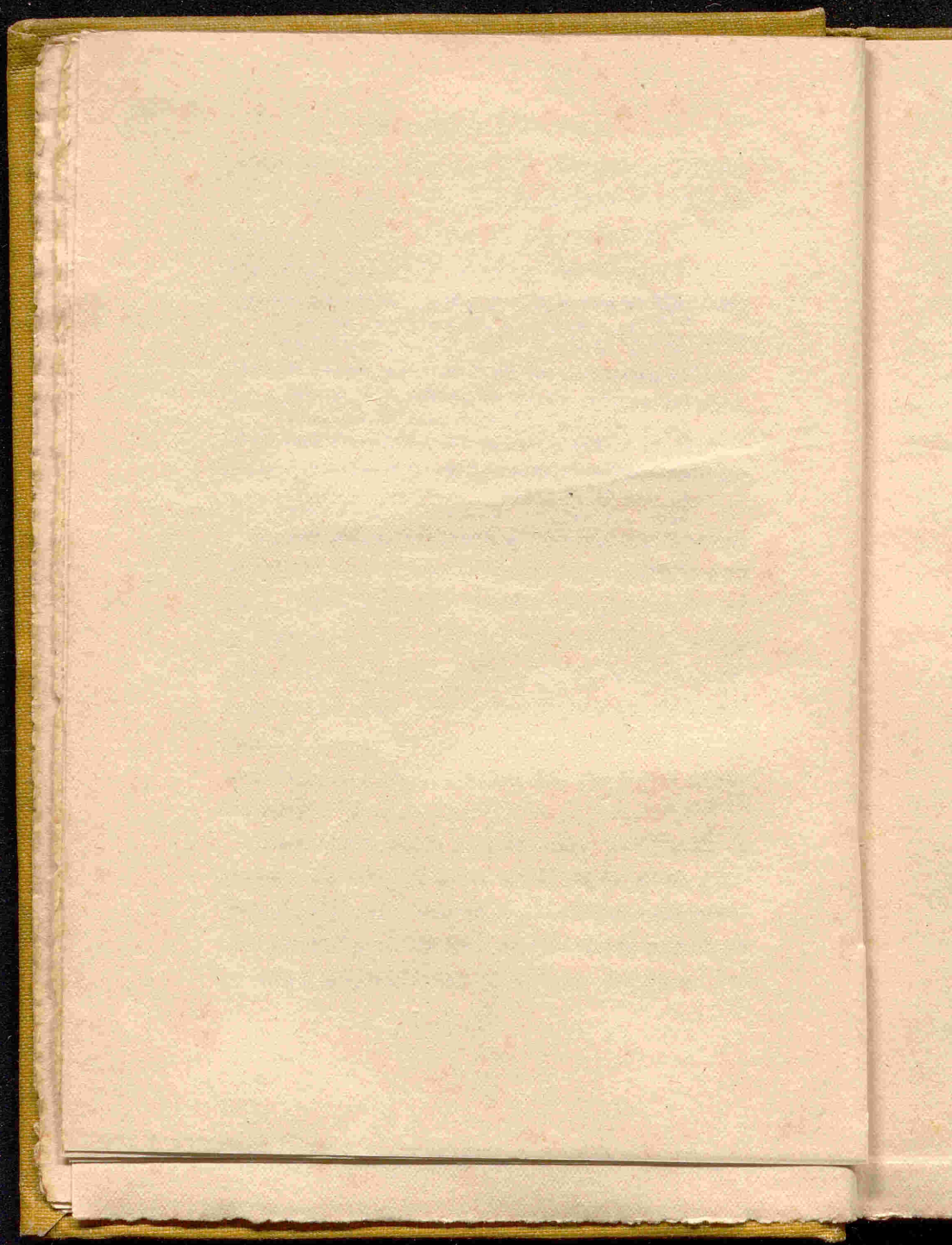
*espiritualismo. Les evoqué Segovia, Toledo, Ávila, no para que nuestras ciudades fuesen como éstas, ni para que los argentinos pensarán, vivieran o sintieran como los castellanos de otro tiempo, sino para contagiarlos del espiritualismo de aquellas ciudades. Espiritualismo que no es obra de los actuales españoles, sino algo que ha quedado en el ambiente, tal vez una ruina más, como tantas otras que embellecen, con su melancolía y sus poéticas sugerencias, el ámbito de las decrepitas ciudades.*

*Quiero advertir también al lector español, que considero como un tanto incompleto a este libro. Circunstancias enteramente personales me impidieron conocer Galicia, Extremadura y otras comarcas españolas. Faltan, pues, varios capítulos; entre ellos, uno sobre Santiago de Compostela, que no me conformo de no haber podido escribir. Pero confío en realizar mi deseo alguna vez.*

*Finalmente, hago constar que El solar de la raza fué escrito dos años antes de la gran guerra, lo cual debe tenerse en cuenta para comprender por qué hago ciertas afirmaciones que luego se han convertido casi en lugares comunes.*



*A la memoria de mis antepasados españoles; a los hijos de Hispania, que contribuyen con su trabajo a edificar la grandeza de mi patria, y a mi abuelo materno, nacido en las entrañas mismas de Castilla la Vieja, consagro este libro a modo de concreto homenaje hacia la España admirable: la España donde todavía perdura intensa vida espiritual; la España profunda y maravillosa; la España que es para nosotros, los argentinos, la casa solariega y blasonada que debemos amar.*





## EL ESPIRITUALISMO ESPAÑOL

**N**UESTRA fuerte y bella patria argentina vive en estos momentos una hora suprema: la hora en que sus mejores inteligencias y sus más sanos corazones reclaman la espiritualización de la conciencia nacional.

Este movimiento, si excluimos a los precursores, data apenas de un lustro. Pasados los primeros tiempos de intrepidez física, de labor casi heroica, hemos sentido la necesidad de atemperar con retoques de espiritualidad la barbarie de las energías materiales. En un principio la prédica pareció extraña; el fervor de unos pocos no era para la gente sino literatura, lirismo inofensivo que se complacía en cosas harto abstractas. El verbo idealista, hablando del alma de los pueblos, afirmando que en la vida espiritual reside la única grandeza durable de las naciones, so-

naba, y desgraciadamente suena todavía en estas pampas, a jerigonza insufrible.

No se trataba ni se trata, aunque tal es el fin que deseamos, de crear en este momento un peculiar idealismo argentino. Tamaña maravilla no la hará una sola generación. Nosotros pretendemos simplemente atenuar el torpe materialismo que hoy nos agravia y avergüenza.

Al par que idealista, esta campaña es nacionalista. El idealismo colectivo fué en otros tiempos decoro de la patria, y representa por esto, un valor tradicional. En cambio, el escéptico materialismo de ahora es cosa reciente, pues ha aparecido con la actual fiebre de riquezas y, con ésta, ha venido de Europa. El inmigrante vencedor mediante su éxito enorme en la adquisición de la fortuna, ha introducido en el país un nuevo concepto de la vida. No traía otro propósito sino enriquecerse, y era, pues, natural que contagiase a los argentinos su respeto exclusivo de los valores materiales. Pronto, al tiempo que se esfumaban los vestigios románticos en los que se concretaba el alma nacional, el idealismo desaparecía. Por esto ahora queremos, en doble afán patriótico e idealista, infundir a nuestra patria carácter y alma propios, y hacer brotar en la tierra reseca, angustiosamente reseca, que es nuestra vida materialista, surgentes de ideales. De otro modo, este



### El solar de la raza

pueblo no será sino un cuerpo sin alma, una pobre cosa sin trascendencia. Hemos ya construído fuertes diques de energía y de riqueza; ahora nos falta introducir, en el estanque enorme formado por aquellos diques, el agua de vida que es la espiritualidad.

Los comienzos de la gran obra de bien no han fracasado. Los que hemos contribuído a la siembra de ideales con nuestro puñadito de semilla, podemos ya recoger la primera cosecha; pequeña si se quiere, pero cosecha de todos modos. Ya vendrán con los años, cuando aumente el número de sembradores, las recolecciones asombrosas. Porque yo creo en la fertilidad espiritual de mi país; no comprendería que ella no correspondiese a su prodigiosa fertilidad material.

Mientras tanto, he aquí ya un primer triunfo: la necesidad de espiritualizar el país se ha hecho un axioma para muchas gentes. El extraño vocabulario de nuestro idealismo empieza a hacerse inteligible, y los hombres de acción van comprendiendo nuestra verdad.

\* \* \*

Son los escritores, y especialmente los jóvenes, quienes realizan esta obra de evangelización. El pequeño grupo que formamos, ejerce aquí una misión semejante a la que tuvo en España aquella genera-

ción de ideólogos que surgió después del desastre. España, por medio de Ganivet, Macías Picavea, Costa, Unamuno y algunos otros, se observó a sí misma y llegó a conocerse profundamente. También mi patria, por medio de sus jóvenes escritores, está observándose a sí misma y yo creo que ya ha empezado a conocerse.

Brava lucha es la nuestra. Tenemos que pelear lindamente—en los libros, en los diarios, en la cátedra, en todas partes — contra los calibanesos intereses creados que son los hábitos materialistas. Tenemos que predicar maniáticamente el amor a la patria, a nuestros paisajes, a nuestros escritores, a nuestros grandes hombres; desentrañar el idealismo y la originalidad de nuestro pasado, y enseñar cómo estas cualidades de la patria romántica y pobre pueden salvar, sin menoscabarla en su grandeza material, a la actual patria viviente. Y tenemos, por último, que buscar por toda la anchura de la tierra ejemplos de idealismo y tratar de crear, en el alma de nuestros conciudadanos, la misma emoción purificadora que estremeció a la nuestra.

De este modo, siguiendo alguno de los propósitos referidos, este escritor interpreta los mitos antiguos, y, deseando para la patria un ideal de vida análogo al de los griegos, saca de sus eruditos estudios lecciones idealistas y cantos de poesía civil. Este otro



prefiere la prédica directa del idealismo y confía en la acción de la escuela como el medio mejor de restaurar nuestro carácter argentino, de crear el sentimiento de la nacionalidad y de infundir ideales en el pueblo. Aquél se limita a cantar la poesía de nuestros campos. Y otros, para no citar más ejemplos, adoptan como materia exclusiva de sus escritos, ambientes locales que describen en prosa nativa, incontaminada por la influencia extranjera.

También yo, debo decirlo para que se comprenda la razón de ser de este libro y su verdadera significación, he dedicado mis esfuerzos a la doble obra patriótica, que no es sino una en mi sentir, del nacionalismo y de la espiritualización del país (1). Pri-

(1) Existen en mi patria dos tendencias políticas. La primera, conservadora y en cierto sentido tradicionalista y regresiva, clama contra la pérdida de la antigua fisonomía moral y material del país; quiere moderar la inmigración, sobre todo la no latina; y pretende restaurar el agudo nacionalismo de antaño. La segunda tendencia es cosmopolita y liberal; desprecia el pasado romántico y quizás nuestro origen español; mira demasiado hacia Europa y los Estados Unidos; quiere el progreso a toda costa y poco parece interesarle que tenga el país un alma propia. Esta última tendencia ha sido denominada recientemente *nacionalismo progresivo*, mientras a la primera, que es el verdadero nacionalismo, se le ha agregado el calificativo de *histórico*. Yo creo que ambas tendencias deben unirse en una sola. La Argentina moderna, construida con base de inmigración, o sea de cosmopolitismo, puede y debe conservar un fondo

meramente traté, en un libro de versos, de reproducir mis sensaciones de paisaje argentino, y sobre todo de evocar el ambiente de aquellas ciudades de provincia donde, al contrario de Buenos Aires y otras ciudades en pleno progreso, aun perdura el antiguo espíritu nacional, el sentimiento de la patria, la profundidad espiritual de la raza y aquella condición ingenua, soñadora y romántica de los viejos pueblos argentinos. De este modo, pretendía sugerir a mis conciudadanos, realizando así obra nacionalista, aquella poesía de nuestro país que el habitante de las ciudades del litoral ignoraba completamente. Más tarde consagré a la prédica del idealismo nacionalista un libro en prosa donde, afirmando que «con el advenimiento de la época materialista y transitoria que vamos atravesando» habíamos abandonado los ideales «que fueron el más noble ornamento del pueblo argentino, para preocuparnos tan sólo de

---

de argentinidad. Esta tendencia ecléctica, que sería la más práctica, aceptaría los hechos inevitables y trataría de que aquel fondo de argentinidad no desapareciera, a fin de que todos los elementos extraños que viniesen al país fueran absorbidos por él y modificados por su espíritu. Si nuestro país ha de tener carácter y espiritualidad, esto dependerá de lo que perdure de castizo, es decir, de español y de criollo, en la mezcla definitiva. Advertiré que entre los partidarios del *nacionalismo progresivo* no todos siguen orientaciones espirituales; los más, prescinden de ellas.



### El solar de la raza

acrecentar nuestra riqueza y acelerar el progreso del país», proponía la reconquista de la vida espiritual argentina por medio de la «educación de los ciudadanos, el estudio de nuestra alma colectiva y la sugestión de los viejos ideales». El actual libro, que continúa la labor comenzada en los anteriores, lleva latente, en su íntima hondura, el mismo fin patriótico que aquéllos.

Parecerá que este carácter nacionalista mal pueden tenerlo páginas que tratan de cosas españolas. No es así, sin embargo. Aparte de las cualidades argentinas concretadas en los modos de ver y de sentir que el autor ha de mostrar forzosamente, todo libro sobre España escrito por un argentino, será un libro argentino. Y es que nosotros, a pesar de las aparentes diferencias, somos en el fondo españoles. Constituimos una forma especial de españoles, como éstos constituyen todavía, no obstante haber desaparecido el Imperio Romano, una forma especial de latinos. Dentro de la vasta alma española cabe el alma argentina con tanta razón como el alma castellana o el alma andaluza. Somos españoles porque hablamos el idioma español, como los españoles eran latinos sólo porque hablaban el latín. El idioma es quizás el único elemento caracterizador de las razas. Si no, ¿qué relación tiene, fuera de la semejanza del idioma, el español del mediodía, descendiente de

fenicios, cartagineses, vándalos, godos, bereberes y árabes, con el francés del norte, enteramente ajeno a aquellas influencias étnicas? Y, sin embargo, ambos son latinos. Es que la comunidad o el parentesco del idioma origina iguales o semejantes modos de sentir, de pensar y hasta de proceder.

Pero este libro no es argentino sólo por tales razones.

Desde luego, lo he escrito casi únicamente para mis conciudadanos. Convencido de la urgencia de propagar en nuestro país ideas y sentimientos idealistas, he creído que, así como algunos escritores habían utilizado para ello los mitos griegos y nuestra antigua indiosincrasia, sería no menos eficaz hacer revivir en el lector las sensaciones de espiritualismo que nos producen ciertas ciudades seculares. Fascinado por España, el más profundo e inquietante pueblo que conozco, recorrí, en diversos viajes, sus más interesantes regiones; experimenté las más íntimas emociones de arte de mi vida y recogí en las viejas ciudades de Castilla múltiples enseñanzas que constituyen el fondo íntimo de este libro. Probablemente otros escritores habrían buscado en Alemania o en Inglaterra, tal vez en Francia o en Italia, el secreto que ilumina y vivifica a aquellas grandes naciones, para revelarlo y propagarlo luego en nuestra patria. Creyente yo en



### El solar de la raza

nuestra admirable raza latina, y especialmente en la estirpe española a que pertenecemos, mi elección no podía ser otra. Son las imágenes del espiritualismo español las que debemos, preferentemente, presentar a nuestros conciudadanos. La influencia española es necesaria para nosotros, pues lejos de descaracterizarnos, como ciertas influencias exóticas, nos ayuda a afirmar nuestra índole americana y argentina.

Pero tampoco se trata de verdadera influencia. No pretendo que adoptemos el concepto de la vida que tienen los españoles, ni sus ideas, ni sus instituciones. Todo esto fuera ridículo y antipatriótico. Solamente quiero—lo repetiré con otras palabras—hacer conocer, para impulsar nuestro resurgimiento idealista, algunos *films* de la geografía espiritual de España. Nosotros debemos tomar las enseñanzas espiritualistas de España como un simple punto de partida, como un germen que, trasplantado al clima moral de nuestra patria, arraigará en ella con vigor nuevo y forma propia.

En definitiva, lo que en concreto, y primeramente, pretende este libro, no es más que producir, en los argentinos que me lean con simpatía, el contagio espiritual de mis sensaciones de aquellas ciudades españolas donde aun vive el alma de la raza y perduran los restos de una antigua grandeza espiritual. También pretendo propagar afecto a España, de lo

cual resultará el amor a nuestra raza, que tantos *snoobs* posponen a la raza anglosajona; y el amor a nuestro idioma: el más bello, el más sonoro, el más rico y el más viril de los idiomas modernos. También pretendo que mis conciudadanos comprendan y amen la literatura española, y sobre todo el arte español: aquel arte maravilloso en cuyas cumbres de belleza anidan águilas de misticismo. Quiero asimismo que conozcamos la historia española, que es la más honda y vasta fuente de nobleza, de energía, de valor, de idealidad, que haya existido en el mundo. Y, por fin, quiero que mis conciudadanos, tan amigos de los viajes, recorran las comarcas de España, donde recogerán infinitas enseñanzas y hallarán para sus almas los más intensos y fecundos goces.

Construyamos el idealismo argentino sacándolo del fondo de nuestra raza, es decir, de lo español y lo americano que llevamos dentro de nosotros. Y quizás en algún día no lejano, el esfuerzo de estas generaciones fructifique en una forma típica y moderna de idealismo argentino.

Tuvo antaño mi patria cierta vida espiritual. Era cuando, pobres y pequeños, libertábamos a cinco naciones hermanas con un desinterés sin ejemplo en la historia. Entonces éramos grandes: dábamos al mundo libertad. Hoy le damos carnes y trigo. Utilicemos las virtudes de aquel tiempo, injertando algunos ga-



### El solar de la raza

jos de su espiritualidad en la planta impetuosa de la patria actual. Y puesto que no es el caso de dar libertad a los hermanos de América, démosles ideas e idealismo. Estos dones son tan valiosos como la libertad; más aún: son la libertad misma, pues tanto el individuo como la sociedad no son libres, sino esclavos, cuando viven sin ideales.

\*\*\*

Los viajes realizan, sobre todo para las gentes de un país tan joven como el nuestro, una alta misión de cultura.

Para el individuo, viajar es renovarse. Los viajes modifican nuestro concepto del mundo, crean en nosotros un nuevo ser, acrecen el capital de nuestros conocimientos, nos inculcan la tolerancia, nos hacen más comprensivos e inteligentes, educan nuestra sensibilidad. Personas que vivieron consagradas a su útiles tareas, al viajar visitan museos y catedrales, se ponen en contacto, siquiera sea por un instante, con el alma de las ciudades místicas. Este contacto es inmensamente benéfico. Una persona inteligente, pero que jamás se haya preocupado de otras cosas que de sus asuntos, sentirá en Avila, en Asís, o en Nuremberg, que su mundo se ensancha, que su concepto utilitarista se transforma. Podríamos decir que a esa persona le nacen alas.

Para el individuo, viajar es a veces salvarse. Hay quien al iniciar su viaje abandona al hombre antiguo, comienza una mejor vida. Algunos encuentran su personalidad, deciden su vocación. Constantino Meunier, pintor mediocre, siente en su viaje por España, a la edad de cincuenta años, despertar aquella vocación que le llevó a ser uno de los más insignes escultores de la época. Otros adelantan en su camino de perfección; muchos hallan la fe que los rehabilitará ante su propia conciencia. Y todos se educan y civilizan.

Quizás no haya nada tan útil como la facultad de soñar. El hombre que no sueña es un ser rutinario; no innovará, no creará jamás. Soñar es vivir, preparar el advenimiento de la creación artística o científica; soñar es amar la vida y las cosas. Los hombres y los pueblos necesitan soñar. Y bien: los viajes propician la plenitud del ensueño. Cuando viajamos, dejamos en nuestras casas todas las menudas preocupaciones que enturbian la vida y nos entregamos a la delicia de vivir con el alma. En los viajes sentimos en nosotros un despertar de poesía. Sin contar la visión de los paisajes y las sugerencias del arte, encontramos una rara e íntima poesía en mil cosas, algunas triviales: como cuando llegamos de noche a una ciudad muerta y recorremos sus calles solitarias; cuando en el largo rodar de los ferroca-



rriles nos despiertan de nuestro sueño voces extrañas y quejumbrosas que pronuncian nombres evocadores, célebres, seculares, nombres de los pueblos en cuyas estaciones nos detenemos; cuando pisamos los mismos lugares que ilustraron con sus vidas los grandes hombres de la historia; cuando sufrimos en los cuartos de los hoteles del horror de la soledad; cuando creemos sentir en las callejuelas arcaicas el alma de un héroe o de un santo.

A la patria misma se la quiere y comprende mejor cuando se viaja. Entonces apreciamos todo el valor de nuestras costumbres, de nuestras afecciones, de nuestras instituciones, de nuestras ideas y sentimientos. La patria, vista desde lejos, se agranda y poetiza. Es a nuestros ojos como un ser humano, como una amada cuya ausencia nos aflige.

Los viajes son, por último, el más útil instrumento de perfección para las sociedades modernas. Los periódicos, los libros, jamás nos darán la sensación exacta de las cosas. Es preciso ver con los propios ojos, oír con los propios oídos. Los viajes nos estimulan y nos infunden la noble ambición de sobrepasar las perfecciones ajenas.

\*\*\*

Si los argentinos viajaran por España recogerían en cada ciudad castellana una lección espiritualista.

Aquel país es uno de los más intensos focos de espiritualidad que existen en Europa.

Las ciudades alemanas, magníficas y civilizadas, interesantes para sociólogos y médicos, nada nos dicen al alma. El viajero no recibirá en ellas una sola emoción intensa. Estas ciudades podrán dejarnos admirados, pero jamás conmovidos. Tampoco nos dicen nada al alma las ciudades suizas, en las que el desabrimiento y la mediocridad llegan al más alto grado de perfección; ni las ciudades belgas, igualmente burguesas, salvo Brujas y alguna otra. Las ciudades francesas, aburguesadas e industrializadas, han perdido su antiguo carácter; las catedrales maravillosas que, a estar en otro ambiente, es decir, en otro marco más propicio, nos producirían emociones muy hondas y duraderas, nos causan simplemente emociones estéticas (1). En Inglaterra ha ocurrido lo que en Francia. Algunas ciudades italianas sí nos hablan al alma y poseen carácter y be-

---

(1) La Condesa de Pardo Bazán dice en uno de sus últimos libros, hablando de París: «Es una capital en que hay comodidades, diversión y recreo para la vista, pero no sensaciones intensas y extrañas como pretenden hacernos creer sus artificiosos escritores». Y agrega, refiriéndose a *Notre Dame*: «Este monumento ha sido adobado, escabechado, recocado en literatura romántica. Sin duda su arquitectura ofrece un ejemplar típico, pero le falta la sugestión de las catedrales españolas, con costra dorada y polvorienta, capi-



lleza. Lástima que el exceso de turismo, un turismo abominable, nos quite parte del encanto. Las cosas no hablan al alma sino en el silencio y la soledad.

Pero en España no sucede lo mismo. Allí vive el pasado y se diría que en algunos lugares castellanos la vida se detuvo hace tres siglos. Segovia, Toledo, Avila, Salamanca, Sigüenza, Santillana del Mar, nos hablan en lenguaje profundo y sencillo, nos conmueven hondamente, nos arrancan de las realidades de la vida llevándonos a una vida más alta. ¡Ah, estas ciudades que nos extasían con su arte humano e inquietante, ciudades señoriales y místicas que hacen pensar en Dios, ciudades amigas a cuyo contacto nos hacemos más puros, más nobles, más buenos, más idealistas! Barrés ha dicho de Toledo que es un verdadero hogar para el alma. Frase admirable y definitiva que debe aplicarse a todas las ciudades castellanas y que condensa cuanto pudiera yo decir.

No conozco ninguna ciudad que evoque tanto lo infinito y sea tan opulenta de efluvios espirituales, como cualquiera de las ciudades castellanas. Esto se explica. España es quizás el país donde más se ha vivido en Dios y para Dios, lo que quiere decir: don-

---

llas misteriosas, sepulcros goteroneados de cera y santos vestidos de tisú. *Notre Dame*... un salón limpio, barrido, enseñado con facilidad y con *boniment* por un sacristán industrial de voz enfática y aceitosa. Falta en *Notre Dame* sentimiento.»

de más se ha vivido espiritualmente. No hay, en efecto, vida tan alta, tan espiritual, tan profunda, ni tan intensa, como la del creyente verdadero. No es preciso serlo para reconocer esta verdad. William James la comprueba y la afirma cuando demuestra la superioridad espiritual y moral de la vida del convertido sobre su vida anterior a la conversión. Los grandes creyentes viven todos sus momentos en un ambiente espiritual y aun sus ocupaciones materiales les otorgan motivo para elevarse hacia Dios. Así de los más comunes menesteres ascienden a un mundo ideal y ni por un instante sus pensamientos les alejan de Dios. Además, España no sólo vivió en Dios durante siglos, sino que en ella aun persiste algo de esa forma de vida, y es sin duda el país que más ha conservado las cosas de aquella época en que se vivía en Dios. Ganivet ha dicho que lo místico es permanente en España.

Pero la existencia de este ambiente espiritual no deriva solamente del misticismo. España fué el país de soñadores y contemplativos, de artistas extraordinarios; posee una gran literatura, y no olvidemos que es español el libro más humanamente idealista que se haya escrito en el mundo. Es natural, pues, que todos estos hombres y cosas crearan aquel ambiente espiritual que es, en su altura, casi exclusivo de España.



### El solar de la raza

Mauricio Barrés, a quien citaré muchas veces, ha dicho que las iglesias de su patria constituían la fisonomía moral del país y que eran los únicos centros de espiritualidad francesa que iban quedando. Estas palabras tienen doble importancia por tratarse de un escritor no católico y uno de los más profundos espíritus de las actuales letras francesas. Y bien: si las iglesias son centros de espiritualidad, como nadie osará negarlo, ¿qué decir de España? Es éste el país donde existen más iglesias, y el país que posee las más bellas catedrales. Casi no hay ciudad española sin una catedral maravillosa. En la España castiza la catedral es la ciudad misma, su cerebro, su alma, su corazón, sus nervios, sus brazos. Se diría que ciertos pueblos sólo existen para la catedral, que la catedral constituye la razón de ser del pueblo. León, Burgos, Toledo y Sigüenza, son sus catedrales; y la vida de ellas, toda la vida de estos pueblos. En España la espiritualidad de las iglesias no queda encerrada en ellas mismas, sino que, como las cosas circundantes no le son hostiles, desborda lógicamente sobre la vida, el carácter y el ambiente de la ciudad. Así en los pueblos castellanos, al salir de las iglesias nos parece continuar en ellas. No sentimos contraste alguno. Las callejuelas silenciosas, donde nuestros pasos resuenan como sobre las baldosas de las catedrales, son a modo de largas naves de iglesia. Los rin-

cones y patios solitarios que finalizan alguna calle, recuerdan las capillas misteriosas y sombrías, y a veces un cristo o un santo en su hornacina completan el símil; y hasta los paseos, formados invariablemente por tres o cuatro calles de árboles, nos inducen a creer que recorreremos las naves de la catedral. Este fenómeno de que la calle sea una prolongación de las iglesias es exclusivo de las viejas ciudades castellanas. En ningún otro país he recibido la misma impresión. Desde luego las ciudades populosas, con su bullicio, su horrenda edificación moderna, el apresuramiento de las gentes, los rostros que ostentan sólo preocupaciones materialistas, el carnaval de los trajes femeninos, la ausencia de espiritualidad y de misterio, constituyen, respecto de las viejas iglesias, el más enorme contraste que se pueda imaginar. Jamás olvidaré la impresión de asco y de dolor que me produjeron las calles de Lisboa después de haber ennoblecido mi alma en esa fuente de misticismo y de belleza que es el convento de los Jerónimos de Belén. En cambio Salamanca, Toledo, Avila, son los naturales ambientes de sus iglesias, y sería bien distinta la emoción de estos pueblos si sus viejas catedrales estuvieran enmarcadas por barrios flamantes y rodeadas por avenidas y por esas terribles casas modernas que ha creado para nuestro castigo la estética mesocrática. La espiritualidad de las iglesias,



### El solar de la raza

que se desprende de ellas y no encuentra en el ambiente de los pueblos hostilidad sino amor, es, pues, una de las causas que convierten a España en uno de los más intensos focos de espiritualidad que existen en Europa.

Pero nada nos hablará tan eficaz y bellamente del espiritualismo de España como su arte: quizás el más alto y noble que haya existido.

Es indispensable una renovación de los valores estéticos. El arte meramente objetivo, el arte que no nos habla al alma o al corazón, debe ser, si no rechazado, alejado a un sitio secundario. El arte no puede consistir en una mera imitación de la naturaleza; debe tender a un fin, y este fin ¿cuál será sino el de hacernos más perfectos, más nobles, más idealistas? Yo no he comprendido hasta ahora por qué se exalta a la escultura griega. Es un arte objetivo, materialista, de una belleza puramente formal. Aquellos rostros sin expresión, aquellas figuras frías no nos dicen al alma absolutamente nada. No hay en ellos belleza moral, la más alta, sino la única forma de belleza. Yo quisiera saber qué mejoramiento puede venirnos de contemplar un hombre desnudo o qué puede agregarnos al alma el mirar unas piernas bien formadas. Por el contrario, creo que todo esto es bajo, superficial, miserable.

¿Para qué sirve la belleza fría del *Apolo de Belve-*

*dere*, un hombre desnudo de formas elegantes y afe-  
minadas? Comparemos este arte superficial, sensual,  
puesto que sólo le preocupa la forma, con algún Cris-  
to del Montañés. Pongámonos frente a ambas obras  
con humildad, es decir, olvidándonos de nuestras  
teorías, de las opiniones consagradas, de las menti-  
ras convencionales con que nos ha envenenado la  
estética del Renacimiento. Y bien, ¿qué nos dice el  
Apolo? Nada. Ni su elegancia nos conmueve, ni sus  
formas nos revelan ninguna faz del alma humana. Es  
un mármol frío que no nos inquieta, que nada nos su-  
giere. Es una obra sin profundidad y sin trascenden-  
cia. La belleza de sus líneas no ejercerá ninguna in-  
fluencia trascendental en nosotros. Pero contemple-  
mos ahora un Cristo del Montañés. Dejemos en liber-  
tad a nuestra subconsciencia, pongamos nuestra sen-  
sibilidad a flor de piel. Y si somos artistas, si tenemos  
un alma apasionada y sensible, nos sentiremos con-  
movidos ante aquella imagen del dolor humano. Es  
un arte a la vez naturalista y espiritualista, humano  
y místico. Es un arte que nos inquieta, que no olvi-  
daremos jamás, y que nos infunde anhelos de mejo-  
ramiento moral. La contemplación de tales obras  
tiene que hacernos más buenos, más piadosos, más  
humildes. Es la virtud del dolor. Aun cuando no se  
tenga creencia religiosa, alguna, es imposible desco-  
nocer que no existe espectáculo más moral, más edu-



cador, más espiritualmente bello, más trascendente, que el dolor del dolor humano realizado por el arte. Por esto son tan grandes Sófocles, Shakespeare, el Greco.

La belleza formal, además, es convencional y cambia constantemente. La *Venus de Milo*, que está considerada como un prototipo de belleza femenina, decepciona a todas las personas sinceras e inteligentes que visitan el Museo del Louvre. Aquella mujer de caderas tan anchas es lo más opuesto que puede imaginarse a nuestro concepto de la belleza femenina. Una mujer como la Venus sería hoy una mujer de formas vulgares. Sin embargo, debió parecer maravillosa en otro tiempo. Por lo demás, la *Venus de Milo* no nos dice absolutamente nada, ni siquiera el espíritu de la diosa que representaba. Pero el caso de esta Venus no es sino un ejemplo, pues podría escribirse un volumen demostrando cómo cambia continuamente, en todas las artes, el concepto de la belleza formal.

El cambio de los valores estéticos en nuestra época está demostrado, sobre todo, en el auge repentino y formidable del Greco. Si alguna obra carece de belleza formal es la de este artista; su belleza es espiritual, o más exactamente: mística. Las caras alargadas, los cuerpos deformados, las piernas torcidas de sus personajes, las tonalidades de sus colores, son

materialmente feos. La gente que no percibe sino la belleza de las formas no comprende al Greco. Hasta hace pocos años el Greco era despreciado, considerado como un loco; los críticos ni siquiera le mencionaban (1) y los artistas prescindían de él en absoluto. Pero en estos últimos años todo ha cambiado. Hoy los más nobles artistas opinan que jamás hubo pintor más inquietante, más humano, más profundo que el Greco. Por mi parte creo que ningún cuadro contiene tanta belleza moral como *El entierro del Conde de Orgaz*. Con el Greco sólo pueden ser comparados algunos primitivos flamencos, como Van der Weyden y Matías Grünewald, quienes han alcanzado la cumbre de lo patético: el primero con su *Descendimiento* del Museo del Prado y el segundo con su *Cristo* del Museo de Colmar.

Ahora bien: para que bajo el predominio oficial de

---

(1) Durante su vida el Greco tuvo gran reputación, lo que puede juzgarse por el soneto que le dedicara Góngora. Pero después fué olvidado. El crítico alemán Justi, por ejemplo, no lo menciona. Pero no hay que extrañarse, puesto que Madrazo apenas se limita a nombrarlo en su *Viaje artístico*, mientras llama «genio viril» a Tristán, un discípulo del Greco, y lo coloca a la par de Velázquez, de Rivera, de Zurbarán y de Alonso Cano. Anda por ahí una historia del arte, el difundidísimo librito *Apolo*, que no se acuerda del Greco para nada. En los últimos tiempos han sido publicadas varias obras sobre el artista: la del alemán Meyer, la de Barrés, la de Cossío, y la reciente de Lafont.



### El solar de la raza

la estética del Renacimiento haya surgido de pronto el culto al Greco, es preciso que los valores artísticos hayan cambiado fundamentalmente.

El Renacimiento había restaurado, en arte por lo menos, los valores del paganismo greco-latino. Contra el concepto sensual, o si se quiere formal, que tenían del arte los paganos, había reaccionado el cristianismo que desdenaba el culto de la belleza exterior para sólo preocuparse de la belleza invisible, la belleza moral. Durante el Renacimiento se volvió a la belleza exterior, es decir, se practicó el principio del arte por el arte. La belleza interior desapareció. En los primitivos sólo se vieron las incorrecciones del estilo. Pero, por su índole misma, el Renacimiento significaba la decadencia del arte. La fastuosidad teatral del Veronese, la explosión de vida del Giorgione, no son comparables al arte religioso, íntimo, siempre hondo del Giotto o del Mantegna.

Los años pasaron dejando arraigar en los espíritus la estética del Renacimiento, y la enseñanza oficial no reconoció otro ideal de arte que el grecolatino. No obstante, hacia mediados del siglo XIX se retorna a la Edad Media. Ruskin exalta a los primitivos, y los prerrafaelistas renuevan el arte de Fra Angélico y de Botticelli, arte místico e ingenuo cuyo encanto reside en su belleza interior. Los románticos, a su

vez, rehabilitaron en cierto modo a la Edad Media, aunque no adoptaron estrictamente su concepto del arte.

Pero a pesar de todo, continuaba dominando la estética oficial. El impresionismo, y anteriormente el realismo, destruyeron en apariencia el ideal grecolatino. Los artistas, desde entonces, miraron más al fondo de las cosas, pero sus maestros continuaron siendo no aquellos que nos producen mayores emociones, los que agregan algo a nuestra alma, sino aquellos en quienes el esplendor externo constituye su única belleza.

Hacia fines del siglo aparece el modernismo literario y artístico. Los poetas se preocupan menos de la forma y se vuelven profundos e idealistas. En pintura, los primitivos son admirados e imitados, y artistas eminentes nos revelan rincones de ciudades, paisajes llenos de carácter, en forma un tanto burda que parece agradar a quienes sólo buscan la emoción. En España los poetas remedan la lengua incorrecta de Gonzalo de Berceo. Un pintor genial, Zuloaga, se convierte en el revelador de la España mística, y en sus cuadros de formas feas palpita una gran belleza interior. Un furor de primitivismo y catolicismo llena el arte español. El Greco es el maestro de todos estos hombres inquietos.

Se preguntará cómo se ha producido esta trasmu-



### El solar de la raza

tación de los valores estéticos, trasmutación tan honda que nos hace admirar obras de arte que hasta ha poco nos parecían desagradables y feas. Es que frente al concepto clásico de la belleza se ha levantado el concepto del carácter, concepto cristiano precisamente, y sobre todo español, ya que los grandes artistas españoles no se preocuparon sino del carácter. El impresionismo restauró este concepto y el actual movimiento espiritualista lo ha hecho triunfar definitivamente.

Esta transformación del sentido estético no es una simple moda. Deriva de un poderoso renacimiento espiritual. En los últimos años, hondas corrientes espiritualistas han invadido las ciencias, las artes y las letras. Bergson domina en filosofía; los artistas son místicos o católicos. Y es evidente que el cristiano y el hombre espiritual no pueden atender a otra belleza que a la belleza interior.

El caso del Greco debiera hacernos meditar. Si el sentido estético ha cambiado, parece lógico iniciar, de acuerdo con el nuevo criterio, una revisión de los valores y las jerarquías artísticas. Esto tendremos que hacerlo, si queremos ser sinceros para con nosotros mismos. Pues bien: yo no dudo de que cuando se estudie el arte español con el mismo espíritu con que se ha juzgado al Greco, el caso de éste se reproducirá.

### Manuel Gálvez

Se reproducirá en Valdez Leal, el pintor de la muerte, artista ferviente y trágico, cuyos cuadros nos conmueven hasta lo más hondo del alma; en las iglesias románicas, de una emoción religiosa más penetrante y realista que las góticas, y a las que el genio caracterizador de la raza convirtió en un arte español típico; en el estilo plateresco, que, siendo una prolongación medioeval más que una expresión del Renacimiento, sorprende por su sinceridad y su emoción; en aquellos admirables escultores que se llamaron Martínez Montañés, Gaspar Becerra, Gregorio Fernández y que traducían el dolor de los cristos y los martirios de los santos con un realismo prodigioso; y sobre todo se reproducirá en la obra de Alonso Berruguete, a quien se considerará algún día como una de las más altas figuras del renacimiento latino.

Cuando esta revisión del arte español haya sido realizada, se comprenderá entonces que todo él es profundamente espiritual y que, juzgado con el nuevo criterio estético,—el único criterio perenne, ya que la belleza moral no cambia,—es, como dije, quizás el más alto arte que existió jamás.

\*\*\*

España es un país difícil de ser comprendido y sólo se llega a comprenderle cuando se le conoce y se le ama.



### El solar de la raza

Parece que no existe sobre la tierra un pueblo de psicología más complicada que el pueblo español. Las profundas diferencias regionales, sobre todo, contribuyen a hacer más ardua la comprensión del alma española. Pero no debe atenderse sino al alma castellana. Lo castizo, o sea lo hondamente español, es lo castellano, de tal modo que bien pudiera decirse que Castilla está moralmente en toda España.

Pero el alma castellana es complicada sólo aparentemente. En realidad, nada más simple que la psicología del castellano, hombre sencillo que no encubre su temperamento y cuyo espíritu debiera comprenderse fácilmente. Sin embargo, no sucede así y parece que para comprender a España fuera preciso ser español o, como nosotros los argentinos, pertenecer a la raza. Los europeos no comprenden a España, salvo los artistas; y aun, entre éstos, son pocos los que llegan a penetrarla profundamente. Los franceses buscan en San Sebastián y Barcelona las escenas pintorescas que sólo se encuentran en ciertas ciudades de Andalucía, y no consideran como españolas aquellas cosas que, por su carácter castizo, lo son precisamente. Los escritores franceses suelen componer novelitas impagables con amores a la reja, chulas, saetas, ambiente de torería y cuyas escenas ocurren en Barcelona, en Salamanca o en Fuenterabía. De los ingleses pudiera decirse otro tanto, si

bien son ingleses los mejores libros escritos por extranjeros sobre España.

Los argentinos, en general, tampoco comprenden a España. Ahora comienzan a viajar por aquellas tierras, pero lo hacen con desgano, si no con desdén.

Muchos beocios con dinero que cruzaron el mar le dedicaron apenas quince días, pues «¡qué más para España!» Otros simpatizan con este pueblo, pero es sólo por interés de lo pintoresco; van a España a vestirse de chulos, a retratarse de moriscos en burdas Alhambras de papel pintado, y a buscar juergas soñadas cuya ausencia les decepciona. Estas gentes quieren sin duda a España, pero el alma española, en lo que ésta tiene de profundo, permanece ajena a su limitada comprensión de las cosas.

Nuestros escritores y artistas aman y comprenden a España. En este caso estaba Sarmiento, aunque se crea lo contrario; y si él no penetró más en el espíritu de España fué porque carecía de una condición esencial para ello: la de ser artista. Entre los escritores actuales, sobre todo entre los nacionalistas, hay una seria corriente de simpatía hacia España, como hacia la América Española, por otra parte. Los pintores, sobre todo, admiran al país que ha producido al Greco, a Velázquez y a Goya, y que por las condiciones del suelo, la maravilla de su arte, su misticismo latente, su exuberancia de carácter, es la comar-



### El solar de la raza

ca más interesante del mundo para los ojos de un artista. Además, es un caso de comunidad espiritual, pues todo artista es por definición un poco místico. Podría asegurarse que todo místico ama a Castilla y que todo el que ama a Castilla es algo místico.

¿Por qué es España difícil de ser comprendida? A mi entender por estas razones: el sentido de la vida que predomina entre los españoles; su individualismo exacerbado; su espíritu católico; y el concepto de España y las absurdas leyendas sobre este país, que trastornan la visión de las cosas nublando los ojos del observador.

Los españoles, mejor dicho, los castellanos, tienen un concepto de la vida que no es el de nuestra época. Todo el fundamento de las modernas sociedades industriales se sintetiza en estas palabras: vivir para ganar dinero y para gozar los placeres sensuales de la vida. La influencia del dinero es contemporánea. No se estudia, no se escribe, no se pinta, no se curan enfermos, no se hace nada sin pensar en la ganancia paralela. No se concibe que los hombres tengan otras ocupaciones que enriquecerse y gozar. El escritor uruguayo Carlos Reyles, el exaltador del oro y de la fuerza, dice: «en lo talleres, universidades y gimnasios se arman los hombres para la conquista del Oro, no sólo porque él ofrece a los apetitos ávidos los goces reales y la posesión efectiva de las bellas cosas

de la tierra; no sólo porque el Oro es la *posibilidad inmediata*, al decir del escéptico France, mas principalmente por razones ocultas; porque representa valor humano, substancia anímica, la virtud extractada de las generaciones que fueron, y es, en resumen, algo así como la semilla de la voluntad, el germen misterioso que atesora en potencia todos los actos del pensamiento y todas las realizaciones del deseo». Y bien: en España no sucede así. El castellano, el ser más sobrio de la tierra, no se desvive por los placeres materiales. No ama el esfuerzo por el esfuerzo, ni parece convencido de que la felicidad de los pueblos esté en relación de su comercio y de su industria. Esta manera de ser ha originado modos de vivir, de sentir, de trabajar y de crear, distintos de los que predominan en el resto de Europa. Es el concepto cristiano de la vida, concepto arraigado tenazmente en el espíritu español. Por eso España no puede ser comprendida por quienes miran la existencia como un esfuerzo y un placer. Son los hombres carnales, de que habla el P. Rivadeneyra, que no alcanzan a comprender a los hombres espirituales.

El individualismo castellano es otra gran causa de incompreensión universal respecto de España. Cada pueblo mide a los demás según el metro de las cualidades que posee, y no comprende que otro pueblo pueda considerar como virtud lo que él considera un



### El solar de la raza

defecto, y recíprocamente. Se tolera cierta diferenciación; pero que no sea excesiva. Entre los hombres sucede que aquél que se diferencia demasiado de los demás no tiene simpatías; generalmente es odiado. Lo mismo sucede con los pueblos. Suiza, nación mediocre, no puede despertar ni amor ni antipatía; pero no serán a nadie indiferentes Inglaterra y España. Las cualidades y defectos españoles son tan españoles, tan castizos, tan únicos que los extranjeros necesitarían para comprenderlos llegar a sentir y a pensar como españoles, lo cual es casi imposible. España es el más personal y original de los países europeos. Inglaterra, Francia y Alemania están más cerca entre sí que de España. Por una parte ha contribuido a esto la civilización moderna—de que ciertas regiones de España están exentas—que hace asemejarse a todos los pueblos entre sí. Una moderna ciudad alemana apenas se diferencia de una ciudad francesa moderna. En España cada ciudad tiene un carácter, un alma, un aspecto exterior completamente propios y distintos del carácter, el alma y el aspecto de las demás ciudades del país. La razón de esta extrema diversidad me parece visible. En España perdura aun algo de la civilización medioeval, es decir, de la civilización individualista por excelencia. Por otra parte, el individualismo español, al acentuarse con la disociación o disgregación de la

unidad espiritual de España, ha agravado hasta el prodigio la diferenciación, con respecto a otros países, de todas las cosas españolas. Salaverría, un español muy castizo, dice: «El español es un ser único, diferente de todos los hombres que pueblan la tierra. Es único por su raigambre constitucional, único por su gesto, por sus procedimientos, por su espíritu. Para los demás hombres, el español resulta un ser incomprensible, que se resiste a toda confrontación y a todo análisis; es un ser de excepción. Procede, pues, excepcionalmente. Tan mala maña se da para caminar por el mundo, que siempre, fatalmente, deja tras de sí un rastro de odio. Tiene esquinas y angulosidades, resistentes a esa difuminación civilizada que poseen casi todos los pueblos medianamente conformados. Sus esquinas y ángulos rozan y chocan con los otros hombres, y sobreviene la irritación. El español no posee el instinto de la maleabilidad. Hecho de una sola pieza, es incapaz de renunciamentos y de adaptaciones. No sabe lo que es la ductilidad. Guarnecido de un orgullo soberano, este mismo orgullo le incapacita para la condición máxima del arte de la civilización, que es el ceder; el plegarse, el rectificar». Y es que al español le falta el sentido social, como ha dicho otro escritor muy castizo: Pío Baroja. Y la falta del sentido social es lo que menos se perdona. Todos los vicios se toleran en el hombre



educado, simpático, sociable. Pero un santo será odioso a los hombres si no tiene sentido social.

Leyendas absurdas, producto del maridaje de la perversidad y la ignorancia, han construido varias Españas de clisé que impiden ver la verdadera. Así, se atribuye al español defectos que nunca tuvo: la avaricia, la holgazanería, la crueldad (1). Singular mentira esta de la crueldad española. Yo no conozco pueblo más compasivo, más generoso, menos egoísta que el español. Su dureza y su sequedad exteriores no son sino la careta de su virilidad. Sin el sentimentalismo lacrimatorio del francés, el español lleva en su alma una honda fuente de ternura. La Condesa de Pardo Bazán ha descrito el caso de cuarenta obreros—trabajadores en una colonia minera—y dos jóvenes ingenieros, hijos éstos de un millonario catalán, que, para salvar la vida de un niño obrero, des-

---

(1) Sarmiento llamaba bárbara a España, entre otras razones, porque en el año 1840 se robaba a los viajeros en las rutas montañosas. ¿Qué adjetivo convendría a París donde todos los días, en pleno siglo xx, y en las calles más centrales de la ciudad, se desvalija a los transeúntes? No hay en este caso ni la excusa de lo pintoresco. ¿Qué hubiera dicho la Europa si ocurriera en Madrid aquel suceso, narrado sin asombro por la prensa parisiense, de unos apaches que, para imitar a los apaches americanos, ataron a un poste a una niña, la bañaron en alcohol, le prendieron fuego y en ronda feroz, bailaron, cantaron y rieron a carcajadas mientras la víctima agonizaba?

pellejado vivo a causa de un accidente en las minas, se dejaron sacar cada uno diez centímetros de piel. Estos casos sólo son posibles en España. Además, no olvidemos que hay muchas formas de crueldad. El egoísta, es por definición un ser cruel. Los ingleses ostentan una irritante crueldad moral, la que suele ser, generalmente, más grave que la crueldad física. La barbarie de algunas guerras modernas ha sobrepujado, como es notorio, la tan mentada barbarie de la conquista de América. Y lo mismo que de la crueldad podría decirse de todas las malas cualidades atribuidas al pueblo español. Las mentirosas leyendas sobre España darían materia para un ameno volumen. ¿No se ha dicho en los diarios ingleses, con motivo del proceso Ferrer, que en España eran jesuitas los agentes de policía? No hubo país, como España, del que tanto se adueñara la calumnia. Es que la calumnia, como la envidia, se ceba con más saña en los hombres, los pueblos y las instituciones cuando son orgánicamente diversos de los otros.

La principal causa, a mi ver, que ha determinado la formación de las leyendas sobre España, se halla en la falsificación de la Historia realizada con fines de religión y de raza. La Historia ha sido *hecha* por protestantes ingleses, quienes, como es natural, debían sentir escasa simpatía hacia la nación latina y católica. La deformación de la Historia puede verse



en Buckle, cuyo capítulo sobre España es un *bric a brac* de mentiras y de ridiculeces. Los españoles de talento llenarían una misión noble y patriótica escribiendo la historia de su país con criterio español. Desgraciadamente no lo hacen. España no es tierra de historiadores.

Finalmente se odia a España por su supuesto catolicismo. No hay anticlerical que no deteste a aquel país imaginándolo hundido en el atraso por culpa de frailes y de monjas (1). Pero precisamente es España el menos creyente de los países católicos. He presenciado grandes fiestas religiosas en Baviera, en Francia y en España, y el contraste entre las de aquellos países y las de éste, era evidente. Las magníficas representaciones de la Pasión en Oberammergau y las peregrinaciones nacionales francesas en Lourdes, son expresión de una fe intensa y creciente. Las fiestas de Semana Santa de Sevilla muestran una fe muy mediana, revelan un descenso de las creencias antiguas. En la iglesia de la aldea

---

(1) Tal atraso no es una absoluta verdad. Lo que hay es que los viajeros visitan las ciudades de arte, casi exclusivamente; ciudades todas ellas donde el tiempo se ha detenido. Claro es que en ciertas provincias castellanas y en Extremadura existe atraso. Pero ¿qué país no tiene algunas comarcas pobres? En la Argentina, el prodigio de las regiones litorales no ha suprimido la desolación de Catamarca, de San Luis, de La Rioja.

bávara, junto a los artesanos que iban a representar la Pasión, en cumplimiento de su promesa tres veces secular, comulgaban varios miles de visitantes, venidos casi todos de Alemania y de Austria, con una fe como raras veces he visto. En Lourdes he presenciado peregrinaciones de todos los países europeos, de España inclusive, pero nada comparable por la intensidad, por el desnudo de la fe, a la peregrinación nacional francesa. Quienes hablan de decadencia religiosa en Francia (1) se asombrarían al ver aquellas muchedumbres de cincuenta mil personas que, en la calma de la noche, frente a la basílica prodigiosa, junto al dulce Gave, bajo el cielo sereno de los Pirineos, penetrados de fe y de patriotismo, llevando antorchas en las manos, cantan en latín, con la música grave y profunda del canto llano, el Credo y la Salve, y alaban en lo más hondo del alma

---

(1) En Francia las gentes retornan a la Iglesia con un entusiasmo inusitado. Encuestas recientes han revelado que la juventud francesa es católica; que, por ejemplo, tres cuartas partes de los alumnos de la escuela normal de París practican la religión ostensiblemente, mientras esto lo hacían diez años atrás sólo tres estudiantes. Hay en Francia hoy día un movimiento religioso que asombra, y en el que la *élite* intelectual tiene decisiva participación. Durante la guerra este movimiento se ha acentuado de tal modo, que hace innecesaria la mención de aquellos grandes nombres en la ciencia, el arte y la literatura, que cité en las ediciones anteriores.



### El solar de la raza

a Aquella que es Consuelo de los afligidos y Salud de los enfermos.

En España no existe ese fervor religioso que el observador sin prejuicios puede ver en Francia, ni el catolicismo profundo y militante de los belgas, canadienses, irlandeses, bávaros e italianos. A primera vista parece que hubiera contradicción entre estas palabras y todas las páginas anteriores. Pero no hay tal contradicción. El ambiente místico y católico que se siente en España procede de siglos pasados, cuando la fe era muy intensa; no de los españoles actuales, que, en general, son más formulistas que creyentes. El espíritu medioeval persiste en las catedrales, en el arte, hasta en las calles de ciertos pueblos. España sigue siendo mística y católica; por su espíritu, no por la hondura de la fe ni por el entusiasmo religioso.

Pero es indudable que, creyentes o incrédulos, practicantes o no, los españoles son fundamentalmente, constitucionalmente cristianos. Y ésta es la razón del odio anticlerical. En España han arraigado, quizás como en ninguna parte, las tradiciones, las costumbres, la moral católica. España fué en la Historia, la Nación católica por excelencia. Trató de convertir al mundo, de imponer oficialmente sus creencias. Hizo de la religión un programa político que cumplió, íntegramente, dentro del país. De esta

situación algo perdura, como es natural. Al rey de España se le llama Su Majestad Católica, el Estado tiene allí religión, y en las escuelas no existe el laicismo. Y todas estas cosas bastan, según la lógica precaria de los anticlericales, para considerar a España como un país atrasado y aun para odiarlo. Por lo demás, aun cuando fuera España un país ultracatólico, no sería la religión lo que la mantendría en lugar secundario. Religiosos países son Bélgica, Baviera, Canadá, y, no obstante, su estado de civilización es tan alto como el de cualquier otro pueblo. Y en España misma, las regiones más industriales, más ricas y más fuertes de energías son aquellas en que la fe religiosa es más profunda y militante: Cataluña y las provincias vascongadas.

\* \* \*

Don Rafael Altamira, en su *Psicología del pueblo español*, reseña la doble evolución de la hispanofobia y de la hispanofilia europeas. Con copiosas citas de autores y libros, anota la desaparición de ciertas leyendas y se complace en hacer constar la abundancia de los buenos estudios sobre España y de la simpatía creciente hacia su patria. A pesar de todo, según lo he dicho antes, la animosidad persiste. Bien decía Oliveira Martins que España despertó siempre entusiasmos y rencores y que para el pueblo



### El solar de la raza

peninsular no puede haber desdén ni indiferencia.

Y, sin embargo, en los pueblos hispanoamericanos se halla no sólo rencores sino también desdén hacia España. Destruída la leyenda de la crueldad en la conquista de América, de la inaptitud colonizadora de España, todavía el error perdura en estos pueblos.

En la Argentina el odio a España ha sufrido la evolución de todas las cosas, y, al transformarse en necio desdén protector, ha desaparecido. Aquel odio primitivo se explica. La generación de la Independencia, que vivió hasta mediados del siglo XIX, conservó, como es natural, el odio al enemigo. Republicanos y criollos, como eran los argentinos, detestaban a los españoles que eran monárquicos y extranjeros. La muralla china de la barbarie caudillista, al aislarnos del exterior, agravó la antipatía existente. Por otra parte, el delirio nacionalista de la época complicaba con el francés enemigo a todos los extranjeros. Luego, al terminar la lucha entre la campaña y las ciudades, como aquella dejara algo de su barbarie en el espíritu de las ciudades triunfantes, se continuó despreciando al extranjero. El hombre de campo, el *paisano*, como decimos aquí, desdénaba al español principalmente porque no sabía andar a caballo. A su vez el español manifestaba desdén hacia nuestro país, consideraba como ofensa perso-

nal las simples fiestas patrias, y nuestro Himno magnífico y humanitario, que desde la escuela nosotros veneramos, era para él una actitud de insolente arrogancia hacia España. Durante el tercer cuarto de siglo la hispanofobia se intensificó. Sarmiento, Alberdi, Juan María Gutiérrez amontonaron sobre España sarcasmos, injurias, ironías, denuestos, todos los aspectos verbales que adoptaba su hispanofobia. Las escuelas normales, nacidas en esa época, eran, a la vez que lugares de patriotismo, focos tenaces de aquel mal sentimiento. Más tarde, todo hubiera concluido sin la guerra de Cuba. Nuestras simpatías, claro está, iban hacia la isla americana que se desangraba en heroísmos luchando intrépidamente por su libertad. Pero nuestro sentimiento americano irritaba a los españoles. Arrogantes éstos, afirmaban cuando los Estados Unidos intervinieron en la guerra, que el viejo león aplastaría al «vil mercader de América»; la derrota les hizo ser más prudentes y menos fieros. Estas condiciones eran necesarias para que nosotros, un tanto arrogantes también, pudiésemos tolerarlos.

Ahora las cosas han cambiado. Distinguidos escritores argentinos han hablado de España con cariño; la literatura y la pintura española ejercen enorme influencia y sus prestigios crecen día a día; los viajeros visitan aquel país y los exentos de esnobismo



### El solar de la raza

recuerdan con amor los encantos de Sevilla y de Granada. No obstante, quedan aún enemigos de España, sobre todo entre los normalistas, los patrioterros, los anticlericales, los mulatos y los hijos de italiano. El odio del mulato hacia España es el odio del negro al blanco. Los anticlericales ven en España, como he dicho, un país de frailes y fanáticos, y los italianos y sus hijos un país rival del suyo en el predominio en la Argentina.

Después del centenario de nuestra Revolución, la simpatía hacia España ha aumentado considerablemente. Pero todavía se oye afirmar a cada paso que los españoles no son «progresistas», error tenaz y singular. España, que encarnó la síntesis medioeval, es el pueblo que más ha cambiado, o sea que más ha progresado para modernizarse. Hablo, naturalmente, de progreso material, que suele confundirse con el verdadero progreso, el cual consiste en el perfeccionamiento ético. Respecto a la modernización de España, diré que es una realidad. Terminada la disolución de la España antigua, comienza a reconstruirse una nueva España.

Inglaterra, Francia, Alemania, no han cesado jamás de progresar; han seguido su evolución normalmente. Pero España, cuya grandeza, por múltiples causas históricas, se derrumbó durante el siglo xvii, había progresado, hasta ayer, con suma

lentitud. Era que aun no había terminado la disolución de la España antigua. Asombra, pues, el salto que ha dado este país, los progresos enormes que ha realizado, en diez o quince años, para llegar a la situación en que hoy se encuentra.

Esto sin contar con que las dos más grandes conquistas del mundo moderno, la libertad política y la libertad filosófica, nacieron en España. La Carta Magna es posterior a los Fueros de Aragón, y el principio de la libertad filosófica se halla en la casuística. Los romanos, como se sabe, no miraban al espíritu sino a la letra de la ley. Los teólogos españoles, al establecer la existencia de *casos*, afirmaban la libertad del individuo contra ley tiránica, iniciaban la independencia del pensamiento contra la interpretación dogmática y unilateral, y se anticipaban a las modernas doctrinas, según las cuales no hay crímenes sino criminales, como no hay enfermedades sino enfermos. El pensador y escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez, que ha sostenido antes que yo esta misma idea, dice, hablando de la Compañía de Jesús: «Su *distinguo*, si no fué la cifra de la libertad, señaló el sendero por donde se va a la libertad misma». Y termina citando la siguiente frase de Remy de Gourmont, de quien no puede sospecharse que simpatice con los jesuitas: «Toda la libertad del espíritu moderno está en germen contenida en ese



### El solar de la raza

famoso *distinguo*, que ha hecho reír tanto a los imbeciles».

Los restos de hispanofobia en la Argentina no desaparecerán mientras dure el huracán de esnobismo que nos tiene enfermos. La moda es la ley suprema. Un libro vale, si es moda leerlo; una ciudad es «bonita», si la moda exige que la visitemos; la Argentina es una gran nación porque está de moda en París. España no está de moda... Nada tan típico, sobre el esnobismo, como el consejo que me dió una vez cierto joven abogado, profesor y orador argentino. Me decía el excelente sobrino de Homais que hiciera imprimir y editar mis libros en Francia, pues los que se hallaban en tal caso «hasta parecían mejores».

Con las tonterías que aquí se dicen sobre España podría escribirse un libro muy divertido, aunque seguramente no se pondría de moda. A imitación de Flaubert, quien compuso un *Diccionario de la tontería humana*, dan deseos, utilizando las opiniones que aquí se oyen sobre España, de escribir un diccionario de la tontería argentina. ¡Qué índice tan terrible sería de nuestra vanidad, de nuestra superficialidad y de nuestra ignorancia!

¡Asombroso criterio el nuestro para juzgar la importancia de los pueblos! Solamente los valores materiales nos interesan. Un pueblo puede vivir inten-

samente por el lado de la inteligencia; pero será considerado un pueblo muerto por los argentinos si posee escasas riquezas materiales, poco movimiento comercial, reducido número de industrias. No me olvidaré jamás de cierta discusión que tuve en España con un médico argentino. Era una de aquellas personas, como tantas que existen, que viajan para conocer hoteles, juzgar las comidas, las rameras, los teatros, las comodidades. Para él España era una calamidad y Suiza el país más admirable del mundo. Yo le objeté que el pueblo suizo carecía de espíritu, de gracia, de talento, que era como una de esas personas honestas y vulgares, de vida ordenada, que comen, trabajan y aman a horas fijas, incapaces de un crimen o una falsía, ciertamente, pero también incapaces de soñar y crear. El médico me repuso que él consideraba a Suiza como el país más civilizado del mundo «porque si uno se caía en la calle, en seguida tenía un médico a su lado»...

Contra las ridículas modas, contra las influencias extrañas que nos descaracterizan, pretende reaccionar el actual nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición la de este noble sentimiento! El nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América. No odiamos a los pueblos sajones, a los que tanto debe el progreso argentino; no odiamos a la dulce Francia,



## El solar de la raza

cuyo espíritu elegante y armonioso tanto ha influido en nuestras cosas; no odiamos a esa ferviente Italia, que nos ha dado una parte de sus energías. Pero ha llegado ya el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en último término, españoles puesto que a la raza pertenecemos.

\*\*\*

La Europa latina, envenenada de decadencia (1), empieza a ver en nuestra Argentina la salvación de la raza. Hombres inquietos, con su camino de ascensión clausurado, ávidos de nueva vida, trovadores del Oro, casta de águilas, llenan los trasatlánticos rumbo a esta patria. Son los modernos conquistadores. Héroes de la energía y de la voluntad, sacan

---

(1) Estas palabras deben tomarse en un sentido muy amplio. En Italia, por ejemplo, hay un evidente resurgimiento, como lo hay, aunque menos pujante, en España. Sin embargo, se puede hablar de la decadencia latina. Francia, Italia, España, Portugal se hallan en decadencia, porque ya no ejercen sobre el mundo el antiguo poderío de otros siglos. Los anglosajones son hoy los dueños de la tierra, y pudiera afirmarse que, concluida la hegemonía de los hombres morenos (los hombres del Mediterráneo), ha llegado la hora del hombre rubio. Además, existe la decadencia latina, porque los ideales latinos han perdido su fuerza y su prestigio. Ya no animan ni a las propias naciones que los sustentaron; y si éstas renacen en cierto sentido, es porque practican los ideales anglosajones.

ilusiones de su fuerza; y a la noche, en las cubiertas populosas, bajo el lírico panteísmo del gran cielo marítimo, sueñan gestas de audacia y de dinero los Cortés y los Pizarros de hoy. Los latinos de Europa, pues latinos son casi todos aquellos hombres, se dirían vestales de la estirpe: traen la misión, providencial e invisible, de conservar las excelencias latinas en la mezcla de pueblos, y de afianzar el predominio, en la amalgama de tantos metales, del oro puro de la latinidad.

Porque una nueva raza está formándose aquí. Gentes de todas las comarcas, en lucha atroz y secreta, en formidable Babel de índoles, mutuamente se absorben, se funden, se mezclan, se devoran y se amalgaman. Israelitas de Besarabia que todavía llevan en sus ojos místicos el misterio de la estepa y el pavor de las persecuciones, se ayuntan, en hogares gauchos, con nativos de tez bronceada; vascos intrépidos unen su vida audaz con mujeres de estirpe aborigen; sajones, armenios, latinos, griegos, eslavos, nadie resiste a la absorción del ambiente. Esta patria, generosa para el extraño, exige, en cambio de sus dones, el olvido de todas las patrias. Y así, en el común amor a la tierra prolífica, en usufructo de libertad y democracia, va naciendo, sobre el suelo argentino, una raza predestinada en tiempos próximos a destinos magníficos.



### El solar de la raza

Raza latina, no obstante todas las mezclas. Nosotros vamos recogiendo las virtudes de la estirpe que nuestros hermanos de Europa comienzan ya a olvidar. Latinos, en mayoría irremplazable, son los hombres que vienen a poblar el país; latino es nuestro espíritu y nuestra cultura. Pero dentro de la latinidad somos y seremos eternamente de la casta española. Las inmigraciones, en inconsciente labor de descaracterización, no han logrado ni lograrán arrancarnos la fisonomía familiar. Castilla nos creó a su imagen y semejanza. Es la matriz de nuestro pueblo. Es *el solar de la raza* que nacerá de la amalgama en fusión.

Amemos a España. Es tal vez el más noble pueblo que ha existido sobre la tierra. Su decadencia no debe atraer nuestro desdén, sino nuestro agradecimiento. Es la decadencia latina, precisamente, lo que nos da este sitio único entre los pueblos actuales: el de ser nosotros los destinados a hacer imperar en el mundo, como un sol entre astros, las virtudes de la raza. Si España fuese una gran potencia y Francia e Italia no estuviesen ya mordidas por el microbio de la decadencia, fuera otro el porvenir de la Argentina. Entonces los latinos de Europa no vendrían a estas tierras, y las virtudes de la raza, conservadas allí sin el moho de la decadencia, no fueran legado para nuestra patria. Aquellas naciones, Espa-

ña sobre todo; no recuperan su grandeza mientras nuestra patria asciende; nos abandonan sus ideales, a que ellos no han de dar utilidad; debilitan su fuerza para acrecer nuestros vigos. Seámosles agradecidos y reconozcamos que de esas naciones proviene en realidad nuestro valer y nuestra esperanza.

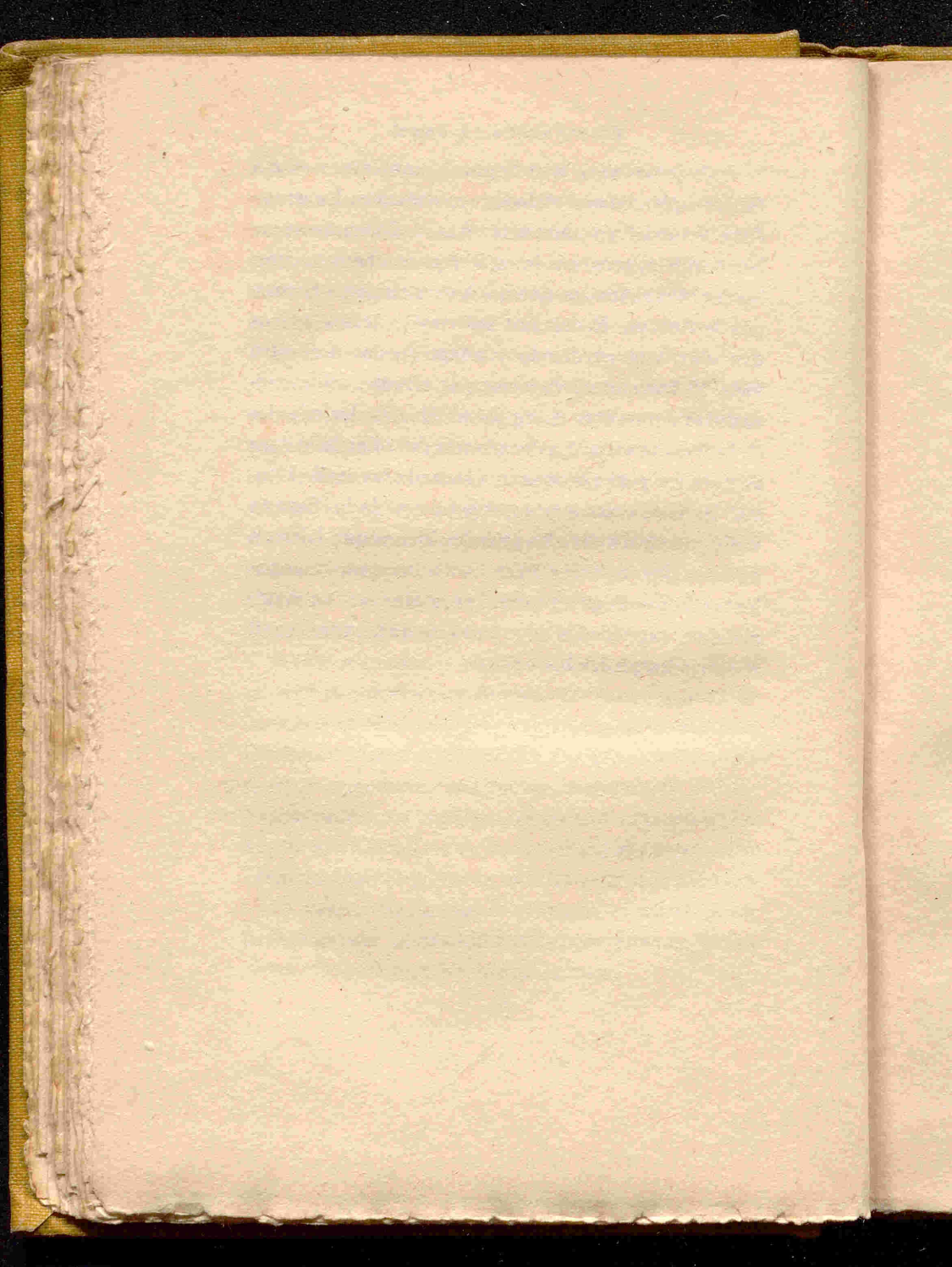
El porvenir de nuestra patria no es puramente material. Será ella el granero del orbe, pero no debe ser eso tan sólo. Un más alto y perenne destino la engrandecerá magníficamente. Mas ¿tendremos sobre el mundo alguna influencia espiritual? ¿Crearemos en los siglos un bello y armonioso tipo de civilización? Un inmenso anhelo da la razón de mi esperanza. No sabría con qué argumentos justificar tanta ilusión. Pero allá en el fondo de mi sér alguien me dicta estas palabras.

Nosotros poseemos el secreto de la energía. Pero no será la nuestra una energía bárbara y automática como aquella que hierva sin cesar en los Estados Unidos de Norte América. La nuestra es y será una energía armoniosa, una fuerza atemperada de elegancia latina, un impulso inteligente, un brazo de un sér en quien la acción no ha destruído al ensueño. En consecuencia, el poeta de nuestra estirpe no será un Walt Whitman; los ritmos bárbaros, el tono bíblico, la inelegancia, el desorden del poeta yanqui, serían cosas extrañas a nuestra idiosincrasia.



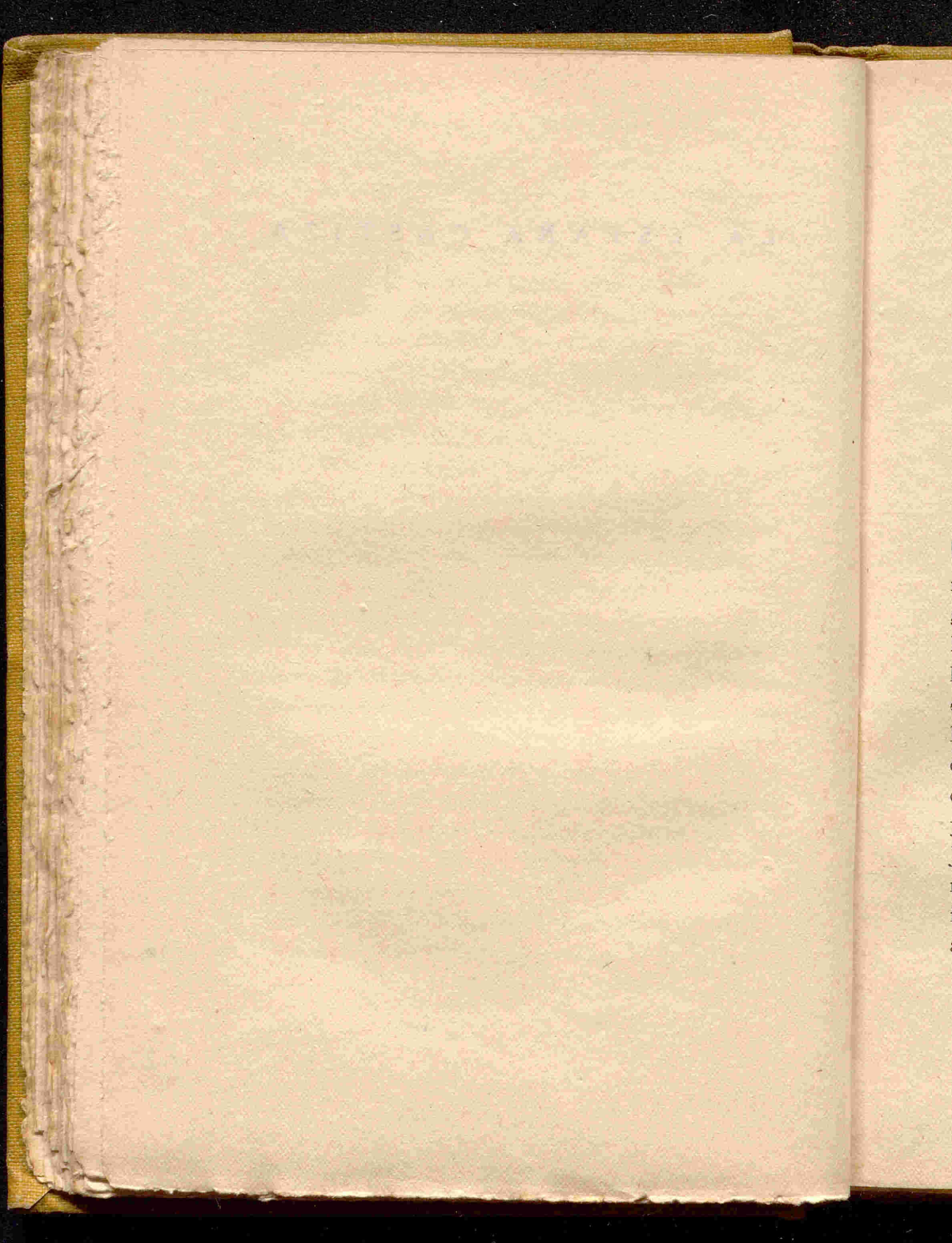
### El solar de la raza

Trabajemos para que llegue cuanto antes el día de las espléndidas realidades que soñamos. La grandeza material ya comienza. Ahora debemos en labor paralela, crearnos la otra. Aprovechemos, pues, los dones espirituales que nos hacen nuestros hermanos de Europa. Recojamos los viejos ideales latinos que ellos van perdiendo y adaptémoslos a nuestra vida. Y, finalmente, dejemos que templen de espiritualidad a nuestras energías materiales, los efluvios de la España vieja. La decadencia del solar de la raza debiera ser para nosotros una fecunda fuente de ideales. En las ruinas suntuosas y tristes de la España vieja podemos hallar los grandes bienes que faltan a nuestra riqueza ascendente. Así a las cumbres opulentas de oro llegan a veces, para atenuar su materialidad, vaguedades de aromas en que expresan su misterio los profundos valles.





LA ESPAÑA CASTIZA





## TIERRAS DE CASTILLA

SEMEJANTES a ciertos seres de verdaderas perfecciones físicas pero sin belleza interior,—espíritus mediocres, gentes superficiales a cuyos vulgares encantos exteriores les falta la originalidad de las cosas características—, hay paisajes de gran hermosura material, pero en los cuales la propia emoción y la virtud de sugerir se hallan ausentes. Estos paisajes—como los de Suiza, que constituyen el más eficaz ejemplo—nada agregan al alma. Su contemplación nos hace exclamar esos elogios fáciles y triviales que niegan la presencia de una emoción. Jamás llegan a remover la hondura de nuestra alma, ni a procurarnos sensaciones intensas, ni a darnos ideas transcendentales. En cambio, otros paisajes, aunque desagradables exteriormente, tienen una be-

lleza inquietante. Sus fealdades visibles contrastan con sus encantos ocultos. Son como ciertas almas humanas que encierran su grandeza en cuerpos precarios o deformes.

Es de esta última especie el paisaje castellano característico, es decir: el paisaje castizo.

\*\*\*

Porque, a la verdad, pocas comarcas habrá en el mundo de una fealdad exterior tan evidente y, al mismo tiempo, de un espíritu tan peculiar y sugestivo como las tierras de Castilla. Pero su personalidad, si puede así decirse, y su aptitud de inquietar le dan una gran belleza. Belleza, conviene insirtir, que nada tiene de común con la de aquellos paisajes de cromo que la tontería a la moda suele admirar en Suiza, ni con la de aquellos mediocres paisajes, bonitos, pulidos y afeminados que tanto abundan en Francia.

No se crea por todo lo dicho que el paisaje castellano es siempre idéntico. Por el contrario, existe dentro de ambas Castillas una extrema variedad de formas y colores. Así la provincia de Santander contiene vastas arboledas, pinos elegantes y campos de un verde suave. Otros sitios de Castilla parecen apartarse del tono general, a causa de que ciertas cualidades comunes del paisaje castellano están en



### El solar de la raza

ellos intensificadas y particularizadas en extremo. Es el caso de la sierra de Pancorbo, cuyas cumbres salvajes, de crestas calcáreas que se asemejan a almenados torreones en ruina, descubren lo que en el alma castellana hay de trágico. Pero, en general, la meseta de Castilla presenta en toda su extensión un aspecto más o menos análogo: el aspecto castizo, es decir, el aspecto exclusivo de la región, pues los restantes aspectos también se hallan en otros sitios de Europa. Este aspecto castizo y personal lo encuentra el viajero, sobre todo, cuando entra en Madrid yendo desde Extremadura. El paisaje comprendido entre Navalморal y Madrid, por ejemplo, contiene todas las cualidades castizas exacerbadas; y hasta tal punto, que dicha comarca puede ser considerada como la más profunda y concentrada síntesis de las tierras castellanas y del espíritu eterno de la raza.

\*\*\*

¡Ancha es Castilla! Al atravesar las vastas extensiones de sus campos se recibe una angustiosa sensación de inmensidad y de abandono. Son llanuras uniformes, monótonas, limitadas por serrezuelas pardas que se pierden en una lejanía polvorienta y gris, desoladas llanuras cortadas a largas distancias por hondas simas, arboledas exiguas y ruines, cauces secos y poblachones miserables. Un sol abrasador

cae pesadamente sobre estos campos. No se ve un alma, ni una casucha, ni un caballo, ni un arado, ni signo alguno de vida. Y, sin embargo, el suelo ha sido cultivado recientemente, pues los surcos permanecen abiertos. Pero la tierra está reseca, espantosamente reseca; no se percibe una sola mata de hierba, no se adivina hacia ningún lado una gota de agua, y un aire calcinante, hostil, acrece la sequedad del suelo. Los labrantíos parecen abandonados. Uno imagina, con tristeza, lo misérrimo de las cosechas bajo los soles estivales de Castilla y bajo las lluvias violentas de su cielo implacable. Las heredas no están limitadas; no se advierten alambrados ni hileras de piedras, como si los hombres, ante la crueldad de su destino, en huraña conformidad, hubieran olvidado por completo sus intereses materiales. Los caminos, fantásticamente desiertos, sin un árbol a su vera, sin un sitio donde reposar la vista y el espíritu, infunden un vago malestar. Son caminos interminables que las pobres gentes campesinas habrán recorrido quién sabe cuántas veces, agobiadas de sol, de hastío, de hambre y de fatiga. El viajero se pregunta, con inquietud temerosa, que hacia dónde irán esos caminos cuyo fin no se ve nunca y que parecen tan inútiles en aquellas estériles soledades.

Pero lo que más asombra en estas comarcas es la uniformidad obsesionante del gris. El paisaje tiene



### El solar de la raza

este tono general y, dentro de él, las cosas lo intensifican o atenúan sin modificarlo jamás fundamentalmente. Gris es la tierra de un gris descolorido, agrio, a veces blanquecino, con tonalidades ocre y pardas. Los escasos árboles—chopos raquíticos que forman largas hileras espaciadas y olivos de hojas secas, agrupados en las cercanías de los pueblos—presentan la misma coloración de la tierra. Aun los caminos tienen algo de gris en su blancura sucia y polvorienta. Y el cielo, las nubes, los crepúsculos y hasta el mismo sol cobra un color gris pardo, a través del aire gris que lo envuelve todo. Es el gris de la tierra, que, hecha polvo, los vientos del Guadarrama y de la sierra de Gredos han desparramado sobre el paisaje. El viajero no olvida nunca el gris angustioso de esos poblachones sórdidos que ha visto desde lejos, como perdidos en la soledad. Su color es tan semejante al del suelo que no se sabe dónde comienza la tierra y dónde el caserío.

¡Ah, los pueblos! No hay nada tan impresionante como los pueblos en toda la vastedad del paisaje castellano. Se ven, desde lejos, recortados sobre el horizonte, como en los cuadros de Ignacio Zuloaga. Están formados por casuchas bajas con techo de alero y de tejas; ¡tristes casuchas que se apeñuscan alrededor de una pequeña iglesia en un apretamiento tal, que, desde el tren, no se descubre un vacío,

ni un vano entre las casas, ni la entrada de alguna callejuela! Cada pueblo constituye una informe masa,—de contornos precisos, netos, que dan la ilusión de una talla—, y en la que se destacan, como en relieve y unos junto a otros, los muros de piedra, toscos y simples y jamás blanqueados ni revocados. No se advierte en estos pueblos, desde el tren en que pasamos delante de ellos, viéndolos allá lejos, ningún sér viviente, ningún signo de vida. Aquí todo es silencio y soledad. Se diría que los habitantes de estos lugarones, hartos de hambre y de pesimismo, se han encerrado en sus casas para esperar la muerte; y que una miseria común los agrupa junto a las precarias torres de piedra que parecen suplicar al cielo, en el ruego lento de sus campanas, un poco de compasión y un poco de esperanza.

\* \* \*

Y así es Castilla. Su paisaje, aunque simple, resulta difícil de ser calificado con una sola palabra. Desde luego no puede hablarse de tristeza. La tristeza supone dulzura, suavidad, o medios tonos, cosas que en el paisaje castellano faltan completamente. En las tierras de Castilla son desconocidos los matices. Todo en ellas es rudo, primitivo, y de una aspereza y una austeridad absolutas. No se concibe, en presencia



de estos campos castellanos, el regocijante concepto de la España alegre, popularizada, mediante el libro de viajes y la opereta, por la literaria necedad de los franceses y su grotesca comprensión de los pueblos viriles o profundos. Ni tampoco la de aquella España triste o voluptuosa o brillante o sangrienta que los artistas ultrapirenaicos, y algunos simiescos poetas americanos, se afanan en describir y cantar con el verbo flácido y quejumbroso del Bulevar. España no es alegre, ni triste, ni voluptuosa, ni brillante, ni sangrienta. Es simplemente—sin que esto se aplique por igual a todo el país—, un pueblo hastiado y pesimista, cuya alma, llena de sequedades, de contrastes y de inquietudes, ha adquirido en los presentes tiempos una condición que tal vez antes no tuvo: su escepticismo amargo y violento. Cuando se vive en regiones tan ruines, bajo la zarpa de una naturaleza enemiga, no es posible amar la vida. La visión de las cosas tiene que resultar desoladora. El vivir es allí una estúpida paradoja, algo tan vano y tan absurdo que sólo Dios podría explicarlo. Y es a Dios a quien en aquellos pueblos se dirigen las almas imprecatoriamente; pero no al buen Dios paterno y amigo, sino al Omnipotente a quien se teme y de quien se blasfema. Y así, sólo en estos lugares puede existir esa brutalidad paradójica y contradictoria, que se llama la blasfemia: la blasfemia, una de las cosas más prodi-

giosamente castizas que haya producido jamás Castilla.

Yo comparaba las tierras castellanas con las sonrientes y pródigas campiñas de Andalucía, y recordaba las ricas dehesas y los floridos cármenes. Recordaba también los paisajes de Guipúzcoa: bosques, frescura, bienestar; todo envuelto en discreta y melancólica seriedad. Y recordaba también nuestros inmensos campos argentinos, tan opulentos de vida, generosos hasta lo absurdo, rebosando de mieses y ganados y donde los hombres, las cosas, los pueblos, la naturaleza, cantan los himnos del trabajo, de la energía latina y del amor a la vida.

Pero con toda su miseria yo quiero a estas tierras castellanas con el mayor de los cariños, después de aquel que tengo por mi patria. De estas tierras proceden nuestros antepasados, ellas son el solar de la raza que está formándose en América, «el desolado taller de nuestra historia», como ha dicho Galdós. Estas tierras han engendrado al pueblo más noble, más heroico, más caballeresco que ha existido jamás. Estas tierras han producido artistas no superados hasta hoy, santos extraordinarios, vidas de un heroísmo casi sobrehumano, escritores de genio. Estas tierras, finalmente, nos dan una lección de energía. País sin blanduras, sin refinamientos, sin melancolía, nos produce una sensación de extrema virilidad.



### El solar de la raza

Todo en los paisajes castellanos contribuye a causarnos impresión de energía: las formas violentas y angulosas, los colores intensos, la sequedad, la bravura de la naturaleza. Se diría que tales tierras no pueden parir sino generaciones de hombres primitivos, de seres sufridos y duros.

\* \* \*

Castilla constituye una de las comarcas más originales de Europa por sus formas, por su color, por su flora, por el hombre que la habita. Por esto, pocos países hay tan interesantes como el país castellano, así como no hay raza más inquietante, más original y más contradictoria que la raza de sus pobladores.

Existe, pues, una profunda relación entre el medio y el hombre, de tal modo que si se quiere comprender lo eterno de la raza hay que penetrar en el espíritu del paisaje castellano. Él nos explica las cualidades esenciales del alma castellana.

Merced a la observación de sus características podemos hallar la razón del anárquico individualismo español, que no es sino una consecuencia del estado de miseria, de odio y de primitividad en que viven estas regiones. El aislamiento de los pueblos y aldehuelas conduce al aislamiento de los hombres. Gentiles simples y rudas que ignoran todo fingimiento, acaban por no poder tolerarse unas a otras. El indi-

vidualismo es el veneno de este pueblo. En otro tiempo el individualismo produjo enormes artistas y guerreros; aun hoy las más excelentes manifestaciones de la vida española son ultrapersonales. Pero reconocamos que un individualismo de esta índole es hoy casi un enemigo de la civilización.

Los paisajes castellanos nos enseñan también que la sequedad, la austeridad y la sobriedad castellanas proceden de la sequedad, la austeridad y la sobriedad de la tierra. Ellos nos descubren en sí mismos ese permanente estado anímico de la raza que es su misticismo realista, áspero y sombrío, exaltado, fecundo en violencias y contrastes, sin matices, sin dulzuras, como el suelo donde ha nacido. Los campos de Castilla no pueden engendrar sino el asco de esta mísera vida, anhelos de la otra, ensueños de eternidad. Por eso fué tierra de frailes sombríos; de hombres que odiaban la vida, la naturaleza, la alegría; de espíritus inmensos que sólo amaban el dolor (1). Los paisajes castellanos, finalmente, nos

---

(1) Es curioso comparar las fisonomías espirituales de los santos más representativos de la raza latina. Italia produjo al pobrecillo de Asís; Francia a San Vicente de Paúl, el apóstol de la Caridad; América a Rosa de Lima, la santa suave y poética. En cambio los santos españoles son de bien distinto temple: enérgicos, atormentados, hombres de acción, almas nada suaves ni sentimentales. Así Francisco de Borja, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús y Domingo de Guzmán.



### El solar de la raza

atestiguan que las modalidades de la conciencia castellana derivan de causas muy profundas, tan profundas que no habrán de ser buscadas ni en la política ni en otros males transitorios, sino en las condiciones de la vida, en la penuria del suelo y en el cansancio de la raza.

\*\*\*

Pero en ninguna expresión de la vida castellana se nota una relación tan lógica con el medio físico como en el arte y en la literatura. Los grandes pintores españoles, antiguos y modernos, han tomado a la naturaleza del país no sólo su espíritu, sino también sus formas y sus colores. El Greco, que es el más castizo de todos, pintó con los colores pardos y ocre que veía en el paisaje castellano; en sus hidalgos austeros y reconcentrados, lo mismo que en sus torturadas figuras religiosas, la realidad se exageraba en las más violentas formas. Zurbarán ha realizado una pintura seca, huraña, y al mismo tiempo tranquila, como esa tierra de Extremadura donde nació, tan parecida a las tierras de Castilla. Podría multiplicar los ejemplos. Entre los modernos, Zuloaga, el más representativo y el que mejor ha comprendido el alma de los pueblos castellanos, ha aprendido en ellos sus colores personalísimos, sus formas netas y exageradas y la manera peculiar de su composición,

de la cual pudiera decirse que en ella el individualismo de la casta adquiere una suprema expresión de arte.

Y lo que se acaba de afirmar sobre la pintura podría repetirse de la literatura, es decir, que ésta no será jamás interpretada conscientemente y profundamente mientras no se la relacione con el medio físico y moral de las regiones castellanas.

Aquellos paisajes austeros, sin encantos sensuales, sin matices, han producido una literatura donde las voluptuosidades del estilo y los medios tonos no existen sino importados, una literatura sin grandes poetas, una literatura donde ha habido «sol y noche pero no crepúsculo». La prosa española carece de ternura, de elegancia y de suavidad, porque estas cualidades no existen en las tierras castellanas. Son los escritores americanos, sobre todo aquellos de las sensuales tierras cálidas, los que han quitado al castellano su fiereza, su arrogancia, su extrema sonoridad y su sequedad originarias.

Otra circunstancia particularísima de la literatura española es que todos sus castizos personajes novelescos son andariegos. Don Quijote, los héroes de las novelas picarescas, los personajes de *El viaje entretenido*, parecen condenados a un eterno vagar sobre la tierra. Y lo mismo sucede con los personajes más representativos y castizos de los mejores



escritores actuales; de Pérez Galdós, por ejemplo. Baroja, andariego él mismo como sus personajes, ha llenado sus libros de individuos que parecen atacados de topofobia; casi todas sus escenas ocurren en la calle, y la mayoría de sus novelas no son en realidad sino libros de andanzas y aventuras. Aventureros y andariegos son también los personajes de los últimos libros de Valle-Inclán, es decir, de aquellos en que el autor ha hecho obra representativa y castiza. Pues bien; esta tendencia andariega de la casta es una consecuencia del ambiente. Los hombres no encuentran en sus casas y en sus pueblos sino miseria trágica, pesimismo, las mismas violencias y los mismos odios que ellos llevan en sus propias almas. Además, en muchos de esos pueblos no se come. Las tierras no producen nada, la agricultura, faltando el agua, no puede prosperar; los ganados perecen de hambre y de sed. Es natural, pues, que los hombres, dominados por inquietudes materiales y espirituales, y sintiendo que el ambiente los ahoga, se den a vida de andanzas y aventuras. ¡Vida extraña y terrible cuyo secreto parecen referirnos los caminos, vida azarosa que ha entrado en las entrañas mismas de la raza y que ha hecho andariegos a los héroes, a los santos, a las gentes de la hampa, a los reyes, a los místicos! España vive idéntica vida que sus hombres y toda su historia no es sino una quijotesca existencia

de andanzas gloriosas y de imprudentes aventuras.

Los paisajes de Castilla, finalmente, nos explican el carácter del realismo literario español. La literatura castellana, como se sabe, es hondamente realista. Pero su realismo resulta más interior que exterior, puesto que, siendo una literatura esencialmente humana, su realización escrita no se ajusta con estrictez a la perfecta realidad. Así, hablando de las novelas podría asegurarse que hay en ellas como una concentración de realidad; en consecuencia, el dibujo y la expresión formal son exagerados hasta tocar en los límites de la caricatura. Y es esto lo que el paisaje castellano nos explica también. Las condiciones del aire y de la luz determinan allí una deformación en la visión de las cosas; la realidad aparece como intensificada o exacerbada, las cosas cobran formas extrañas, y aun caricaturescas, y la imaginación, exaltada por el ambiente, la miseria y el especial misticismo castellano, trueca en ejércitos los rebaños de carneros y en gigantes los molinos de viento.

\*\*\*

El viajero que contemple de cerca las tierras de Castilla, que viva en ellas y que pase por ellas comprendiéndolas y amándolas, se sentirá fascinado por sus fuertes encantos y tal vez encontrará que los



### El solar de la raza

paisajes de su alma tienen algo de común con los paisajes de aquellas tierras. Es cierto que se contagiá de pesimismo y que sufrirá los estragos de una desolación honda y tenaz—pues la impresión de estas tierras nos persigue durante mucho tiempo; pero también es cierto que se afirmará en su idea de haber penetrado en el alma de uno de los países más extraordinarios de la tierra y que se habrá confor-tado, a su contacto espiritual, en su creencia de ciertas verdades fundamentales.

Las tierras de Castilla muestran al viajero, con esa evidencia de las cosas que se sienten: la peque-ñez del vivir y la vanidad de los halagos sensuales, la superioridad de las inquietudes del espíritu sobre las preocupaciones del bienestar y del progreso, el valor del estoicismo, la eficacia de la pobreza y del dolor como maestros de pueblos viriles y profundos. Las tierras de Castilla, con su dolor concentrado y torturante, hacen desbordar sobre sus paisajes, del alma del artista, la fuente callada de la simpatía. Las tierras de Castilla sugieren al viajero la espe-ranza de que aquella raza, fuerte, noble y profunda, en otro clima y otro suelo,— los de nuestra Argen-tina— hará renacer en el porvenir las viejas glorias de la estirpe.

Y esta es, sobre todo, la alta belleza, la inquietan-te belleza que ofrecen las tierras de Castilla.





## II

### SEGOVIA LA VIEJA

**S**EGOVIA tiene sobre las demás ciudades de España el encanto supremo de ser aún desconocida. El artista allí, libre, como pocas veces, de las ridículas caravanas del turismo, adquiere, junto con su derecho a la soledad, la ilusión egoísta de poseer exclusivamente, para sus goces espirituales, la ciudad secular. Pero esto no es todo. Segovia fascina con un prestigio muy alto y raro como es el de conservar, en medio de una época cosmopolita y renovadora, esta belleza aparte: la belleza de su vejez.

Las ciudades antiguas donde el progreso ha estampado ya su nota de modernidad, hacen pensar en ciertos ancianos que, por vanidad retrasada o por terror a la ruina total, remiendan con afeites y postizos su vejez venerable. Segovia no es así. Ella lleva

Manuel Gálvez

su vejez sencillamente y modestamente. Tiene la vejez de los mendigos; de aquellos mismos mendigos harapientos y humildes que, a las puertas de las iglesias segovianas, mientras salmodian una oración, nos extienden las manos flacas y sarmentosas.

\*\*\*

En Segovia no hay casi nada moderno. La ciudad, salvo algunos detalles que pasan inadvertidos en el conjunto, se encuentra como hace trescientos años. Podría afirmarse que la vida no ha cambiado allí, y que las únicas transformaciones derivan de la ruina y la vejez.

Pocas ciudades en el mundo tendrán aquel aspecto de vetustez que es el encanto de Segovia. Sin embargo, sus monumentos— numerosos y agrupados en la pequeñez de la ciudad—no tienen, salvo excepciones, la antigüedad que sugieren, y así de las trece iglesias, cinco son apenas de los siglos xv, xvi y xvii. Pero es que en la ciudad castellana el abandono de sus palacios, de sus iglesias, difunde en el ambiente, y arcaico por su espíritu, un raro olor de ancianidad. En otras ciudades existen sin duda templos más antiguos; pero el constante cuidado oficial les quita a tales reliquias más de una belleza y entre éstas la de su vejez. Porque la vejez sólo es venerable y bella cuando, no ocultándose, deja trasparentar, anticipa-



da en decrepitudes, la sombra augusta de la muerte.

Contribuyen a intensificar la sensación de vejez en Segovia, las múltiples iglesias de estilo románico. De las doce iglesias interesantes que allí perduran, ocho pertenecen a este estilo. El románico, importado a España por los monjes franceses, los peregrinos de Santiago de Compostela, los mercaderes sirios y griegos y las reinas y grandes señores extranjeros—algunos de los cuales iban a España para luchar contra los moros—, se españoliza en Segovia por completo, como se españolizó igualmente en otras regiones del país hasta el punto de llegar a convertirse en el estilo arquitectónico nacional y castizo por excelencia. Segovia creó un tipo especial de arte románico, un tipo que se caracteriza por los techos de madera con cierto no sé qué de mudéjar, por la riqueza en la decoración de las cornisas, por su mayor rudeza y simplicidad, no obstante pertenecer a un período avanzado del arte románico, y por aquellas galerías exteriores que, en su reconcentración silenciosa y su intimidad propicia al ensueño, se dirían claustros abiertos al mundo, claustros que ponen en la miseria de las calles la poesía y el espíritu conventual. Y bien: el estilo románico, sobre todo el románico español, tiene un marcado aspecto de arcaísmo. Es el mismo arcaísmo de los idiomas romances en sus balbuceos de los siglos XII y XIII, el rudo e ingenuo idioma de *El libro*

de los *Exemplos*, del *Poema del Cid*, de la *Chanson de Roland* y de las novelas de Alberic de Besançon. El arte románico conservaba elementos romanos, y de ahí su fuerza y solidez; pero siendo un producto de épocas primitivas, había de faltar necesariamente en él toda perfección formal. El románico, el arte cristiano, en el que se concreta la fe sencilla de los primeros siglos de la Iglesia, muestra su arcaísmo en su primitividad, en la imperfección de sus líneas, en la tosquedad del tallado, en su pobreza y en la ausencia de pretensión y de refinamiento.

Pero otras causas—por último—, contribuyen de modo intenso a que tenga Segovia su carácter de extrema vetustez, casi de eternidad. Así, las casas familiares, todas con aire de vejez; algunas abandonadas, solitarias, arruinándose; algunas con las piedras de su frente rotas, con musgo entre los huecos, casas que se dirían leprosas como aquellas de que hablan las Escrituras. Así, aquel color como de cadáver que tiene toda la ciudad. Y así, la carencia absoluta de aliño municipal. Y así, finalmente, ese tristísimo viento de decadencia, de grandeza abolida, que se respira entre sus calles.

\*\*\*

Este carácter de vejez, peculiar a Segovia, junto con otras cualidades que también poseen Toledo,



### El solar de la raza

Avila y Salamanca, por ejemplo, me ha sido revelado profundamente en la impresión de llegada. La primera impresión que nos produce una cosa suele ser la más honda y verdadera, y todos los análisis y observaciones posteriores no hacen sino afirmarla. Y es que la intuición no se equivoca jamás. Nuestra subconsciencia, o intraconsciencia, como dice Unamuno más exactamente, ve las cosas en síntesis, penetra en lo más íntimo de ellas y las comprende en su esencia, es decir, en lo que tienen de más real y permanente.

Llegué a Segovia de noche. Apenas hube bajado del tren, subí a un carruaje espacioso, un tanto arcaico, un carruaje arrastrado por cuatro mulas que al trotar producían con sus cascabeles un son rítmico, incesante y al mismo tiempo melancólico. El carruaje entró por una anchísima calle de casuchas viejas con altas recovas y balconillos de madera. Luego la calle se fué angostando; el carruaje se metió por una estrecha callejuela, pasó bajo un ruinoso arco de piedra y fué costeanado los bordes de una hondonada vasta y profunda tras de la cual se veían las montañas. Después cruzó una plaza, la misteriosa y pintoresca plaza del Azoquejo sobre la que atraviesan, como un puente, los arcos enormes del acueducto romano. La presencia de estos arcos era en la noche una cosa fantástica y supraterrrestre.

Por fin, después de descender en la Fonda del Comercio—nombre que nos hace sonreír en Segovia—y de elegir mi cuarto, salí a caminar.

La ciudad dormía y las casas parecían abandonadas. Por las callejuelas oscuras anduve largo tiempo. Llegué a la plaza Mayor, desierta y melancólica, con altos soportales y un aire de intimidad sencilla. En un café, hacia el fondo de la plaza, morían las luces, amarillentas y tristes. Un sacerdote—se hubiera dicho un ánima en pena—cruzó la plaza a grandes trancos. No se percibía un solo ruido en aquel aire que, sin embargo, parecía sonoro. Frente a la plaza, pero discretamente apartada, como si no quisiera participar de la escasa vida ciudadana de aquellos lugares, se alza la Catedral. ¡Ah, la inefable emoción de tener ante los ojos—y ante el alma—los seculares muros de piedra de la Catedral de Segovia! La vieja iglesia, cuando se envuelve en sombra, cuando se torna casi irreal en medio de la noche, parece hablarnos un idioma extraño y profundo, un idioma que, aunque sin palabras, entra hasta el fondo de nuestra alma. Las voces con que las piedras de la Catedral nos hablan son voces de misterio, tal vez el lenguaje de la Eternidad y de la Muerte. Sentimos ansias de otra vida, deseos de renunciamento. Mis pasos en las callejas circundantes resonaban de un modo lúgubre, como resuenan las pisadas huma-



### El solar de la raza

nas en el silencio de las bóvedas funerarias. Llegué a tener la convicción de que aquel suelo era sagrado, y de que mis pasos lo profanaban. Las torres de la Catedral, enormes y obsesionantes, se perdían hacia el cielo entre la noche, como una plegaria hecha piedra. Una alta verja de hierro, encerrando un pórtico, inmenso como una plaza cuadrada, la fachada admirable que parecía, con sus torres y su puerta, una colosal hache mayúscula de manuscrito medioeval. Ante aquellas verjas, frente a las torres formidables, ¿cómo no sentirnos llenos de Dios y conmovidos de poesía, de amor, de fe? ¡Ah, el deleite supremo de poder extasiarnos, con esa felicidad y ese encanto que avasallan al hombre cuando descubre que ha encontrado a la mujer soñada, en aquellas viejas cosas que eran la soñada poesía sólo presentida hasta entonces! Los carcomidos muros en cuyas oquedades crecían las hierbas; los rincones apacibles; las piedras cubiertas de musgo; las verjas labradas y oxidadas; aquel abandono de las cosas, todo, absolutamente todo cobraba para mí una belleza penetrante y melancólica. La Catedral me parecía una imagen de Segovia; y aun de España. Como Segovia, se encuentra aislada en una elevación, entre la plaza y el terreno en cuesta descendente, recortada sobre el horizonte. Vieja, fuerte y pobre, reposa llena de bravura y de nobleza. Tiene un alma primitiva, de

franca rudeza, de seria intimidad. Hay en ella no sé qué de bárbaro, y en su estilo gótico retardado, sin los refinamientos de otros templos más suntuosos del mismo estilo, es sobria, española y netamente castiza.

Al dejar la Catedral me interné por una larga calle. Me detuve en una maravillosa plazoleta que tiene una vasta gradería para subir a la parte alta de la ciudad, y una fuentecita callada en un rincón pintoresco. Luego, al pasar por otra plazoleta, vinieron hasta mí las voces de unas mujeres que conversaban sentadas en un largo banco, frente a una iglesia. Las voces me llegaban como traídas por el viento, en palabras cortadas. Eran voces claras y sonoras, con esa sonoridad extraña de las voces nocturnas en las viejas ciudades españolas. Un sereno cantó después las once perezosamente. Me senté en el umbral de una puerta. Allí permanecí un momento con mi felicidad, mi entusiasmo, mi amor a las cosas y a la vida; allí escuché, en el silencio profundo, un canto lejano acompañado por una guitarra, y en seguida, ¡oh, España admirable!, sentí sobre mi cabeza, a través de una ventana abierta, los susurros de un rosario lento rezado por dos mujeres monótonamente.

\*\*\*



### El solar de la raza

¡Ah! ¿Cómo olvidar aquella noche en que, después de haber dejado una ciudad moderna, cuando aun vivía en mi alma el tumulto de Buenos Aires, he caído en pleno pasado? Segovia era también una sorpresa para mí. Por primera vez, me era dado el goce supremo de hallarme en una ciudad íntegramente antigua. Los hombres de Europa no pueden comprender esto. Desde que nacen viven en un ambiente de tradición y de arte clásico, y por poco que hayan viajado han oído la canción profunda y maravillosa que en las viejas ciudades cantan los siglos pretéritos. Nosotros carecemos de tales tesoros de belleza y a veces cruzamos el océano sólo para admirar el arte, para aspirar, a plenos pulmones, el aroma dormido de las cosas viejas. Nuestro sentimiento es esencialmente americano. Intentamos conocer y amamos lo que no tenemos, y como somos hombres de este tiempo, hijos de un país sano y enérgico, sentimos la añoranza del pasado en los reposos de nuestra vida de acción.

En los días posteriores, Segovia se me presentó con idéntico carácter que aquella noche. En todas partes había ruina y vejez. Aquí, el monasterio del Parral con sus muros tristes cayéndose a pedazos, con su claustro lleno de escombros, y su patio, de una desolación afligente, donde capiteles y trozos de columnas yacen entre el lodo, las sabandijas, las ho-

jas muertas y las plantas que ostentan la lozanía de su vida en medio de ese lugar de muerte y decrepitud. Allí la fuerte y pequeña iglesia de los Templarios, redonda en símbolo de la eternidad de la Iglesia, gloriosa de siglos y de fe guerrera, comenzando a perecer bajo el agravio de las cosas y el criminal olvido de los hombres. En tal parte es la alta torre carcomida de un palacio señorial, brava y arrogante en su decrepitud. En otra parte es San Juan de los Caballeros, bella iglesia románica que se arruina. Y en todas las calles, en todas las plazas, en las palaciones, en las viviendas pobres, en las iglesias, en los arrabales, es siempre la vejez, la eterna vejez; es siempre, en los muros todos de la ciudad, ese color amarillento, color de vejez humana, color de cadáver que empieza a enfriarse.

Mas no se crea por todo esto que Segovia es lúgubre o trágica. Nos hace pensar en la muerte; pero en la muerte apacible, el tránsito a otra vida más alta, la libertadora de nuestra miseria, la prometida de los santos. Segovia no es trágica, sino seria, y, sobre todo, profunda. Ella nos muestra a nosotros mismos una comarca de nuestra alma que desconocemos, la comarca donde residen los ideales de perfección, el deseo de matar en nuestro interior al hombre carnal y bajo que nos entristece, los ensueños de ascetismo cuando la vida nos produce náu-



## El solar de la raza

seas, la aspiración al Infinito, la nostalgia de Dios...

\*\*\*

¡Segovia! Yo que soy ciudadano de un país joven, amo tu vejez, tu vejez opulenta de tradición, de ideales, de nobleza. Yo sé que tu muerte está decretada por ese cruel tirano que se llama el Progreso; sé que has de renacer, tarde o temprano, tal vez dentro de doscientos años, en una Segovia moderna con horrendos *afiches*, inicuas casas *art nouveau*, catés conciertos. ¡Muere Segovia, muere de una vez! Tú que nos revelas la trascendencia de nuestro destino, que nos sugieres ideas espiritualistas, no tienes razón de existir en esta época superficial y materializada (1). Tu espiritualismo repugna seguramente a los hombres prácticos de ahora. Ellos prefieren las grandes capitales, ferias de vanidad y de mentira, donde las gentes, en perpetuo afán de lucro y de placer, ignoran por completo la seriedad de la vida. ¡Muere, pues, Segovia! Acuéstate sobre la colina en que agonizas y, ante las cumbres del Guadarrama, mirando

---

(1) Superficial por la falta de profundidad espiritual, ya que todo tiende a la adquisición del Oro y de los goces que él proporciona. Los cantores y los filósofos de esta era no niegan su materialismo; lo demuestran y lo alaban, y anuncian el fin del reinado del espíritu. Es el caso del escritor uruguayo don Carlos Reyles, que afirma estas cosas en su bello libro *La muerte del cisne*.

hacia tus viejas glorias, abandona tu lugar a la civilización de ahora, llevando contigo, y para siempre, el secreto de Castilla la Vieja.

Pero no; estas ciudades no deben morir ni progresar jamás. Segovia, Toledo, Venecia, ¿por qué no quedan eternamente para servir de refugio, en las intemperies de la vida moderna, a los soñadores incurables, a los vencidos, a los atormentados por la inquietud espiritual? Segovia la Vieja ¿por qué no perdura hasta la consumación de los siglos, a fin de que las almas envejecidas, las desterradas de la vida presente, hallen el consuelo de un misterioso acuerdo con la vejez ruinosa de la ciudad castellana?

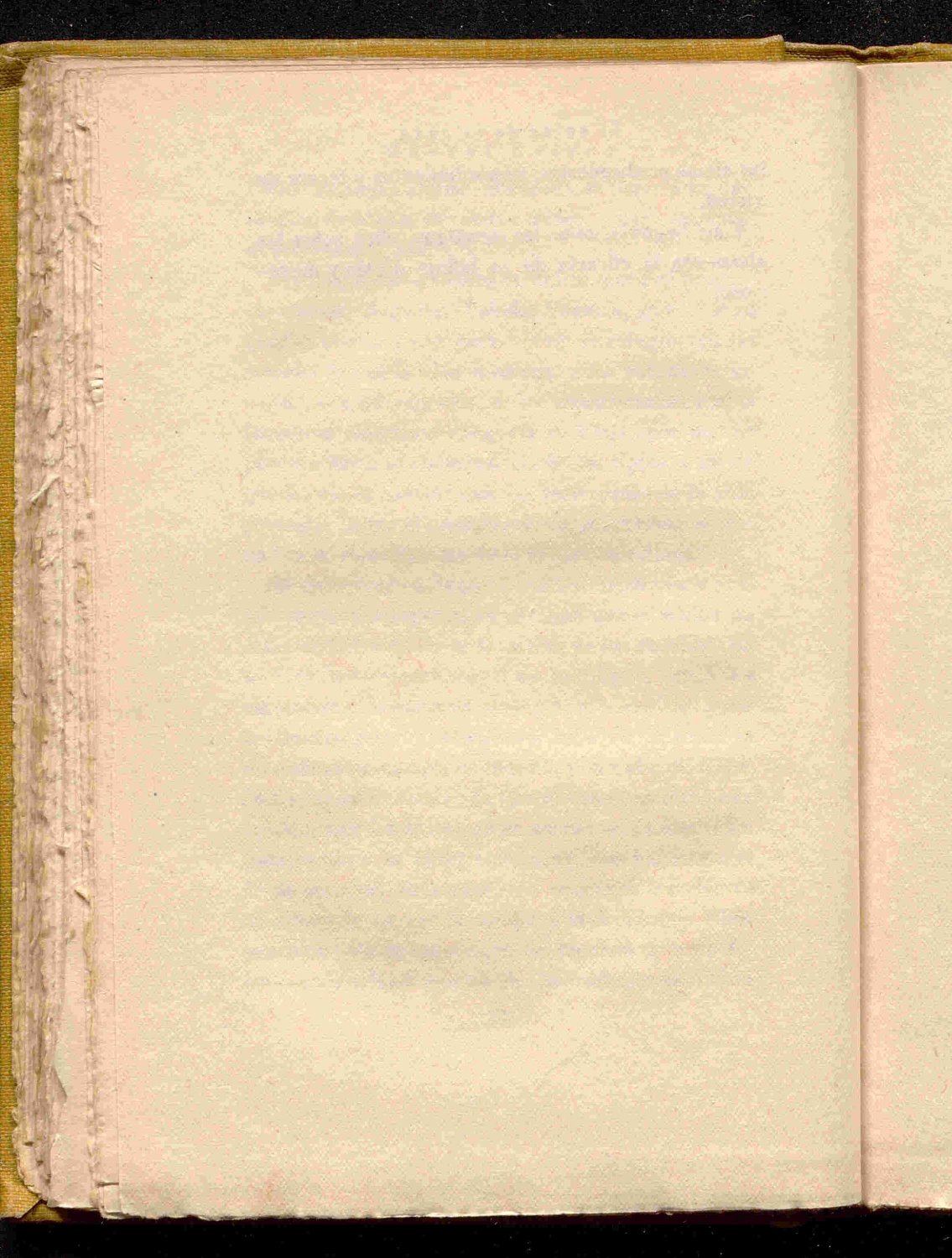
He comparado a Segovia con los mendigos, y ahora retorno la imagen para agregar que la misión de estas ciudades viejas es la misión de los mendigos en la vida contemporánea. Los mendigos, entre los esplendores de nuestras ciudades, el olvido de nuestro destino y las satisfacciones del vivir, realizan la más eficaz enseñanza de filosofía y moralidad. Ellos, en las ciudades donde son libres,—pues en otras hay egoístas que los encierran en asilos—nos muestran a cada instante la miseria humana, nos hacen ver el fin de nuestras vanidades, nos procuran excelentes ocasiones de ejercer la caridad y la compasión. Ellos ponen su nota de dolor—¡de su fecundo y bello dolor!—en la trivial alegría de las calles, y dejan, en



### El solar de la raza

las almas predispuestas, remordimientos y fervor de virtud.

Y así Segovia, como los mendigos, obra sobre las almas con la eficacia de su influjo divino y misterioso.





### III

## EL DOLOR DE TOLEDO

**L**as ciudades como Toledo poseen una belleza compleja. Desde luego, hay en ellas una belleza visible que todo espíritu un poco artista puede comprender relativamente. Pero, además, tienen estas ciudades otra belleza menos accesible: una belleza interior, o si se quiere ideológica, que no logran comprender sino las almas profundas. Y así, mientras para casi todos los viajeros Toledo es solamente una ciudad de arte, para otros la vieja ciudad significa algo más: es la expresión de un gran dolor.

\*\*\*

Fué en una noche de verano sonora y noble, una noche de España, cuando por vez primera conmovió a mi alma, hasta hacerla estremecer de ensueño y de secular poesía, la angustia de Toledo.

Eran las diez. Yo acababa de llegar en ese instante. Mientras subía el carruaje por una larga calle de árboles, había contemplado a Toledo, señorial y altiva en su ruinoso grandeza. Luego había cruzado el puente de Alcántara, bajo cuyas puertas de siglos pasaron tantos hombres de alma épica; había bajado en la plaza de Zocodover cuyo nombre y aspecto sacudieron mi corazón con los recuerdos de Cervantes; y finalmente, acababa de escuchar la canción del Tajo: aquella canción recia y heroica como el choque de armaduras, con que el río magnífico, en su idioma de romance viejo, habla, a la ciudad decaída, de sus glorias en ruina y en olvido.

Salí a la calle. Hasta pasada media noche anduve por aquellas callejuelas seculares y oscuras. Algunas bajaban en cuesta rápida como si fueran a precipitarse en el Tajo; otras, se empinaban de tal modo que parecían querer trepar a los cielos, y otras, insinuando emboscadas, torcían bruscamente. Calles complicadas como la algarabía de aquellos hombres que las habitaron dejando en ellas rastros de su espíritu. Calles tan profundas y caprichosas que, remedando cicatrices, me hacían mirar a la ciudad entera como a un cuerpo de valiente tajeado en luchas bravas. Yo sentía en estas calles un encanto extraño. Me imaginaba revivir un pasado enérgico y heroico. En el silencio absoluto de la hora, el lirismo y el misterio



### El solar de la raza

circundantes me hacían, sin embargo, oír voces a mi alrededor. Eran las voces de las piedras. Yo las sentía lamentarse al cielo de un dolor íntimo y rudo; pero era un lamento estrangulado que surgía a pesar de ellas: el reflejo de un lamento que el orgullo intentaba ahogar. Todas las voces hacían espiritual y sonoro el aire de las calles. Se hubiera dicho que aquellas voces casi ahogadas formaban un místico y apagado clamor y que toda Toledo no era sino un dolor, un hondo dolor cuajado en piedra.

Toledo es, en efecto, una de las más bellas expresiones en que se vierte hoy día el dolor de la vieja España moribunda. Podría compararse a la España castiza con uno de aquellos órganos prodigiosos, ahora arruinados y en desuso, que conservan algunas de sus antiguas catedrales. Las voces de tales órganos fueron antes formidables y maravillosas, voces dignas de cantar a Dios; hoy la entraña del órgano está carcomida y apenas suenan unas pocas voces que parecen decir quejumbrosamente, pero también orgullosamente, su desolación y su decrepitud. Y así Toledo—como Segovia, Ávila, Santillana, Sigüenza—es una de aquellas voces en las que hoy se concentra el dolor de la España vieja.

\* \* \*

Pero el dolor de España no proviene tan sólo de

su decadencia. Hay otras causas de aquel dolor.

España ha comprendido que las antiguas virtudes latinas, cuyo ejercicio la tornara en el más grande y noble imperio que hubo sobre la tierra, han perdido su poder y su prestigio. La edad actual ha traído los gérmenes de una completa transformación de todos los valores. En esta época hay que renovarse para vivir. Francia, que no tenía una individualidad tan exagerada, ha podido realizar ya su transformación. Pero España, país de una personalidad violenta y en el que los ideales, las vicisitudes, los sentimientos y los defectos de la raza latina eran más exaltados que en parte alguna, no ha logrado aún adaptarse enteramente a la vida moderna. Pero esto vendrá a su vez. Las glorias pasadas, los grandes ideales latinos que tan bellamente paseó por el mundo, su espiritualidad, su heroísmo, no le sirven ahora, seríanle un lastre incómodo para marchar hacia una era de gran prosperidad; los viejos ideales espiritualistas parecen incompatibles con la actual civilización burguesa.

Y he aquí el dolor de España: ver cómo aquellos ideales de antaño deben desaparecer; cómo el sentido positivista de la vida domina el mundo; cómo el arte humano y único que expresaba aquellos ideales resultará pronto exótico e incomprensible, habiendo perdido casi toda relación de semejanza con la vida actual; cómo a la energía espiritual reemplaza la



### El solar de la raza

energía industrial; cómo las almas del Cid, de Don Quijote y de otros no menos admirables seres no influirán nunca más sobre los hombres; cómo morirá la España vieja, la grande, la castiza.

\* \* \*

¡España vieja! No sabría decir cuántas bellas cosas significan para mí estas dos palabras. Ellas me dicen lo más noble, lo más heroico, lo más espiritual que ha habido sobre la tierra. Me apena imaginar que todo esto tiene que morir, que está ya muriendo. Una España nueva que no puede coexistir junto a la antigua comienza a levantarse llena de bríos. Es la España de las minas, de las fábricas, del comercio, del porvenir económico; la España de Bilbao y de Huelva, de Barcelona, de Valencia, de Guipúzcoa. Yo que soy ciudadano de un país potente de energías, no puedo sino regocijarme por esta naciente energía española. Pero ¡ah, qué lejos se halla esta España moderna de aquella otra que, exaltada de generosidad y de idealismo, se concretó en el alma de Don Quijote; de aquella que, todo heroísmo, parece encarnarse simbólicamente en la vida épica del Cid; de aquella que fué llama de amor viva en el infinito corazón de Santa Teresa; de aquella que expresó sus éxtasis y su hondura espiritual en las alucinantes imágenes del Greco!

No comprendo por qué no han de existir junto a las cosas del presente algunos ejemplos intactos del pasado. Nuestra civilización parece tolerante, pero lleva en sí misma un germen que destruye todas las tradiciones. Quedarán muchas obras de arte como cosa de museo, pero la fisonomía espiritual de las ciudades viejas desaparecerá para siempre. Toledo no dará en el porvenir a los hombres su lección irremplazable. Las futuras generaciones latinas, habiendo perdido la ciudad su antiguo carácter, no recibirán en ella los ejemplos de poesía, de austeridad y de espiritualismo con que Toledo levanta hoy día la condición de nuestro sér. El mundo moderno sólo sabrá medir su pérdida cuando compruebe cómo los artistas no podrán continuar trasmitiendo a sus contemporáneos, mediante el libro o el cuadro, aquellas eficaces lecciones de cosas; cómo los espíritus profundos y religiosos no hallarán en Toledo ningún secreto que desentrañar, no hallarán en Toledo aquel «hogar para el alma» que es ahora.

\* \* \*

He vuelto a Toledo, después de cinco años de mi primera visita, para recibir de nuevo su lección fortificante.

La vieja ciudad ha cambiado un poco. He visto cierta animación callejera que antes no existía, edi-



### El solar de la raza

ficios nuevos, casas de comercio con vidrieras casi lujosas y elegantes. La diferencia entre hoy y ayer no presenta gran importancia, pero la adquiere si se piensa que ella significa el comienzo de una nueva era toledana. Es el turismo, el triste turismo, lo que hace inaugurar la transformación de Toledo. Y los progresos crecientes del litoral cantábrico y del litoral mediterráneo, extendiéndose hasta Castilla la Nueva, concluirán con la Toledo vieja. Entonces otra Toledo reemplazará a la actual. Casas modernas sustituirán a las viviendas ruinosas, las calles estarán ensanchadas y niveladas—pues la democracia y el progreso, siendo niveladores, no toleran ninguna desigualdad—, un tranvía correrá desde la Estación hasta el clásico Zocodover y se leerán anuncios de máquinas agrícolas en los muros históricos de la puerta Bisagra.

El presentimiento de estas profanaciones me asaltó en mis paseos toledanos más de una vez. Pero Toledo, a pesar de todo, pudo todavía repetirme aquella lección de hacía cinco años. La misma sensación volvió a avasallarme, sólo que en todas las cosas veía yo un poco más de hostil indiferencia. Parecía que aquellas piedras llenas de un mudo dolor me miraban esta vez como si yo fuese un cómplice de su muerte próxima. Reviví totalmente mis ensueños toledanos; volví a contagiarme de aquel dolor

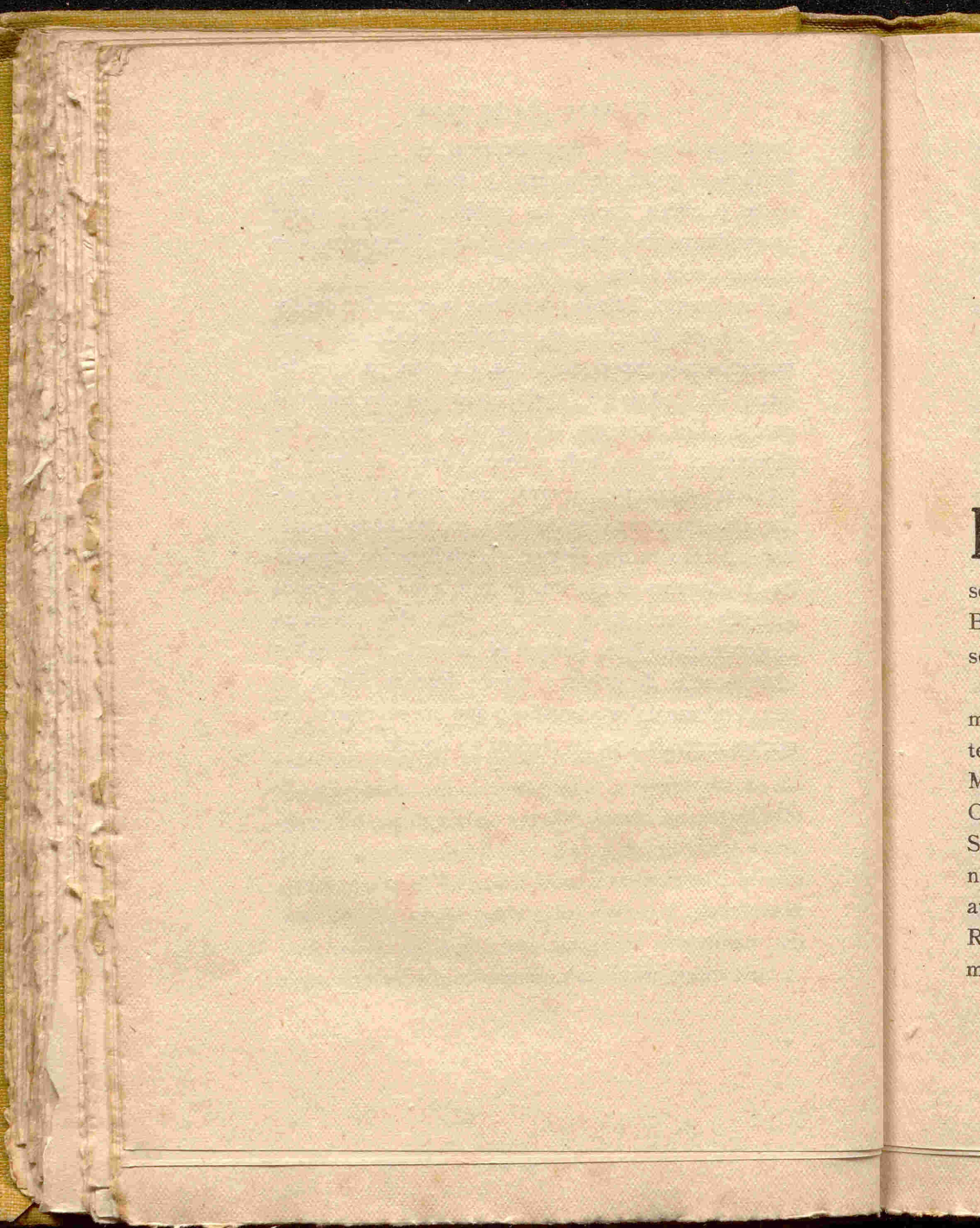
secular. Fué así como, viviendo con el alma los tiempos de la grandeza de Toledo, cometí el pecado de maldecir nuestra civilización. Pero este estado de ánimo sólo duró un instante. Yo admiro y amo la vida moderna, que es fuerte y enérgica, y después de algunas necesarias e inevitables evoluciones he venido a comprender la gran poesía que contiene. Pero el comprobar el fin del pasado me entristeció. ¿Es que en mi interior consideré a la antigua civilización hispánica superior a nuestra civilización de ahora? No lo sé. Tal vez no hice sino pensar que la civilización actual, o mejor dicho naciente, pues estamos aún en una época de transición que ya parece acabar, implica el reino de la energía en sus dos expresiones: la voluntad y el músculo, mientras la civilización de la vieja España se apoyaba y fundaba en el reino del espíritu, en el predominio del alma sobre las cosas físicas; que en las modernas ciudades tentaculares las gentes viven preocupadas del bienestar material, de los goces sensuales, de la salud, de los modos de adquirir riquezas, a diferencia de las ciudades españolas de antaño, donde las gentes sólo vivían preocupadas de su alma y de su Dios; y que en las ciudades de hoy dominan el luchador, el *pionero*, el *self made man* y las épicas y gigantescas multitudes exaltadas por intereses materiales, en tanto que en aquellas pobres ciudades dominaban e



### El solar de la raza

contemplativo, las almas-océanos en las que desbordaba el genio de la raza, y las multitudes ilusionadas y felices que en los ámbitos de sus templos maravillosos ahidalgaban sus almas al levantarlas en éxtasis hacia Dios.

Finalmente, Toledo nos afirma la eternidad del dolor. Ella nos da sobre el cierto fin de todas las cosas humanas una experiencia más. La vida, parecen decirnos las piedras de Toledo, no es sino una continua muerte. Los imperios, las ciudades, las filosofías, las glorias, los libros, todo muere. Pasará al olvido la civilización europea, desaparecerá más tarde la civilización americana, se deshará en los años—¡soñemos primero en que llegue!—la civilización argentina. Y entonces el escritor de aquí a mil años tendrá también ocasión para abrir su alma elegíaca en un responso como éste. Porque él hallará en las calles abandonadas de nuestra amada Buenos Aires, tal vez el mismo dolor angustioso que me revelaron, en noches inolvidables, las piedras de Toledo.



L  
s  
E  
s  
  
m  
to  
M  
C  
S  
n  
a  
R  
m



#### IV

### SALAMANCA

**E**NTRE las ciudades españolas verdaderamente castizas, Salamanca, tiene una personalidad absolutamente aparte. No recuerda ni a Toledo ni a Burgos ni a Avila, y apenas si, por su color dorado, se asemeja un tanto a Segovia.

En España todos los momentos de su historia, o mejor dicho, todas las fases de su espíritu, están sintetizadas por alguna gloriosa ciudad: Tarragona y Mérida son romanas, Toledo principalmente judía, Córdoba árabe, Burgos y Ávila medievales. En Salamanca se concentra el renacimiento arquitectónico español. Pero mientras la Edad Media perdura aún en el alma de muchas ciudades castellanas, el Renacimiento sólo se conserva, por lo menos de una manera total y evocadora, en Salamanca. Por esto,

Salamanca es única en España. Además, el carácter individual del renacimiento español, que difiere tan fundamentalmente del italiano y del francés, acentúa hasta el prodigio la emoción personal de Salamanca. El renacimiento español no tiene la frialdad ni la objetividad materialista, ni esa semicondición de *pastiche*, que hace antipáticos y secundarios al renacimiento francés y al italiano. En la arquitectura plateresca, al revés, hay calor y sentimiento, cierto misticismo sereno, discreto y amable, y una gran sinceridad. El renacimiento italiano y francés, —principalmente el primero, — interrumpieron la evolución lógica del arte; los hombres de aquella época, — como se sabe, — pretendieron resucitar el arte griego y el romano sin pensar en que catorce siglos de cristianismo habían ya ahondado su espíritu en el corazón de la humanidad (1). Por esto, los dioses de los artistas del Renacimiento no evocan jamás

---

(1) También fué interrumpida la evolución del arte porque éste se hizo erudito, dejando de ser popular. Es lo mismo que ocurrió en España con la poesía. El *Poema del Cid*, los «mes-ter de clerecía», los romances, anunciaban una poesía propia y robusta; pero vino la erudición, y los poetas comenzaron a imitar a los italianos, a los griegos y a los latinos, y se dieron a alabar los encantos de triviales Filis y a evocar inverosímiles pastores cuyos discreteos literarios parecen avernirse harto escasamente con su roña y su estulticia profesional.



### El solar de la raza

los dioses griegos y romanos, y sus santos, pintados sin fe, simulan zurdamente la santidad. Nada de esto sucedió en España. La arquitectura plateresca, que continúa en cierto modo el arte medioeval, es cristiana, castiza y realista, y se diría que ha surgido espontáneamente, como una expresión natural del estado de las almas.

¡La belleza de Salamanca! Habría que escribir un volumen para que no se perdiera ninguno de los encantos de la canción divina con que ella exalta a nuestra alma. Habría que hacer sensible la dorada tonalidad de aquellos muros seculares que en los atardeceres parecen arder como fuego o sonrosarse, y que en las madrugadas se tornan oro pálido. Habría que describir la sutileza maravillosa, la gracia mística y la complejidad de formas de aquellas fachadas platerescas donde la piedra, dorada por el tiempo y el sol y cincelada por los hombres, nos recuerda las filigranas de los plateros salmantinos. Habría que evocar ante el lector el prodigio de aquella vieja Catedral Nueva, prodigio de arte, de emoción, de carácter, de luminosidad, de poesía. Habría que llevarle por cada una de las callejas silenciosas, sonoras y doradas; conducirlo a los dormidos paseos seculares, donde, como en todos los paseos de los viejos pueblos españoles, se diría que el tiempo se ha detenido y que bajo los árboles añosos platican,

Manuel Gálvez

con sus voces engoladas, los plácidos canónigos; hacerle admirar rejas y balcones que son filigranas en hierro; mostrarle, en fin, todas las perspectivas, todas las iglesias, todos los claustros, todas las plazas.

Pero no obstante ser tan intensa la emoción personal de Salamanca, no obstante ser tan alta su belleza, lo que más adoro en ella es su espiritualidad. ¡Ah, yo he saboreado con el ansia de un desquite, con los pulmones del cuerpo y del alma, ese aire opulento de sugerencias espirituales, ese oxígeno vivificante para la anemia de nuestro hombre interior!

\*\*\*

La espiritualidad de Salamanca es una de las cosas más consoladoras para el viajero idealista, en medio de la Europa materializada. En pocos lugares de la tierra ha de encontrarse tanta espiritualidad, sobre todo en el sentido que doy aquí a esta palabra. Yo encierro en su significado una vasta serie de manifestaciones que pertenecen a un orden ideal. Ante todo comprendo en ella esa rara aptitud de sugerir que convierte a Salamanca en una formidable suscitadora de ideas y sentimientos. Yo me imagino a la vieja ciudad como un pozo profundo donde los caminantes sedientos hallarán el agua salvadora con sólo



### El solar de la raza

penetrar en su hondura. Muchos hombres pasan junto a este pozo sin verlo; otros se alejan sin querer gustar de su agua que consideran estancada y vieja. Pero nosotros, los sedientos de ideales, nos sumergimos gozosamente en él y allí bebemos con ansia su agua de vida: agua milagrosa que ha de inmunizar-nos contra la peste materialista cuyos gérmenes llevamos dentro de nosotros mismos. Esto es tan cierto. que al entrar uno en Salamanca el sér se torna más ágil, más anímico, menos corpóreo; el alma se idealiza; los sentidos se aquietan; la inteligencia se agranda y se aviva.

Salamanca nos invita al ensueño. En sus calles uno se siente poeta y se vuelve contemplativo. Unamuno, en una muy honda composición sobre Salamanca, ha expresado algo análogo cuando dice:

Sueño de no morir es el que infundes  
a los que beben de tu dulce calma,  
sueño de no morir ese que dicen  
culto a la muerte.

Y es verdad. Salamanca infunde «sueño de no morir». Hay en ella como una sugestión de inmortalidad. Las dudas sobre el más allá, se pierden en Salamanca. La ciudad secular, agua de vida, nos afirma nuestra inmortalidad; nos incita a creer con esa firmeza, esa esperanza y esa fe de que suelen penetrarnos las viejas ciudades castellanas. ¿No se

diría que los materialistas han de ver en esta ciudad un contagio peligroso para la integridad de sus ideas? Y cuando se recuerda que casi todas las ilustres ciudades españolas sugieren ideas espiritualistas, uno se pregunta si no será esta una de las razones fundamentales que determinan en ciertos hombres el odio a España.

\*\*\*

Pero no es sólo «sueño de no morir» el que nos infunde Salamanca. También nos envuelve en lirismo y, como antes lo dije, nos invita al simple ensueño poético. Y hay todavía algo más: la visión de todo un mundo tradicional y legendario, la presencia real de una realidad que parecía soñada.

Una persona amiga me había dicho: «tú crees que Salamanca existe, pero no es sino una invención de los poetas», palabras que me hicieron pensar. ¿Existiría Salamanca? Pero al llegar allí, apenas hube andado un poco por sus calles, comprendí,—sentí, mejor dicho,—que Salamanca existía. Existía desde luego la Salamanca profunda, fuente de espiritualidad; la Salamanca que yo no sospechaba; y existía también la Salamanca que el artista buscaba, la de los libros clásicos, la de los estudiantes truhanescos y pendencieros, la de las leyendas y tradiciones. En sus calles yo esperaba ver aparecer la figura teno-



### El solar de la raza

riesca de don Félix de Montemar; o la figura lamentable y extrañamente ridícula de marabú kabila del gran Ignacio de Loyola, arrojado de la Universidad y sufriendo cárceles y miseria; o la figura castiza y sobrehumana de Teresa de Jesús, tal vez pasando definitivamente para Alba de Tormes donde le esperaba la gloria de su tránsito; o la figura serena, distinguida y amable de Fray Luis, quizá dirigiéndose a dictar su curso en esa cátedra sencilla y pobre que, emocionadamente, he visto con mis ojos y he tocado con mis manos.

\* \* \*

Muchas veces he pensado que en el ambiente de las ciudades hay como un dejo espiritual de los hombres que han vivido en ellas. Y no me refiero exclusivamente a los grandes hombres sino también a los mediocres y a los pequeños, si bien los grandes hombres, siendo más personales y teniendo alma más afirmativa, ponen en la mezcla mucho más de sí mismos que los otros. Ávila tiene aún hoy día alma mística y heroica porque fué ciudad de santos y de guerreros; efluvios de santidad y de heroísmo vagan todavía por sus callejas conventuales. Salamanca fué tierra de teólogos y de poetas. Diríase que en el ámbito de la ciudad perdura un poco del espíritu de los grandes hombres que le dieron gloria, sobre todo de

aquellos teólogos estupendos que labraron la casuística, sutil filigrana de pensamiento, como las rejas de los viejos palacios son filigranas de hierro y las fachadas platerescas filigranas de piedra.

Dejos espirituales que pueblan el ámbito de Salamanca impresionaron mi alma con múltiples imágenes de intelectualismo; de un idealismo que parece acentuado por retoques de sentimiento místico; y de aquella expresión salmantina de la clásica y castiza gracia española. Bellas cualidades son estas tres, pero sobre todo la primera y la última, porque solamente Salamanca entre las ciudades españolas nos habla de intelectualidad y de gracia. Toda Salamanca parece envuelta en intelectualismo; y aunque en Salamanca no existiera su Universidad gloriosa, se vería siempre en ella una ciudad del más puro tipo intelectual. Porque las ciudades, como los hombres, unas son grandes señores, otras labriegos, otras tienen alma de notario, o de ramera, o de beata, o de guerrero; ésta se diría un santo, aquella un facineroso; algunas son simples *snobs*, muchas tienen espíritu de burgués, de viajante de comercio, de tendero enriquecido. Hay pocas que presenten tipo intelectual. Y esto no depende del número de escritores, artistas y sabios que vivan en la ciudad. Así San Sebastián cuenta con más pintores y escritores que Salamanca; no obstante, nadie osará mirar a aquella



como ciudad de alma intelectual. En las calles de Salamanca recibimos una perenne y viviente sugestión de intelectualismo; todo nos habla de cultura, de esa vieja cultura española en parte desaparecida.

Porque la cultura española, como conjunto y como entidad, casi no existe hoy día. Ruinosa y envejecida, ha dejado de influir en el mundo. Es cierto que esta misma Salamanca todavía enseña por la voz elocuente del gran maestro Unamuno; es cierto que el árbol del talento crece en las llanuras castellanas; es cierto que algo se trabaja y se estudia; pero esto no basta: la cultura española carece de método. La exacerbación del individualismo, al crear lógicamente una a modo de anarquía, ha deshecho la unidad de todas las cosas viejas. Es la cultura española como uno de esos ríos con mucha agua, pero que, si ha de tornarse útil, reclama una urgente canalización. Suele creerse que en España no hay ideas. Sin embargo, aparte de la aptitud de suscitar ideas que el país lleva en su entraña, existen allí fuertes y hondos pensadores. En Francia tales hombres ya habrían reducido a sistema sus ideas o las habrían expuesto con método y precisión. Pero en España hay un excesivo amor a la paradoja y a la improvisación: dos cosas que, en el orden de las ideas, conducen a la anarquía y al fracaso.

\*\*\*

Pero no menos interesante que esta sugestión de intelectualismo es la serie de admirables imágenes ejemplares de la gracia española con que Salamanca nos maravilla los ojos, desmintiendo la visión de la España uniformemente trágica y adusta. Porque, en realidad, en la mezcla compleja de la antigua alma española hay muchos gramos de gracia. Ni los antiguos poetas ni los antiguos artistas fueron ajenos al encanto de la sonrisa. Ya en el siglo xiv la musa del Arcipreste supo sonreír. «Es una verdadera sonrisa, —dice el escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez—, flor de ironía y fineza, que nada tiene que ver con la grasa risa rabelesiana». Díaz Rodríguez recuerda a León Hebreo, a Tirso y a Lope; evoca el verso gongorino «con su nota suave de celeste campanilla de oro»; nos pregunta si alguna vez en comunión con los místicos del gran siglo no hemos sentido pasar la sonrisa y la gracia española en alguna página de Teresa de Jesús o entre la música de la prosa de Luis de Granada; y nos muestra la gracia y la sonrisa de las dulces figuras de Murillo. Pero el escritor venezolano ha olvidado que la flor de la gracia creció también en el jardín de la corte de don Juan II; que en medio de la vasta selva de los romances viejos suele brotar de rato en rato el perfume de alguna sonriente y graciosa leyenda como aquella de Gerineldo o de Delgadina; y que las can-



### El solar de la raza

cioncillas del marqués de Santillana tienen el fresco aroma de una gracia lozana y literaria. Pudieran multiplicarse los ejemplos en la literatura. En el arte, además de Murillo, habría que citar a Luis de Vargas, a Roelas y al gran Goya, de cuya aptitud para pintar la gracia y la sonrisa nos hablan algunos de sus tapices y más de un retrato femenino, como aquel encantador de Doña Tadea Arias de Enriquez. Alargando el tema no sería difícil encontrar ejemplos en la escultura y en la arquitectura, menos en aquélla que en ésta. Podría evocar las naves y los pilares de la Catedral de Sevilla, que, a pesar de sus dimensiones, tienen gracia, esbeltez y elegancia; y mostrar cómo estas cualidades se hallan también en la Catedral de Burgos. Pero bastaría para convencer a los que insisten en la perenne adustez y sequedad españolas, conducirles ante las obras maestras del renacimiento salmantino.

Gracia y sonrisa nos muestran el Convento de San Esteban, la Universidad, el Colegio de Nobles Irlandeses, para sólo citar tres ejemplos.

La grande arcada de medio punto del frente de San Esteban hace marco a una prodigiosa fachada plateresca; la emoción mística se atempera allí de elegancia y de armonía formal, y los tres cuerpos superpuestos, los grandes pilares, las áticas, se combinan en bellas y graciosas proporciones. La fachada

de la Universidad tiene un encanto íntimo y suave y una distinción que no se sabría describir. Aquella filigrana donde animales, plantas, ramos, labores y otras tantas cosas varias aparecen esculpidas en formas gráciles y ligeras, parece obra de manos señoriales; es algo extremadamente fino y elegante. El patio del Colegio de Nobles Irlandeses nos da un ejemplo de armonía. Sentimos allí la armonía como una cosa viviente, palpable. No tiene este patio la espiritualidad ni la emoción de ciertos claustros como el de la Catedral de Barcelona o el de los Jerónimos de Lisboa; pero los supera en elegancia y en finura. Basten estos ejemplos para ilustrar mi aserto de que aun perduran en Salamanca imágenes de la vieja gracia española. Por otra parte, no estoy sólo en mi opinión. Pío Baroja, uno de los más perspicaces espíritus de la actual España, ha dicho: «Salamanca parece demostrar en sus calles que el pueblo español, además del brío y de la violencia en la vida y en el arte, guardaba un fondo de gracia suave, hoy quizá perdida».

\*\*\*

Para concluir, diré cómo el recuerdo de Salamanca se encumbra entre todos mis recuerdos de viaje. He ido a Salamanca después que pasaran ante mis ojos muchos pueblos y ciudades. Y bien: Salamanca se



### El solar de la raza

destaca entre mis pocas sensaciones hondas, junto a Segovia, a Venecia, a Avila, a Toledo; se destaca, a modo de consoladora sorpresa, como los poblachones grises en las llanuras de Castilla la Vieja. El recuerdo de Salamanca durará siempre en mi alma; porque la ciudad secular es fuente de espiritualidad; porque ha revelado a mi subconsciencia las raíces de la raza; porque toda ella no es sino arte hecho piedra; y, finalmente, porque fué la última visión que han tenido mis ojos de la fuerte, de la eterna España.





V

# MIS HORAS DE SIGÜENZA

**H**ACÍ una mañana dorada y fresca cuando llegué a Sigüenza. Era casi de madrugada. Empecé mi vagar por las calles. Es un encanto inenarrable, éste de andar sin rumbo, al acaso; éste de andar reposada y ensoñadoramente, apenas hemos bajado del tren, por las callejas de un pueblo dormido que desconocíamos. Es para mí un placer, a la par íntimo y sugeridor, mirar los muros ennegrecidos, ruinosos y seculares; detenerme en las encrucijadas donde diviso admirables perspectivas; observar los tipos que pasan; sentarme en algún viejo banco de esos paseos añosos donde hay una inevitable fuentecita, teniendo en mis manos un libro para leer unas líneas de cuando en cuando.

En Sigüenza, aquella mañana de mi llegada, soñé

por las callejas yo no sé cuánto tiempo. Por una ancha calle bordeada de árboles entré en el pueblo. Atravesé un puente sobre un río casi seco, uno de cuyos brazos, encajonado entre arbustos y ramas, parecía un melancólico canal de aguas muertas. Un poco más allá comenzaba un paseo secular, polvoriento y solitario. Al margen de este paseo, agregaba su nota de carácter una iglesia diminuta y abandonada. Continué mi andanza subiendo por una calle en cuesta que se llamaba la calle del Humilladero. La calle terminaba en una plaza donde había una vasta fuente circular. Las mozas venían a buscar agua; embocaban en alguno de los surtidores un largo caño por cuyo extremo opuesto caía el agua al cántaro, parloteaban en actitudes graciosas, y me miraban con lenta curiosidad. Algunos burritos bebían el agua que llenaba la taza de la fuente. Yo me quedé un buen rato en este sitio, absorbo en el encanto de las cosas que percibían mis sentidos: las torres guerreras de la Catedral, las pardas ondulaciones montañosas, la plaza con el inmenso Seminario, que tiene cierto aire de palacio real, los viejos árboles y el cantar del agua en la fuente. Subí luego por la calle del Cardenal Mendoza, obispo de Sigüenza en el siglo xv. Es la calle principal del pueblo. ¡Ah, la atracción inexplicable que uno siente hacia estas calles principales de los viejos pueblos



### El solar de la raza

españoles! Ellas son el corazón del pueblo; ellas concretan la agonizante vida local; sólo en ellas se ven algunos transeuntes; por ellas pasan todos los que van a casarse, todos los que llevan a bautizar, todos los que conducen al campo santo. En ellas están la librería, la botica, las tiendas. Estas calles pobres y miserables que a nosotros nos hacen sonreír, son el ornato y la razón de ser del pueblo. El día en que el viajero encuentre una de estas calles más mísera de lo que era, puede afirmar que el pueblo ha muerto definitivamente. Los habitantes se habrán marchado a Buenos Aires; si antes quedaban en el pueblo era porque aun había una calle principal.

Por esta calle, pues, pasó un entierro. Yo había entrado en la librería, una librería donde casi no había libros, a comprar tarjetas postales. El entierro era muy pobre. Delante iba un monaguillo con una cruz; detrás un sacerdote recitaba o cantaba en latín, con ese modo somnífero y eclesiástico que emplean en los oficios los canónigos; detrás del sacerdote cuatros hombres llevaban al muerto en el cajón; y, al último, iban algunas viejas rezando temblorosamente. Eso era todo. Marchaban muy de prisa, casi corriendo, como si quisieran acabar pronto; el eclesiástico daba grandes zancadas, y sus rezongos litúrgicos alarmaban el silencio de la calle. De todas

las puertas se asomaban a ver pasar el cortejo, que en seguida, atravesando el arco de una antigua puerta del pueblo, se perdió de vista.

Proseguí mi camino; a dos pasos estaba la plaza de la Constitución, en la cual se halla el Ayuntamiento. Entré, y la mujer del guardián me condujo por los fríos cuartos. La mujer tenía hermanos en Buenos Aires. ¡Ah, ella también deseaba irse porque en Sigüenza la miseria no dejaba vivir! En un pequeño patio que daba a la puerta del edificio ví los *toriles*. Cuando había corridas—cada dos o tres años—se encerraba allí a los toros y, en el momento oportuno, los animales pasaban a la plaza, convertida para el caso en arena. Frente a esta plaza la catedral levanta su guerrera arquitectura. Yo quisiera decir muchas cosas sobre esta catedral, la más bella de las tres catedrales-fortalezas que conozco: la de Avila, la catedral vieja de Coímbra y esta de Sigüenza.

No creo que haya nada comparable a una catedral española. Estas viejas iglesias con todo el arte que encierran dentro, sus cristos dolorosos, sus retablos, las sillerías de sus coros, sus órganos, sus tumbas, sus cuadros, su canto llano, sus reliquias de santos, sus vidrieras, nos producen la mayor de las emociones. Estas iglesias contienen bellos ejemplos de todas las artes, y hay en ellas una gran paz, un aire



### El solar de la raza

sutil y espiritualísimo. Pero lo que a mí más me seduce es contemplar su exterior, sobre todo al atardecer, a la noche. Y cuando el exterior es el de una fortaleza, la maravilla resulta indescriptible. La catedral de Sigüenza, de estilo románico-ojival, con sus torres enormes y macizas, agujereadas de trecho en trecho por delgadas ventanucas, nos traslada a una edad férrea y heroica. Uno imagina ver entre los vanos de las almenas a los clérigos guerreros manejando las culebrinas, los sacres, los falconetes para defender la fortaleza contra los sarracenos en los lucños tiempos en que la Iglesia y la fe debían ser guerreras. La catedral de Sigüenza nos enseña cómo eran los españoles de entonces, cómo vivían, cómo sentían, cómo creían, cómo morían. Algo de feudal, de primitivo, y aun hasta de bárbaro, parece desprenderse de aquellas torres bermejas.

Cuando dejé la catedral retorné a aquel largo paseo, uno de cuyos extremos ya había visto. Es el paseo de la Alameda. Apenas he entrado y ya estoy mirando una fuente. Árboles enormes y arrogantes, añosos y mucho más altos que las casas, forman las tres calles de este paseo, que me recuerdan las tres naves de la catedral. Salgo del paseo y vuelvo al pueblo. Recorro calles y más calles. En algunas hay casas infanzonas con grandes escudos de piedra so-

bre la puerta. En una de estas calles tres músicos ambulantes llenaban el aire de una alegría casi violenta. Un viejo y sus dos hijos; la madre pedía para el platillo. Venían a pie desde Castilla la Vieja, con su dulzaina y sus tamboriles. Andariegos de casta, partían a la tarde para Guadalajara. Habían ya recorrido así media Castilla, despertando con sus músicas a los viejos pueblos dormidos. Les pregunté de dónde eran; el muchachón, esbelto y garboso, me contestó, con un acento castizo, sonoro y arrogante, que de Palencia de Campos. Los músicos tocaban el «garrotín», la danza entonces a la moda. Era de ver cómo las cadencias sensuales de la danza gitanesca cobraban brío y gravedad al ser interpretadas por los genuinos músicos castellanos. ¡Ah, yo no olvidaré jamás a estos murguistas andariegos que tenían no sé qué de velazqueños! Muchas veces, en el tren o en mi casa, entre mis libros o entre mis árboles, se me ha venido al recuerdo la trivial escena callejera. He gozado toda la poesía de las cosas que se añoran, la poesía de los viajes, la poesía de una pobre musiquita que hace renacer en nosotros la memoria de las cosas vividas. El garrotín de los músicos trashumantes ha sumergido mi alma, más de una vez, en la fuente callada del recuerdo. La música ha hecho estremecer mi corazón, y ante mis ojos entristecidos ha desfilado toda Sigüenza con su miseria,



### El solar de la raza

sus casuchas, su desolación, su grandeza envejecida...

\*\*\*

Por la tarde salí de nuevo a caminar. En la calle trabé conversación con varios individuos. Hablamos del estado de la región. Las palabras de aquellos hombres estaban impregnadas de un pesimismo tétrico. Un viejo repetía a cada instante, con acento fatalista: «¡Esto no *pué* ser!» «Si seguimos así—agregó una vez—dentro de poco tendremos que comer nos unos a otros».

Yo les hablé de mi país sin tratar de humillarlos ni de exagerar nuestras riquezas. El pobre hombre me contestó que él no podía ir porque era viejo, y me señalaba sus canas. Por lo demás, casi todos los hombres se habían marchado a Buenos Aires. ¡Ya no quedaban en Sigüenza sino los frailes y las mujeres!

\*\*\*

Me iba de este lugar llevando un secreto dolor en mi alma. Había visto una imagen de la muerte de un pueblo.

Cuando el tren partió, yo llevaba dentro de mí toda la desolación de Sigüenza. Y durante algún tiempo vivieron en mi alma, tenaces e inquietantes,

Manuel Gálvez

tres o cuatro recuerdos: la recia y bella catedral, aquellos hombres que hablaban de comerse unos a otros, la penuria del melancólico entierro y ese garrotín, cuyas palabras, impregnadas de fatalismo agareno, acrecían la desolación de la calleja diciéndonos que «hay que sufrir—y hay que penar...»



## VI

### SANTILLANA DEL MAR

No sé por qué feliz milagro se ha conservado Santillana, hasta ahora intacta en su belleza antigua. El progreso no ha intentado penetrar en ella. El ferrocarril dista de allí una hora de carruaje, no hay comercio alguno ni hoteles, y muchas de sus casas parecen abandonadas. Y, sin embargo, Santillana está dentro de una comarca viviente, de una de las más ricas regiones mineras de España. No lejos, a menos de hora y media, se halla la pulcra y comercial Torrelavega, y en media hora aun de ferrocarril, solamente, se llega a Santander, puerto considerable y capital moderna y próspera.

Mas no se crea que Santillana del Mar sea una villa decrepita; por el contrario, tiene aspecto de juventud como si hubiera sido edificada recientemente

por el capricho arqueológico de evocar, en poema de piedra, un siglo pretérito. Se diría que la ilustre y señorial Santillana se ha conservado al modo de aquellos muebles antiguos que en las casas modernas, construidas por los hijos en el solar de los padres, quedan olvidados en los cuartos trasteros hasta que un día, pasados muchos años, alguien los descubre. Entonces la casual integridad del abandono resulta raro mérito, y su vejez aparece venerable, poética y suscitadora de gratos y sencillos recuerdos familiares.

Santillana del Mar contiene una gran poesía, una poesía que desborda de ella. Es la poesía del pasado, la poesía misteriosa de la leyenda de Santa Illana, la poesía de sus casas blasonadas y solitarias, la poesía del silencio, la poesía de las viejas piedras de donde «brota todavía, dice Ricardo León en uno de sus más bellos libros, una densa y profunda vida espiritual, el aroma inextinguible y sutil de diez siglos de vida humana, de arte, de belleza, de pensamiento...»

\* \* \*

He ido a Santillana desde Torrelavega. Pasando Puente San Miguel, el carruaje penetró en una umbrosa y fresca avenida de altos árboles. El paisaje es encantador y no parece creíble comprobar que aquellos campos verdes, cubiertos a trechos de arbo-



ledas, pertenezcan, con su aire gracioso, suave y tierno, a Castilla la Vieja. La ruta asciende, en casi todo su curso, constantemente orillada de árboles; y poco después de haber alcanzado su mayor altura, desde un recodo del camino, se percibe, metida en un valle, invisible entre castaños y pomares, la ilustre villa. Sus pocas calles son angustas y solitarias. Casi todas las casas, sobre todo en la calle del Cantón, ostentan en sus rancias y nobles fachadas grandes escudos: son escudos orgullosos y magníficos que nos refieren la grandeza y la gloria abolida de la antigua capital de las Asturias. *Da la vida por la honra y la honra por el alma*, dice uno de ellos en calderoniana frase. *Un bien morir honra toda la vida*, asevera cristianamente el de la Casa del águila. En algunas calles se ven palacios en ruinas, casas infanzonas que en su ancianidad, que debiera ser muy gloriosa, han caído en manos plebeyas que destinan sus patios artísticos y sus sonoras, melancólicas estancias para servir a bajos menesteres. Por la calle del Cantón, la más blasonada calle que hubo jamás en el mundo, se va a la Colegiata. ¡Inefable tristeza la de esta iglesia encantadora! Imagen viva de decadencia, sus bellezas disminuidas por el tiempo — así aquella puerta de arcos abocinados de medio punto —, sugieren su hermosura de antaño. La imaginación evoca las lueñes edades en que el poderío

y la gloria del monasterio, transformado luego en Colegiata, se extendían por todas las tierras de las Asturias de Santa Illana. El claustro admirable con sus rotos sepulcros, su patio cubierto de hierbas, los revoques con que manos bárbaras han ocultado la gracia de la libre imaginación antigua, las figuras destrozadas de algunos capiteles magníficos, todo, en fin, acrece la gran tristeza del lugar.

Aquella tarde, mientras yo soñaba vagando en el claustro de la Colegita, estalló una tormenta. El cielo, negro, se había hecho trágico. Truenos formidables retumbaban lúgubrementes en los huecos corredores. Relámpagos incesantes iluminaban las sombras. En tales momentos aquel claustro, sacudido por la lluvia violenta y el granizo, con sus capiteles fantásticos y sus sepulcros rotos, se tornaba irreal e infundía extraño temor. El sacristán y un sacerdote que me acompañaban se persignaron y rezaron, y, en su terror, me obligaron a refugiarme en la iglesia. Cuando salimos al pórtico, la tormenta había pasado; una lluvia espesa envolvía a Santillana del Mar.

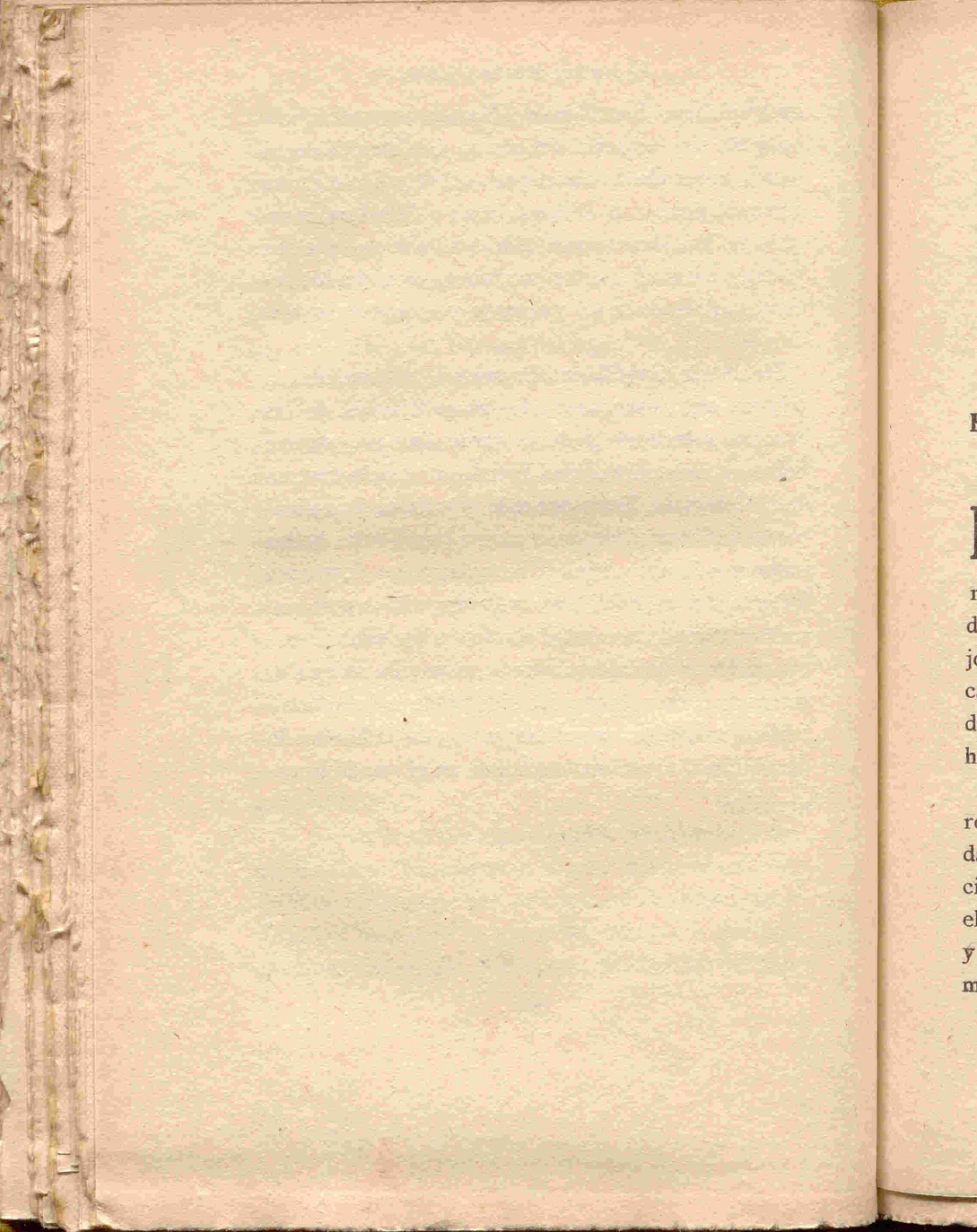
Si hay en la tierra algún pueblo aristocrático, ese es Santillana. El señorío es su más visible condición. Su alma hidalga parece que se hubiera reconcentrado en los fueros de su gloria extinguida y que despreciara con orgullo y despecho la invasión del pro-



### El solar de la raza

greso plebeyo. Santillana del Mar, la muy heráldica, no debía ser la patria del pícaro Gil Blas. Es sí la patria adecuada de aquel gran señor y fino espíritu que se llamara don Diego López de Mendoza, marqués de Santillana: aquel rimador delicioso que, en la dulce zampoña de sus canciones, elogiaba los encantos agrestes de las vaqueras y mozas de sus dominios.

He dejado Santillana con infinita tristeza. Era la tristeza que desbordando de las callejuelas, de las casonas solariegas y de la tarde lluviosa, se me había entrado en el alma. Era la milenaria tristeza de la Colegiata. Era sobre todo la tristeza inexplicable de ver cómo desaparecen de la tierra estas bellas imágenes de una gran civilización; cómo destrozan los años a estas nobles arcas de recuerdos y de ensueños; cómo yacen en el olvido de los hombres estos pueblos señoriales y altivos: jesta villa sosegada, tesoro de poesía, de espiritualidad y de fe inquebrantable, que debiera ser conservada y cuidada a modo de una piedra preciosa engarzada en el oro de la ve-  
neración!





## VII

### EL MISTICISMO DE ÁVILA

**E**N medio de una desolación impresionante, rodeada de una naturaleza adusta, con la cercanía de rocosas sierras grises, cubiertas las tierras próximas de peñas y cantos, bajo un traslúcido cielo de reflejos casi minerales y sobre un alto lugar de la meseta castellana, se asienta, semejando una férrea corona de rey bárbaro, la más extraordinaria ciudad que han visto mis ojos: Ávila.

Murallas macizas y gigantescas, flanqueadas de recias torres, encierran la parte antigua de la ciudad. Ávila, edificada en lo alto de una colina, desciende desde allí, en inclinación pronunciada, hasta el Adaja, formando un laberinto de callejas oscuras y ruines. Viejos palacios, guarnecidos de almenas y matacanes, duermen su sueño de siglos junto a las

torres de las murallas por cuya defensa debían velar. En lo más elevado de la colina, la muralla se sale en ancha comba: el ábside de la catedral, que fué torre fortificada. Conventos e iglesias llenan esta pequeña ciudad de doce mil habitantes. En algunas calles se transita entre largas y bajas tapias conventuales sobre las que asoman a veces las copas de los árboles. En cierta encrucijada todas las tapias circundantes pertenecen a conventos. Yo he recorrido estas calles en la alta noche. La luna blanqueaba las paredes y les daba un aspecto de irrealidad y de poesía. Aquellos desiertos callejones me recordaban el barrio de San Francisco en mi Santa Fe argentina, o algunas calles de La Rioja formadas también por largas tapias sobre las que asoman las copas de los naranjos.

No olvidaré jamás aquella noche de Ávila. Vagaba por sus callejuelas guiado por dos artistas amigos. Caminábamos lentamente y casi siempre al acaso, y absorbíamos, envueltos por el misterio y el silencio que nos rodeaba, todo el encanto de la hora. Yo había llegado a Ávila esa misma noche: la hora en que debe llegarse a las ciudades místicas. El camino que costea las murallas cae casi a pico sobre el valle. Desde allí se veían las montañas sumergidas en el mar de plata del plenilunio. Más lejos, en el recuesto del camino, se oía la canción perezosa del



### El solar de la raza

Adaja. Las murallas parecían formar un anillo colosal que caía inclinado hacia el río. Su mole enorme, erizada de almenas, era en aquel momento fantástica, era como un ensueño arqueológico, resucitando encantos medievales. Las torres semejaban seres extraños y gigantescos que vigilaban algún tesoro legendario. Las doce campanadas de la media noche surgieron de la catedral y fueron a perderse en lejanías misteriosas, atravesando los aledaños valles. Nosotros, silenciosos de emoción, contemplamos durante largo rato la catedral, desde la plazuela vecina. Las sombras envolvían al templo, que era una inmensa masa oscura recortándose sobre el cielo claro. No se distinguía ningún detalle. Imponente y profundo era mirar, en aquel recogimiento, en aquel silencio, en aquella paz mística, la catedral arcaica y ruda, guerrera, primitiva. Del otro lado de la iglesia y detrás de su única torre inconclusa, la luna llena se levantaba escasamente. La imaginación no habría ideado nada tan bello y romántico. Quienes hayan comprendido el alma de Ávila, estén penetrados de su misticismo y lleven consigo la presencia virtual de la gran Santa, sentirán en horas como aquellas cual si estuviese lejana la «noche oscura del alma» y cual si en ellos morase aquel deseo de «inmortal seguro» que purifica y ennoblece.

\*\*\*

«Conocer a Ávila, dice la escritora inglesa Gabriela Cunnighame Graham, errar por sus calles, espiar la salida del sol y la puesta sobre los sombríos eriales más allá de las murallas de la ciudad, es conocer a Santa Teresa». Nada más cierto, efectivamente. Santa Teresa parece amasada con materia de Ávila. El alma de la monja sublime que encarnó el más bello carácter de mujer castellana, verdadera mujer fuerte, se diría tallada por la naturaleza, las cosas y el espíritu de Ávila. Su entereza única, su coraje, su reciedumbre, su fabulosa resistencia física, proceden sin duda de aquella ciudad, robusta aun en su decrepitud, y que es toda piedra y toda bravura. Intrépida la Santa hasta el heroísmo, midiendo los arduos caminos de España en seguimiento del camino de perfección, tuvo el heroísmo mitad guerrero y mitad místico que es blasón de Ávila de los Caballeros. Temperamento de hombre de gobierno, dotada de un pasmoso sentido de la realidad, y a la vez aureolada el alma de poesía, era como una de aquellas torres imponentes: bien arraigada en la tierra, pero toda sutileza y toda lirismo de las románticas almenas adonde va a soñar la luna. Ávila ha dado también al espíritu y al estilo de la santa la sinuosidad de sus callejuelas; así en *Las moradas*, donde el laberinto ideológico de la escritura se complica en su maraña gramatical.



### El solar de la raza

En la naturaleza que a Ávila circunda, paisajes adustos y graves avecinan con paisajes sonrientes, con paisajes serenos, con paisajes reconcentrados e íntimos. Así era también la Santa. Grave en ocasiones hasta obligar al silencio su presencia, en otras su socarronería castellana se salía por sus ojos vivos y regocijados; otras veces su mirar se tornaba profundo y lejano, aunque los ojos parecían fijos en cosas de la tierra. Finalmente, como en aquellas horas de Ávila en que el sol flamea en las almenas y en las torres en incendio de oro, así el rostro de Teresa solía asombrar de esplendores, y en sus éxtasis la «llama de amor viva» iluminaba, en incendio de fe, su rostro claro y plácido. Me parece ver a la Santa, tal como Ribera la describe, en el pobre retrato de Fray Jesús de la Miseria: con sus ojos negros y redondos, sus cejas espesas, su barba dulce y hoyuelada y sus manos señoriles (1).

---

(1) Existe otro retrato de la Santa, muy superior como obra de arte al de Fray Jesús de la Miseria. Lo he visto en la colección de M. Lafond, en Pau. El cuadro representa la Entrega de la regla del Carmelo reformado al Padre Ambrosio Mariano por Santa Teresa. La obra es realmente bella, sobre todo el fragmento que reproduce el rostro de Fray Ambrosio. La Santa aparece muy hermosa y de rostro suave, melancólico y armonioso. Debe ser fiel este retrato, pues los rasgos se parecen al de Fray Jesús y coinciden con los de la descripción de Ribera. Se ignora el autor de este cuadro. Lafond lo atribuye a Rizzi.

También en otro sentido, conocer a Avila es conocer a Santa Teresa. Cada una de las viejas piedras de aquella ciudad nos recuerda la vida de la doctora mística. El Convento de carmelitas descalzos, construido donde fuera el solar de los Cepeda, conserva el cuarto donde ella nació, un dedo de aquella mano que escribió *Las Moradas* y el báculo de sus andanzas por los caminos de España. Allí mismo perdura un resto de la huerta, tal vez el lugar por donde saliera en su niñez a buscar el martirio entre los moros. En el convento de Nuestra Señora de Gracia pasó año y medio de noviciado; las Carmelitas descalzas de San José fué la primera de sus fundaciones; en Santo Tomás se confesaban y allí, ante un Cristo que todavía se conserva, tuvo uno de aquellos éxtasis en los que su alma, ya en la séptima morada de su castillo interior, hablaba con Dios y se entregaba a la inefable delicia del amor divino; en Nuestra Señora de la Encarnación tomó el hábito, vivió en sus celdas veintisiete años y en el locutorio celebró sus místicos coloquios con San Juan de la Cruz.

\*\*\*

Conocer a Santa Teresa es también conocer a Avila, pues en su vida y en su obra se encuentran todo el espíritu de la ciudad caballeresca.

Avila materializa la más perfecta síntesis de la



### El solar de la raza

España vieja. En ella, antes que en la vida de Ignacio de Loyola—síntesis humana no menos prodigiosa que la otra,—se realiza aquella tan española fusión de lo caballeresco y de lo místico. Fusión extraña, por cierto, pues si dos cosas hay que difieren son la acción guerrera y la contemplación religiosa. Un antagonismo que parecía implacable las separaba: el combatir contra los hombres en las guerras del mundo impedía la reconcentración del alma en sí misma, y los éxtasis del amor divino parecían no hermanarse con el violento tumulto de la vida caballeresca. Pero España, este país donde existe latente la aptitud paradójica, resolvió la antinomia. Misticismo y caballería se unieron, mezclándose y compenetrándose totalmente. Así hubo seres a la vez místicos y caballeros. La guerra vino a ser el misticismo de la acción y el misticismo *caballería a lo divino*. Los guerreros tenían alma mística, y los místicos, no bastándoles guerrear en sí mismos y contra sí mismos, ni el arrojar a los caminos para luchar por Dios contra el mundo, combatían como lo caballeros. Las catedrales eran fortalezas por fuera, como la de Ávila, la de Sigüenza, y las fortalezas eran templos por dentro, como el castillo-iglesia de Loarre, en Huesca, y el de Turégano, en la provincia de Segovia.

En Ávila se nos muestra palpable a cada instante la extraña fusión. Es la ciudad-convento y la ciudad-

castillo. Sus nombres indistintos de Ávila de los Santos y Ávila de los Caballeros, revelan aquella doble condición. Ciudad de santos, nacieron o vivieron en ella ocho grandes elegidos de Dios, sin contar los beatificados, como el admirable maestro Juan de Ávila, y los que llevando en sí la santidad no han llegado a los altares tal vez porque pasaron sobre el mundo sencilla y oscuramente. En Ávila todo son cantos y santos, decía Santa Teresa. Pero si la ciudad del Adaja abundó en santos, no hubo en ella menos heroicos caballeros. Así el intrépido Nalvillos a quien su hazañosa vida le atrajo el título de Rey; el noble Zurraquin Sancho, que cierta vez, al grito de «Ávila caballeros», venció él solo a sesenta moros; el célebre Sancho Dávila, cuyos hechos insignes exigieron un libro al que se puso por título, en referencia y homenaje al héroe, *El Rayo de la guerra*; y aquellas mujeres extraordinarias que por un ardid salvaron de los musulmanes a la ciudad, mandadas por Jimena Blázquez, de la cual afirma una vieja crónica que «había puesto Dios en el su corazón gran osadía, ca non semejaba fembra salvo fuerte caudillo». No hay en Ávila un solo sitio, tal vez, que no evoque, simultáneamente, hazañas de heroísmo humano y hazañas de heroísmo divino. La catedral los resume. Mística por dentro, su exterior la templo de bravura. Apar-



te del ábside, incrustado en la muralla como el más grande de sus cubos, almenado triplemente y fajado por ancho cinto de matacanes, tiene toda ella un definido aspecto de fortaleza. Y cerca de la catedral, en toda la ciudad, las torres, los castillos fuertes. ¡Visión extraña e inolvidable! Yo no dudo de que esta presencia obsesionante de los castillos dentro de las murallas, sugirió a la Santa la idea genial de su Castillo interior. Y junto a los castillos, los conventos. Ellos llenan la ciudad, los viejos conventos a cuyas extensas huertas separan de la calle tapias bajas y ruinosas, viejos conventos donde duermen su sueño antiguo, como en humilde relicario, los recuerdos de la Santa.

¡Ciudad extraña! Si habéis leído alguna vez un libro de caballería—la historia del esforzado y virtuoso caballero Amadis o las Sergas del muy esforzado caballero Esplandían—, cuando el héroe llega a uno de esos lugares fantásticos que se llaman la villa de Vindilisora o la gran ciudad de Tesifante, yo estoy seguro que vuestra imaginación os ha mostrado una imagen que es casi la de Ávila. Porque Ávila, con sus murallas, sus torres almenadas y su aspecto de castillo roquero, semeja una de aquellas ciudades maravillosas que se nombran, sin ser descritas, en los libros de caballería.

\*\*\*

La unidad espiritual del país y el exaltado temperamento de la raza, crearon, a mi entender, el misticismo español. Poco tuvo que ver con él la guerra contra los moros. Cuando la lucha era más constante, la mística apenas tenía precursores: aparece después de la guerra. Entonces, precisamente, culminaba en intensidad y extensión la unidad espiritual de España. Raza ardiente la española, se exaltaba dentro de esta unidad; era un empuje hacia arriba, era sumar fe sobre fe. Y así, tal exaltación alcanzó al misticismo. Pero aquellos escritores cuyos libros componen la mística, no fueron los únicos místicos españoles. Ellos no eran sino ejemplos, signos reveladores. Todo el país era místico y hubo sin duda seres místicos que no expresaron en páginas escritas ni sus doctrinas ni sus éxtasis. El misticismo como doctrina o manifestación literaria es un fenómeno particular y limitado; pero el misticismo como hecho es un estado perenne de la conciencia española. ¿Llegará el día en que se produzca en este país un renacimiento de la mística? Nada extraño sería. Soplan en estos momentos por toda Europa ráfagas de inquietud espiritualista, de religión, de misticismo. A España no han llegado aún estas nuevas corrientes ideológicas y sentimentales; pero, ¿qué sucederá cuando pasen los Pirineos y se encuentren en la más propicia de las tierras?



Yo afirmaría que España, no sólo respecto a la literatura, sino a todas las manifestaciones de su vida, debe ver caudales de esperanza en su aptitud mística (1). Potencia enorme hay en su misticismo, que llevará al país a la acción, exaltará su fuerza, le dará una extraordinaria fe en la voluntad humana. Aproveche España la mina fecunda que lleva en sí latente, y que quizá mañana la salve. Mañana, cuando, por el misticismo, alcanzada tal vez de nuevo su unidad espiritual, sea el porvenir un castillo y cada español un caballero que, ardiente de fe y opulento de energías, viva su vida en la dedicación de este ideal: reconquistar para su patria la rosa mística de la grandeza.

\*\*\*

---

(1) En la hora presente y en cuanto al arte, la literatura y el pensamiento, España debe al misticismo gran parte de lo excelente que ha producido. Ignacio Zuloaga, considerado universalmente como el más grande pintor español contemporáneo, es un místico en su obra, y el más maravilloso revelador de la España mística. Místicos son también Unamuno—léanse sus extraordinarios *Salmos*, acongojantes de inquietud religiosa—, Valle-Inclán y, en cierto sentido y en sus últimas obras, Benavente. Los más bellos seres creados por el genio de Pérez Galdós son aquellas almas místicas que se llaman Nazarín, Orozco y Angel Guerra. La Condesa de Pardo Bazán ha evolucionado hacia el misticismo en sus recientes novelas, y el libro místico es la obra maestra de Ricardo León: *El amor de los amores*, en cuyo estilo renueva el decir de Fray Luis de Granada y de San Juan de la Cruz.

Hay sin duda un significado trascendente en el hecho de que la ciudad del Adaja fuese llamada la madre Ávila. Porque ella es, en efecto, la madre de la conciencia española. Ella contiene cuanto constituye su verdadera esencia. La fe castellana, la acción heroica, el misticismo, todo parece haber nacido en Avila. ¿Qué otra ciudad podría mostrarnos de modo tan profundo y elocuente, la unión de lo místico y lo caballeresco? ¿Qué otra ciudad nos revela más claramente la esencia de aquel misticismo fuerte, batallador, andariego, sin languideces ni blanduras, aquel misticismo «de piedra de sillería», según la frase admirable (1) de uno de los aprobantes del *Manual místico* de don Pedro Zapata y Coronel?

¡Madre Avila, Ávila del Rey, Avila de los Santos, Avila de los Caballeros, ciudad fecunda como el mar! Y mar es; mar de piedra, mar de soledad, mar de fe. Es también mar de vida su alma, y por eso mientras en su exterior rugían las tempestades de la guerra, en la calma de su interior profundidad contemplaban a Dios, silenciosamente, en espera de la gloria, las conventuales perlas de santidad. Y es fecunda Ávila porque fecundiza las almas, las mentes y los corazones humanos. A su contacto el hom-

---

(1) MARTÍNEZ RUIZ.—*El alma castellana*.



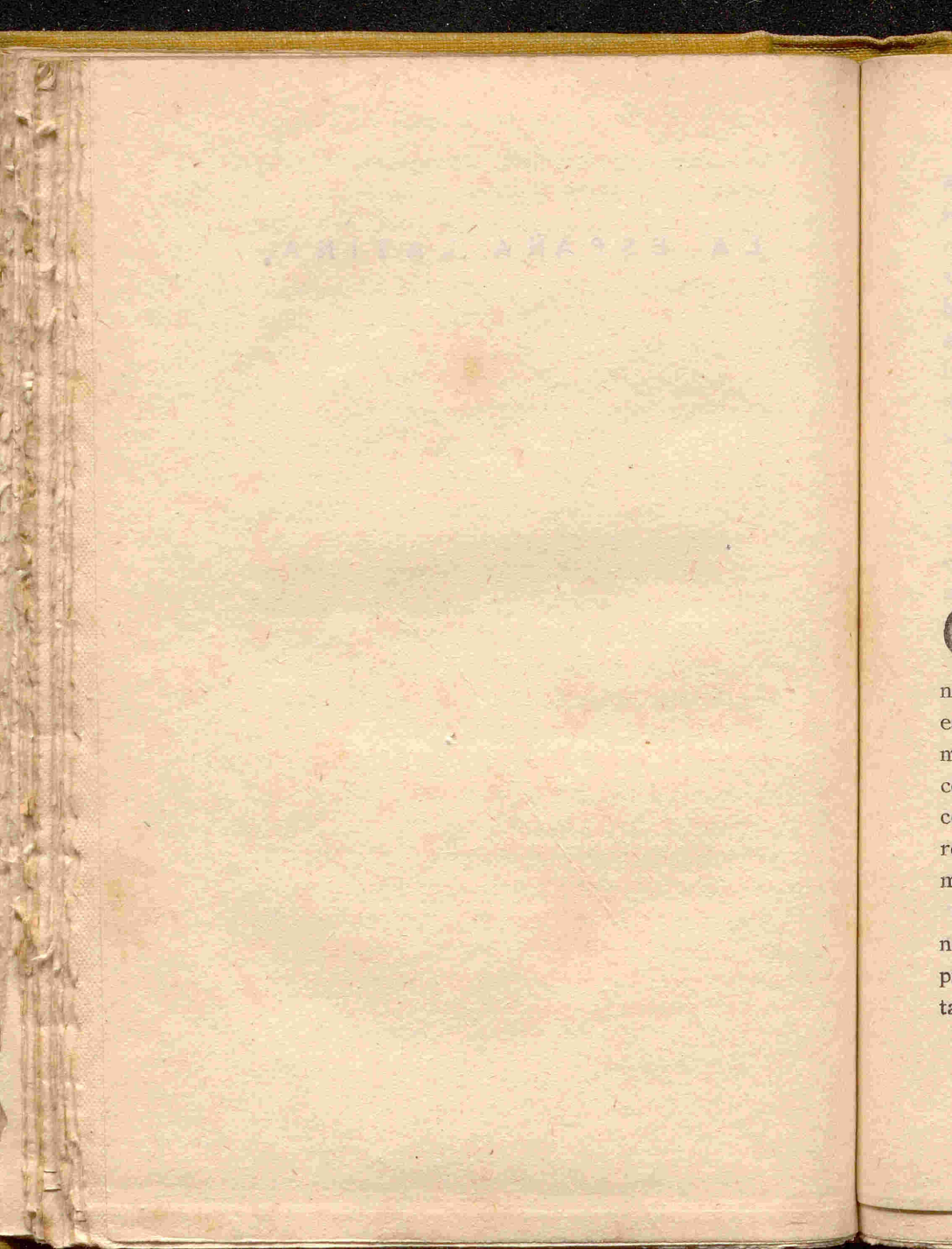
### El solar de la raza

bre de buena voluntad siente almenarse de ensueños su alma, amurallarse de fe su inteligencia, fortificarse de amor su corazón. A quienes en noches lunares vieron a la ciudad de los santos y de los caballeros concretada en Teresa de Jesús, la presencia virtual de la Santa los emocionará y exaltará interiormente, y en lo limitado de la emoción, a distancias astrales de la vida mística, pregustarán, no obstante, una breve gota de las delicias contemplativas. Pasarán luego muchas noches, pero siempre los visitará, como un recuerdo que vive a su lado, la imagen de Teresa, encarnando y llenando, al modo de los antiguos númenes, el alma de Ávila. Así también en la vida de los ciegos vive perenne, como un asiduo y consolador amigo, la vaguedad sutil, la fina sombra de una luz espléndida y misteriosa que ellos alguna vez, desde el fondo de sus ojos anochecidos, adivinaron emocionadamente.





LA ESPAÑA LATINA





I

BARCELONA

A la memoria de Maragall.

Al poeta José Carner.

**C**ASTILLA, no obstante llevar en su fisonomía moral y material la marca de la romanización, no nos parece un país latino. Y, en efecto, apenas lo es, sobre todo si se le parangona con Italia, con el mediodía de Francia y, dentro de la propia España, con Cataluña. Se explica el hecho porque el actual concepto del latinismo no abarca aquellas cualidades romanas que perduran en lo castellano actual, si bien más en los cimientos que en la superficie.

La palabra latinismo sugiere a nuestros espíritus no las clásicas cualidades romanas, sino otras propias de los países latinos en su vivir presente, o antagónicas a ciertas cualidades de los pueblos no lati-

nos. El latinismo tal cual ahora se le considera es una cosa moderna, con mucho del espíritu italiano, con un poco de parisiense y sobre todo esencialmente del Mediterráneo. El genio latino adquirió en las costas del mar azul un matiz nuevo, una modalidad diferente del clásico latinismo de Roma; y es según la vida y el espíritu mediterráneos como se ha formado el actual concepto del latinismo. Este concepto suele ser concretado en ideas de claridad, alegría, amor a la vida y al vino, músicas melodiosas, elegancia, idealismo, discreto paganismo, entusiasmo, gracia, generosidad, optimismo... ¡Y otras perlas de belleza y de vida, ensartadas en collar, con todas aquellas, en el cuello moreno de la sonriente, de la fuerte, de la alocada virgen mediterránea! Pero reconozcamos que entre tantas cualidades hay algunas que no podrían concebirse dentro del espíritu de Roma; no de la Roma decadente, sino de la augusta, la eterna.

Se explica también la escasa latinidad de Castilla, porque esta región, al acentuar hasta la exacerbación su carácter, al agravarse de casticismo, diré, se ha deslatinizado. Ya en tiempos del imperio romano los celtíberos crearon una nueva modalidad dentro del carácter latino, lo cual puede verse en la obra e influencia de los escritores de aquella raza, «la que introdujo, dice Hume, en la literatura latina durante el siglo de Augusto, la verbosidad exuberante, la



### El solar de la raza

sátira mordaz y la viciosa sutileza que han seguido siendo hasta el día las características invenciones de la producción intelectual española». Visigodos y musulmanes no modificaron la psicología del pueblo español. Pero el alma castellana, encarnando la síntesis medioeval, había de llegar, por el aislamiento de la nación, las guerras exaltadoras y el imperio de la mística, a acrecentar su individualismo y a abultar sus virtudes y sus defectos. España, cultivándose a sí misma, se multiplicó en sí misma como si su espíritu se elevara al cuadrado y acabó por diferenciarse notablemente de los demás pueblos latinos. Es el caso de los individuos originales que, cultivando su personalidad, llegan a parecer extraños junto a sus padres y hermanos y a señalar, dentro de la familia, el máximo de diversidad.

\* \* \*

Ajena en parte a estos fenómenos vivió Cataluña. Barcelona, especialmente, poco sujeta a la influencia de Castilla, en su condición de puerto y sobre todo por su contacto con Francia y con Italia, no tiene el casticismo de las ciudades castellanas. No quiero decir que sea poco española. Por el contrario, he encontrado en Barcelona, aunque a veces atenuadas, muchas de aquellas cualidades que han hecho la gloria y el prodigio de la estirpe. Pero siendo esta ciu-

dad bien española, carece del casticismo agudo de Ávila o de Segovia. Poco avasallada además por los musulmanes, Barcelona pudo acrecer su latinismo con los dones preclaros y maravillosos que, en incessantes cambios espirituales, venían de las próximas comarcas mediterráneas.

Por eso Barcelona se asemeja tanto a ciertas ciudades italianas y francesas. La Barcelona antigua se diría un trozo del viejo París—el París de la Isla de la Ciudad, embellecido aún como por retoques de sentimiento español—. La parte moderna, pero no contemporánea, de Barcelona, recuerda de tal modo a algunas ciudades italianas que en un momento tuve la sensación de hallarme en Génova. La Barcelona nueva hace pensar en Marsella y en las ciudades italianas; también se parece, y más que ninguna otra ciudad del mundo, a París. Estas semejanzas no implican ausencia de carácter propio. Ya dije que Barcelona era bien española; agregaré que es bien catalana y que posee un peculiar espíritu y una genuina fisonomía material. Barcelona al modernizarse no ha perdido sus tradiciones ni su carácter. Así en toda ella, aun en sus más ruidosos bulevares, hay algo de gótico y de feudal, y el actual arte barcelonés, sobre todo en su expresión arquitectónica, es eminentemente tradicionalista sin dejar de ser ultramoderno. El arquitecto intrépido de la Sagrada familia conti-



### El solar de la raza

núa el arte medioeval de Jaime Fabre y del maestre Roque. Las semejanzas entre Barcelona y algunas ciudades italianas y francesas, sólo prueban la existencia de influencias admirables que no han hecho sino conservar y afirmar el espíritu latino de esta ciudad que debe ser considerada como la ciudad latina por excelencia, como la más perfecta y bella síntesis de aquella modalidad del latinismo, que es el latinismo mediterráneo.

\* \* \*

Barcelona es la ciudad de la alegría. «A cualquier hora que se llegue, dice el escritor francés Luis Bertrand, de día o de noche, os pone inmediatamente la imaginación en fiesta, por su extraordinaria intensidad luminosa». Y en efecto: de día es la luz de su cielo incomparable que todo lo alegra; de noche es la incomparable iluminación de luces eléctricas que componen un espectáculo casi feérico. Las ramblas a ciertas horas desbordan de rostros satisfechos y alegres, de flores y de bellas mujeres. Barcelona trabaja y se divierte. Es una formidable suscitadora de energías y una enamorada del placer de vivir. Barcelona ama el esfuerzo tanto como las músicas, los versos melodiosos y los goces sensuales. En ninguna otra ciudad latina de Europa es más respetada, ni más admirada, ni culmina con tanta influencia posi-

Manuel Gálvez

tiva, la condición de poeta. Barcelona ama el amor.

Pero no se crea que la alegría de Barcelona se emparenta con aquella alegría trivial y mediocre de las playas a la moda. La alegría de Barcelona es profundamente espiritual. Los viajeros artistas que visitan España suelen desdeñar a Barcelona creyéndola una ciudad burguesa—si no ordinaria—que nada dice al alma. Es un error. Barcelona está llena de sugerencias espirituales. Nos da una eficaz lección de optimismo, nos enseña a amar la vida; nos convence de la excelencia práctica de los sanos ideales colectivos y de su posible existir en nuestra época; y sobre todo, nos muestra que es negocio realizable—¡gran enseñanza para nosotros los argentinos!—la convivencia del trabajo, del arte y del idealismo. Basta observar la literatura catalana, aquellos escritores que son representativos del ambiente y de la raza, para ver el gran fondo de espiritualidad que hay en la vida y en el alma de Barcelona.

Maragall, el poeta-patriarca que Cataluña acaba de perder, era—a la vez que el más típico escritor catalán y el más latino entre los actuales poetas latinos—, uno de los espíritus más idealistas y profundos de la literatura contemporánea. Toda el alma de Barcelona está en sus versos: sus versos prodigiosos de música, de emoción, de diafanidad y de idealismo.



### El solar de la raza

Yo quisiera comparar su obra, en cuanto al significado de ambas, con la de Unamuno, que me parece, aun siendō vascongado, el más representativo entre los actuales escritores castellanos. Esta comparación revelaría elocuentemente las diferencias y las analogías espirituales entre Cataluña y Castilla. En los versos de Maragall, impregnados de latinismo mediterráneo, no hay absolutamente nada que se parezca a la inquietud atormentadora de Unamuno, a su hondo misticismo, a su preocupación de la muerte. Mientras el rector de la vieja Universidad de Salamanca dirige a Dios sus Salmos acongojados, el mundo parece darle náuseas y sólo por la contemplación de la muerte llega a aceptar la vida, el poeta de Barcelona—que era sin embargo muy católico—, se complace en cantar la alegría de vivir, alaba la belleza del mundo y se declara contento de los sentidos que le permiten penetrarla; encuentra tan bello el cielo que ven sus ojos, que pregunta a Dios por qué no ha de ser ese el cielo definitivo. «¿Con qué otros sentidos, dice dirigiéndose al Señor, en una estrofa de su *Cant espiritual*, me haréis ver este cielo azul sobre las montañas y el mar inmenso y el sol que por todo brilla?» Unamuno teme a la muerte por el horror de la nada. Maragall no quiere morir por no dejar este mundo. «Este mundo tan diverso, tan extenso, tan temporal, esta tierra donde todo lo que

vive es mi patria, Señor», exclama y luego pregunta si ella «no podría ser también una patria celestial». El poeta de Barcelona, al contrario de Unamuno, ama las bellas palabras y la armonía de las frases. Ha escrito, y en idioma español, el *Elogio de la Palabra*. La palabra, según él, es hermosa, muy hermosa; con ella nombramos y hablamos de tantas cosas bellas como llenan el mundo. No puede darse un optimismo mayor. Es el optimismo de Barcelona. Una de las estrofas del *Cant espiritual* termina con estos versos:

Deu-me en aquest sentits eterna pau  
Y no voldré mes cel que aquest cel blan.

Bien hizo el poeta en cantar el cielo de Barcelona y el mar y las montañas. Es tal vez a ese cielo, a esas montañas y sobre todo a ese mar, hogar de civilización y foco eterno de genio latino, a quien Barcelona debe su alegría. Y es ese mar lo que tal vez le ha dado el sentimiento de nuestra raza admirable y es sin duda ninguna ese mar lo que ha creado su sentimiento mediterráneo. Porque Barcelona no es sólo latina y mediterránea, sino que *se siente* así. Tiene la conciencia de la unidad de nuestra raza, sus más cordiales simpatías van hacia todos los pueblos latinos y ama fraternalmente, como si formase con ellas una patria, a las comarcas cercanas. ¡Las



### El solar de la raza

une en íntimos contactos aquel mismo divino mar azul!

\*\*\*

Pero sentimiento latino y sentimiento mediterráneo no son los únicos sentimientos fundamentales en el alma de Barcelona. Hay en ella otros dos que no quiero olvidar, sobre todo porque ocupan un lugar predominante en mi sensación de Barcelona.

Uno de ellos es el sentimiento ibérico. Catalanes eminentes me lo revelaron, y si bien es cierto que en el corazón del pueblo sólo existe de un modo inconsciente, su virtualidad parece indiscutible y explica el catalanismo. Este no es un movimiento separatista. Los catalanes miran a España como a una gran unidad compuesta histórica, geográfica y espiritualmente por estos tres países: Portugal, Castilla y Cataluña. Castilla no sólo comprende las provincias del antiguo reino de ese nombre, sino todas las que han sufrido la influencia de su espíritu y hablan su idioma. Portugal, Castilla y Cataluña constituyen tres pueblos distintos. Cada uno tiene una civilización propia y un idioma propio, y hasta ciertas costumbres fundamentales varían en ellos.

La unión de estos pueblos sólo será entonces verdadera y posible bajo la más amplia autonomía de cada uno. Los catalanes juzgan injusto que Catalu-

ña, debiendo ser aliada de Castilla, sea una subordinada. Ellos anhelan reconstruir la antigua Iberia por la incorporación voluntaria de Portugal y la autonomía total de Cataluña; y piensan que la autonomía parcial de ésta prepararía para aquel fin el difícil y peligroso terreno. Yo creo que si este ideal, sobreponiéndose a todos los odios y rivalidades, se realizara, España, o Iberia como probablemente sería denominada, podría volver a ocupar su rango de gran potencia mundial.

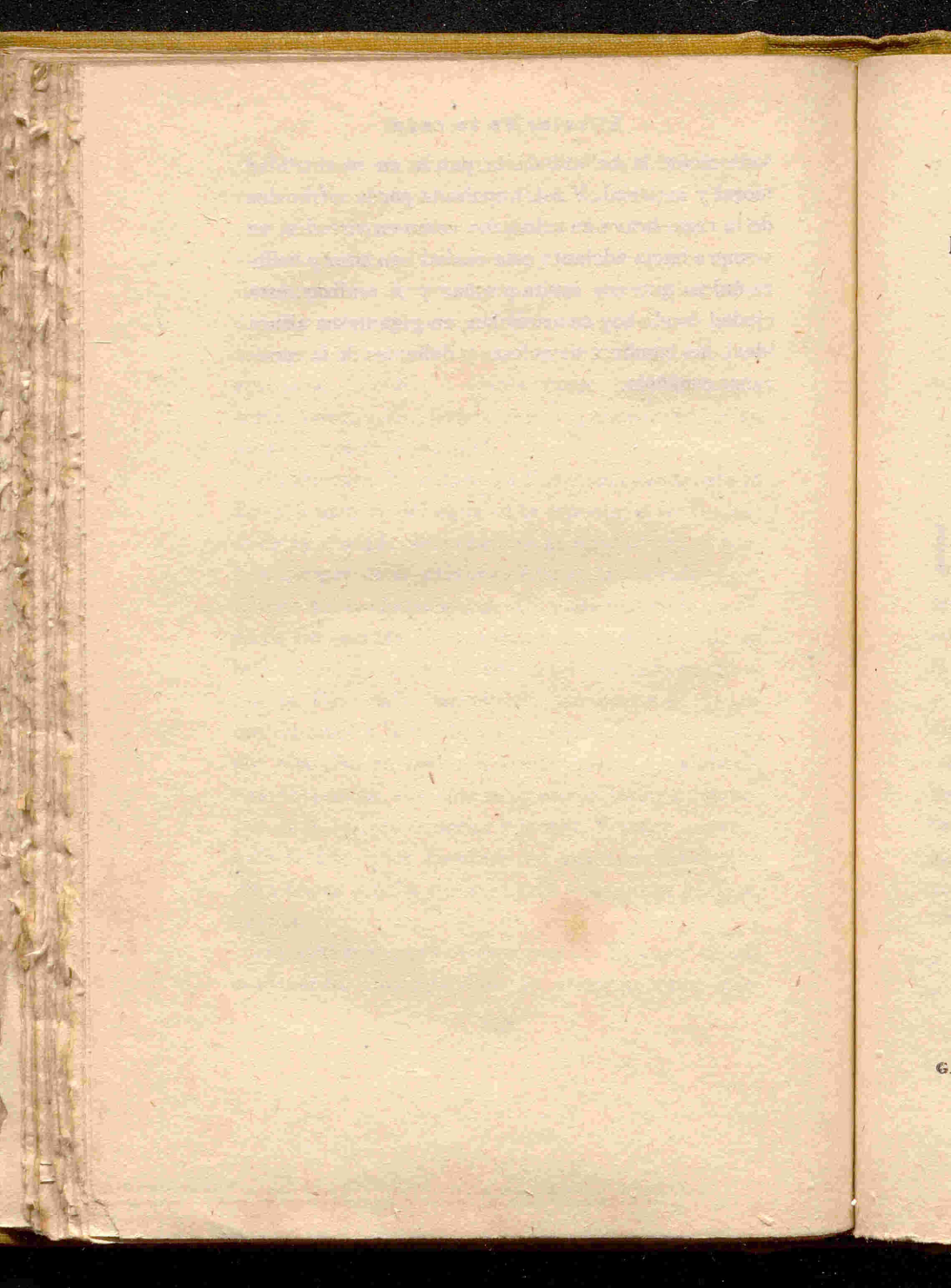
Finalmente, he notado en Barcelona cómo todo lo llena, a manera del agua en la esponja, el sentimiento de la ciudad. Barcelona es la «ciudad» en el sentido antiguo de la palabra. Ella es la verdadera patria de sus ciudadanos que son, cada uno en la medida de sus fuerzas, los creadores de su poder y de su belleza. El Estado no ha hecho tal vez nada por Barcelona. Pero cada barcelonés, que ama a su ciudad con un amor a la vez lírico y positivo, ha hecho todo por ella. No se limita a contemplarla y a alabarla vanidosamente, sino que se siente obligado a colaborar en su belleza material y moral. Y estoy convencido de que estos hombres no realizan jamás una obra buena o bella sin asociarla a la gloria de Barcelona.

He aquí el secreto de esta ciudad. El amor de sus ciudadanos, concretándose en energías, crea ince-



### El solar de la raza

santemente la belleza de la patria en su dualidad moral y material. Y así, impulsada por la intrepidez de la raza, brava en esfuerzos como en virtudes, va siempre hacia adelante esta ciudad «en sitio y belleza única» que nos invita a soñar y a realizar; esta ciudad donde hoy se acumulan, en gigantesca altura ideal, las cumbres silenciosas y dolientes de la esperanza española.





## LA ESPAÑA AFRICANA

LA BIBLIOTECA AFRICANA

L

en

ció

lo a

S

nen

ran

con

rinc

pat

de

(1

Huy

ñola



## LAS SOMBRAS DE TARIC

**L**a posesión musulmana del territorio español durante siete siglos, desde la invasión de Taric en 711, no influyó sino indirectamente en la formación definitiva del alma española. Hoy sólo existe lo árabe en España como ruina arqueológica.

Sociólogos de pacotilla, artistas y escritores envenenados de literatura, enemigos de España, consideran a este país como una comarca africana (1). Es conocida la frase de que África comienza en los Pirineos. Tanto los unos como los otros han mirado al país con prejuicios; no han notado que España, lejos de haberse arabizado, no dejó nunca de ser romana

---

(1) Han incurrido en este error hasta escritores como Huysmans, quien llama «mogrebinas» a las mujeres españolas.

y que aun hoy, después de los siglos trascurridos, todavía el alma castellana lleva el sello de su romanización. Séneca, aquel «torero de la virtud», como le llamó Nietzsche, parece un castellano actual; y se ha dicho de él que era castellano aunque nacido en la Bética. Pero no sólo Séneca es castellano, sino que los castellanos representativos suelen tener algo de Séneca. El senequismo es un producto netamente castizo. Este hecho innegable cobra gran importancia si se nota que Séneca fué la figura más representativa de la España romana. Quiere decir entonces que la conquista musulmana no avasalló el alma española hasta cambiarla. De haber influido lo árabe en tal sentido, los castellanos de hoy día negarían similitudes con los hispano-romanos, ya que lo árabe y lo romano son antagónicos.

Las ciudades españolas, salvo Córdoba, tienen fisonomía castellana y en muchas de ellas puede notarse fácilmente su gran fondo romano. En Sevilla, que suele ser considerada como una ciudad africana, lo árabe es insignificante. Un distinguido poeta sevillano me decía, cada vez que yo le hacía observar algún detalle castizo de su ciudad: «¡pero si nosotros somos muy castellanos!». Y en efecto, tomando la arquitectura—el arte representativo por excelencia—, se nota que predominaban hasta hace poco los estilos del siglo xviii, un siglo muy castizo a pesar



de cierta cáscara francesa que lo cubre débilmente. Lo que caracteriza a Sevilla no es el Alcázar ni la casa de Pilatos ni algunos pocos minarettes convertidos en campanarios cristianos, sino aquella abundancia de edificios platerescos y barrocos, no solamente públicos, sino también privados. No obstante, infinidad de gentes cree que en Sevilla todo es árabe. Palacio Valdés se burla de ellas, con mucha gracia, en su novela *La hermana San Sulpicio*, donde un gallego se encanta y emboba en cada rincón de Sevilla, exclamando con inmutable buena fe: ¡qué árabe es todo esto! Estas gentes desconocen por completo la vida y el alma árabes.

He leído más de un libro donde se compara el ambiente de las iglesias españolas con el de las mezquitas. Son los franceses los que incurren en esta falsa comparación. La escasa fe que se advierte en las iglesias españolas donde las señoritas y los jóvenes van a mirarse unos a otros y no a rezar, las actitudes tranquilas y graves de los verdaderos devotos, los altares atestados de santos, la concurrencia casi exclusiva de mujeres, son cosas extrañas a una mezquita. Mucho podría hablarse sobre este punto del catolicismo español y la religión mahometana. Guerra Junqueiro, según refiere Unamuno, ha dicho que el Cristo español nació en Tánger. Es todo un disparate del genial poeta portugués. Si es por el lado

árabe, yo no sé qué relación pueda existir entre el Cristo español: trágico, atormentado, realista—y el espíritu árabe: elegante, idealista, y que no descuellos en la expresión de la figura humana. Si es por el lado bereber o kabila, tampoco puede aceptarse la frase de Guerra Junqueiro, pues la civilización kabilas—como el poeta lo ignora al parecer—es «esencialmente anticlerical». «Hablarles de religión y de fanatismo, dice Si Ammar ben Saïd, llamado Bulifa, es desconocer su constitución política y social cuyo espíritu es puramente laico». Si el Cristo español, o la interpretación española del catolicismo, que eso quiere decir Guerra Junqueiro, fuera de origen árabe o bereber, tendría precedentes en la religión mahometana o en las costumbres de dichos pueblos. Y no hay un solo precedente. Por el contrario, moros y kabilas han tomado algo de catolicismo para adaptarlo, contra las rigurosidades del Corán, a la religión musulmana. Así la institución de la santidad y sobre todo de la santidad femenina.

El aspecto de una ciudad, volviendo a lo que me interesa, refleja más que nada el espíritu de un pueblo. Y no puede haber confusión alguna cuando se trata de razas distintas, pues cada pueblo se construye sus viviendas, y las transforma en arte, según su imagen y semejanza. La sensación de una ciudad nos revela, con más profundidad que los documentos



y los libros, el grado de influencia fundamental que en ella ejercieron los pueblos que la habitaron o dominaron. Así Toledo, como lo he observado en un capítulo anterior, con su aspecto solemne, monumental, casi augusto; con sus construcciones macizas y fuertes; con su olor de eternidad y su evocación imperial, no nos sugiere, de ningún modo, una ciudad árabe (1).

Pero nada mejor para comprender la diferencia profunda entre lo árabe y lo castellano que comparar a Túnez con alguna ciudad española; con Sevilla, por ejemplo. Túnez es probablemente la ciudad árabe más representativa, pues la raza se conserva en ella casi íntegra en su pureza. Siendo allí muy reciente la influencia europea, el espíritu de la ciudad, las costumbres, todo se ha mantenido en su plenitud. Tomaré como término de comparación, ya que no hay objeto en abarcar toda la vida de ambas ciudades, los cafés. El café es entre los pueblos mediterráneos, como entre los árabes, una institución fundamental; es a la vez: ágora, basílica, *forum*, club, hogar, biblioteca y comité político.

---

(1) Toledo tiene un fuerte carácter judío, y así lo ha notado Barrés en *El Greco o el secreto de Toledo*. Los judíos ejercieron en España una influencia mucho mayor de lo que se cree, desde luego mucho mayor que los árabes. Pero ha sido una influencia menos visible, casi subterránea, porque los judíos se cristianizaban y ocultaban su origen.

Entremos, pues, en un café sevillano y popular. Sentados alrededor de largas mesas de mármol conversan gravemente, con cierto empaque, algunos hombres del pueblo. El empaque es algo muy castizo: es el conceptismo de la actitud. Todos tienen gestos de orgullo y de desprecio por las opiniones ajenas, gran movilidad de facciones, gesticulación abundante y no siempre armoniosa, ojos vivaces. Hablan en voz alta; si discuten, vociferan y multiplican sus gestos; observan a todo desconocido que entra. En el café tunecino veremos individuos tranquilos y serenos. Sus actitudes son naturales y elegantes, y, aunque algo solemnes, sin empaque ni artificio. Están acostados sobre esteras, apoyada la cabeza en la mano, oyendo tal vez a algún famoso contador de cuentos. Otros fuman su *tekhuri*, sumidos en el *kief* delicioso, y todos tienen actitudes indolentes, «como los convidados de los festines antiguos», al decir sugestivo de Luis Bertrand. Sobrios de gestos, el brazo acciona de un modo tan armonioso como jamás lo he visto en otras gentes; no mueven casi las facciones de su rostro, salvo los ojos; casi siempre están silenciosos; si hablan es en voz baja; no observan al extranjero y prescinden de él con una indiferencia que en el fondo es tal vez desprecio y odio; son cordiales y respetan las opiniones ajenas. Mientras el andaluz es democrático por su



### El solar de la raza

espíritu y sus modos, el árabe ostenta, aun el más miserable, algo de aristócrata. Si vemos a ambos en la calle, el andaluz, a pesar de cierta gracia en sus movimientos, se nos presenta arrogante y a veces duro. El árabe, en cambio, se pasea en una actitud noble, supremamente serena, suave, armoniosa y distinguida. El árabe nos hace pensar en los griegos y en los personajes de la Biblia. Tiene algo de alado en su espíritu, dice Fromentin, que conoció a aquel pueblo profundamente; y la escritora francesa Myriam Harry, que ha penetrado en el alma y la vida tunecinas, afirma que, a despecho de los siglos y de los pueblos diversos que allí habitaron o dominaron, todavía perdura en la amable ciudad blanca algo de la sonrisa helénica (1).

---

(1) Pero todo esto más conviene a los moros que a los árabes propiamente dichos. Suele englobárselos en una misma raza y llamárselos por uno u otro nombre. No obstante, a pesar de los cruzamientos, se trata de dos razas diferentes. El árabe puro vive generalmente en tiendas; es un pueblo nómada y genial, incapaz de trabajar ni de crear, feudal y heroico, guerrero, aventurero, raza de gran belleza romántica. Pocos árabes fueron a España. La masa de guerreros invasores era kabila y morisca. Los árabes puros no dejaron influencia en España; por el contrario, fué España la que influyó en ellos. Los moros constituyen una raza presemítica. Son los habitantes del litoral africano, y están mezclados con fenicios, cartagineses, romanos y vándalos, lo mismo que los hispano-romanos del Mediterráneo. De los moros debió quedar algo en cier-

Solamente hallo de común entre árabes y españoles, los tipos individuales. Abundan en África gentes de albornoz cuyos rostros nos parece haber visto en Castilla o Andalucía. Pero esto, a mi entender, nada prueba. Recordemos la semejanza de todos los pueblos que viven junto al mar latino. No sólo en España se encuentran tipos idénticos a los moros; también los hay en el mediodía de Francia y en Italia. Agreguemos a esto el posible parentesco entre los kabilas (1) y los primeros pobladores de España y el haber sufrido este país y el Norte de África las mismas invasiones: fenicios, cartagineses, romanos, vándalos,

---

tas ciudades como Valencia, Granada, Málaga, Sevilla y Córdoba, pues algo existe aún, en las clases media y popular de estas ciudades, del espíritu de aquella raza. Los moros son un pueblo de pequeños burgueses y artesanos, un pueblo trabajador, tranquilo, correcto, «un pueblo sin estilo», como dice el siempre admirable Fromentin. En cuanto a los kabilas eran, y son, los habitantes de las montañas del Atlas; y se cree que los primitivos pobladores de España pertenecían a una raza hermana de la kabila o bereber. Algunos rincones de aldeas vascongadas, de Ondárroa, por ejemplo, recuerdan a las aldeas kabilas, lo que me ha hecho pensar que tal vez sea cierta la hipótesis de que los vascos son los primitivos pobladores de España y que pertenecen a una raza semejante a la de los kabilas.

(1) Los kabilas viven en comarcas especiales, aislados de los demás mulsumanes. No obstante, se han mezclado con éstos en todo tiempo, e innumerables kabilas—raza adaptable e inteligente—trabajan en las ciudades al servicio de los europeos.



### El solar de la raza

árabes; y el gran número de judíos que habitaron o habitan ambas regiones. Agréguese también la mezcla, cuyo hecho no discuto, pero sin atribuirle demasiada importancia, de moros y españoles durante siete siglos. También es evidente que muchos moriscos que tenían sangre española emigraron, al ser expulsados de España, al Norte de África. Así, después de haber entrado en España sangre morisca, venía a entrar en África sangre española.

Sarmiento se empeñaba en ver al árabe en el español. «El español de hoy, dice, es el árabe de ayer, frugal, desenvuelto, gracioso en la Andalucía, poeta y ocioso en todas partes; goza del sol, se emborracha poco, y pasa su tiempo en las esquinas, figones y plazas». Quiero creer que Sarmiento se refiere sólo al andaluz, porque ¿cómo atribuir al vasco y al catalán, por ejemplo, semejante idiosincracia? Pero es el caso que ella, aun cuando convenga al andaluz, más o menos exactamente, no es exclusiva de éste ni del árabe, pues conviene también a los restantes pueblos mediterráneos. Hay valencianos y sevillanos que corresponden al tipo de que habla Sarmiento, como hay marseleses, italianos y griegos en el mismo caso. Todo ello no es sino un resultado del clima, de la incomodidad de las viviendas, de la necesidad de expansión y de información que siente el meridional. Un imperativo orgánico le empuja a la calle—lo mis-

mo en Marsella que en Túnez o que en Málaga.—Así era la vida antigua, la vida romana y griega que todavía no nos hemos hartado de alabar, y que perdura en las márgenes del mar latino. El escritor francés Luis Bertrand comenta la animación callejera en las ciudades del África latina con las bellas palabras que siguen: «Estas callejuelas estrechas, de muros untados de cal, es la exacta decoración de las comedias de Plauto y de Terencio. He aquí la taberna oliente y grasosa, con sus guirnaldas de rosas y de jazmines, la *uncta popina* de las sátiras de Horacio y de Juvenal. He aquí la tienda del barbero, donde se viene a oír las noticias o las historias maravillosas de los contadores de cuentos de las encrucijadas. He aquí, en las escenas de la calle, toda la bufonería de los mismos y de las atelanas, la comicidad ingenua de los antiguos en su simplicidad infantil: bofetadas, puntapiés y garrotazos, gestos obscenos, conversaciones crapulosas, graciosos que son apaleados, viejos que son manteados, parásitos golpeados y contentos. Los accesorios y los comparas están allí siempre: el bastón desde luego, el esclavo, el mozo de cordel, la cortesana—¡y el burro! el burrito astuto y lascivo que llena con sus bromas las *Metamorfosis* de Apuleyo después de haber divertido a los viejos narradores de Jonia».

\*\*\*



Si observamos la literatura y las artes nos conven- ceremos de que la influencia directa de los musulma- nes ha sido en España casi nula. Si el invasor se hubiera mezclado con los invadidos del modo que se cree; si los musulmanes hubieran ejercido influencia en la vida y la raza españolas; si en las costumbres y el alma del pueblo español hubiera algo de musul- mán, indudablemente que ello se reflejaría en la lite- ratura, sobre todo en la poesía.

Y bien: ¿cuáles son los caracteres de ambas lite- raturas? En la árabe hallamos sensualismo verbal, amor a la palabra bella y sonora, a la armonía de la frase. Los escritores árabes lo decían todo en prosa rítmica, así tratasen de agricultura o de matemáti- cas (1). Los árabes carecen de novela—las *Mil y una noches* es de origen persa—como carecen de teatro, al revés de los españoles, que precisamente sobresa- len en la novela y el teatro. En cambio, tienen bue- nos poetas, muchos buenos poetas: lo que falta en

---

(1) Todavía en este siglo, no abandonan aquella preocu- pación, según nos informa Clemente Huar en su *Historia de la literatura árabe* y según lo he comprobado personalmente en los diarios tunecinos. En una anécdota del *Mostratef*, un gramático, habiéndose caído a un pozo, pide auxilio a un transeunte con frase rítmica y rimada; el transeunte se burla del gramático contestándole en idéntica forma, lo que retarda el socorro y aumenta, para el afligido y pedante gramático, el riesgo de perecer.

España. La poesía árabe es muy sensual, no sólo por su forma, sino también por las ideas. Los árabes han creado una poesía suntuosa, ardiente, amorosa, pero escasamente realista. Hablan de perfumes olorosos, de bellos colores, y elogian el cuerpo de la mujer con imágenes a veces faltas de toda realidad, como se ve en aquella canción popular donde se compara a un dátíl melífico la nariz de la amada.

La literatura española, al contrario, es eminentemente realista. En poesía, su falta de sentimiento poético ha derivado en el conceptismo. La poesía española es de un ascetismo formal, de una sequedad, de una falta de elegancia perfectamente castizas. Los españoles no han cantado a la mujer sino por rarísima excepción. Sus grandes poetas son arrogantes, declamatorios, conceptistas. Algunos rebuscan sus vocablos, pero no para obtener efectos musicales como lo hacen los árabes.

Los conquistadores no sólo no ejercieron influencia espiritual en la literatura española, sino que tampoco influyeron su literatura, sus asuntos, su métrica, su gramática. Menéndez y Pelayo atribuye el aislamiento y la incomunicación de la poesía árábica a su carácter aristocrático, a su refinamiento académico, a su languidez sensual y a sus artificios de forma que la hacen poco menos que inaccesible para los no muy versados en lengua árábica. En cuanto a



la literatura popular de los conquistadores, pues la tuvieron sin duda ninguna, se ignora que haya influido para nada en la poesía española. Quizá por medio de los cantores ambulantes se transmitiera algún cantar popular; pero ni siquiera esto se sabe. Y sin embargo, conquistadores y cristianos vivían mezclándose continuamente mediante esa zona intermedia, diré, que formaban los mozárabes en territorio musulmán y los mudéjares en territorio cristiano.

En la pintura española tampoco se ve nada del espíritu musulmán. Precisamente los españoles no han hecho otra cosa que reproducir la figura humana, pues jamás fueron paisajistas (1), y los árabes no sienten la figura humana. Se cree que el Corán sólo prohíbe adorar las imágenes. Los árabes apenas han demostrado cierta aptitud decorativa, precisamente el género de arte en que menos han descollado los españoles. En fin, en Velázquez, en el Greco, en Goya, no vemos nada del espíritu musulmán. Ni siquiera se advierte el sensualismo del color, pues los pintores españoles no fueron coloristas en el sentido que da el vulgo a esta palabra, en el sentido que lo fué Rubens, por ejemplo. Nada más

---

(1) Aun hoy que el paisaje predomina en la pintura universal, los grandes artistas españoles prefieren la figura humana. Es el caso de Zuloaga, de Romero de Torres, de Miguel Nieto, y de otros menos importantes.

pobre de color que la obra de Zurbarán, del Greco, de Valdés Leal, del mismo Goya. En Velázquez hay sin duda una extraordinaria riqueza de color; pero puede afirmarse que Velázquez no amaba el color por el color, que es lo que constituye al colorista en el concepto vulgar.

La arquitectura es seguramente la más representativa de las artes, más aun que la poesía. Si los conquistadores hubieran influido en el alma española, lo veríamos en sus construcciones públicas y privadas. Indudablemente en la arquitectura románica hay elementos del arte árabe, pero no es un elemento espiritual; son simples detalles materiales, que, dado el contacto en que se hallaban conquistadores y conquistados, debían fatalmente transmitirse. Por lo demás, el arte árabe había, en cierto modo, nacido en la misma España, pues los invasores no traían arte propio. En cuanto al mozárabe, estilo poco importante respecto a su difusión—así, las iglesias mozárabes son pocas, sobre todo en Cataluña—, si bien contiene, como es lógico, elementos mahometanos, procede fundamentalmente del visigótico, habiendo conservado siempre sus esenciales caracteres primitivos. Pero fuera del arte mozárabe no se nota influencia mahometana en la arquitectura española (1).

(1) Los maestros arquitectos fueron, durante toda la Edad Media, de origen hispano-romano o hispano-godo. Sólo por



En el estilo románico—el arte castizo por excelencia—, no existe influencia mahometana. El románico fué, cuando ya había tomado vuelo y caracteres propios, modificado por otras influencias, francesas principalmente; pero con todo las iglesias españolas sometidas a tales influencias tienen emoción española. Los elementos materiales podrán ser franceses, pero el espíritu es español. Así la Colegiata de Santillana que, aunque perteneciente a la escuela *poitevine*, da una profunda sensación de casticismo. En cuanto al estilo mudéjar, claro que en él la influencia mahometana es considerable. Pero el estilo mudéjar resulta algo postizo, algo que no encaja bien en la tradición española, sin contar con que, por el número, salvo en Andalucía, no presenta gran importancia.

Si pasamos a la música, tampoco vemos que haya recibido la influencia árabe. Los árabes no tienen música; y de su permanencia en España, sólo se

excepción se hallan maestros mudéjares. En las corporaciones se exigía que los miembros fuesen de sangre limpia desde la cuarta generación. No obstante, fueron utilizados ciertos elementos arquitectónicos mahometanos: muchos de aquellos que pasan por tales y no son sino bizantinos, sirios, coptos o románicos. Ni la arquitectura llamada asturiana, arquitectura muy castiza por cierto, se vió libre de elementos mahometanos: pero éstos constituyeron meros detalles que no llegaron a modificar el espíritu de aquel estilo.

sabe que usaban ciertos instrumentos. Seguramente, no han carecido de danzas y de cantares populares, los que se parecen a ciertos cantos andaluces, y más que nada a nuestras músicas argentinas. Lo único realmente parecido a la música española que conozco es una canción moderna, escrita en el modo *sika*, llamada *El ked elladi sabani*, la que recuerda el *cante hondo* de los andaluces. En Argelia se han publicado colecciones de piezas árabes. Conozco muchas de ellas y quiero suponer que, fuera de algunos cantarcillos, son piezas traídas de España. Precisamente entre los árabes argelinos existe cierto género musical llamado Música de Granada. En la música española, ya la erudita o la popular, no se nota la influencia árabe. No hay música menos sensual, menos elegante que la española; si los árabes hubieran dejado su marca en el alma peninsular, la música española tendría alguna voluptuosidad, alguna vaguedad ensoñadora.

¿Podrá acaso hallarse la influencia árabe observando las instituciones, el derecho, el idioma? Creo que tampoco. Nuestro idioma cuenta, es verdad, con un veinte por 100 de palabras árabes; pero este hecho, ¿prueba una gran influencia espiritual? De ninguna manera. Españoles y moros vivían en estrecha relación, de modo que forzosamente debían aquéllos adquirir palabras árabes. Además, recuérdese que



## El solar de la raza

la mayor parte de estas palabras designan costumbres, útiles de trabajo, obras de agricultura que no tenían los españoles y que, pertenecientes a los árabes, aquéllos no podían designarlas sino con palabras árabes. Pero en el espíritu del idioma español, ¿qué ha dejado la lengua árabe? El idioma árabe es todo sencillez, todo lógica (1), al contrario del castellano que es uno de los más complicados idiomas europeos.

La dominación musulmana que, en general, fué muy benigna, permitió a los conquistados conservar sus instituciones no sólo religiosas sino civiles. Los mozárabes, como se llamaba a los cristianos sometidos al conquistador, conservaron su derecho romanovisigótico. Esta tolerancia del conquistador fué causa del aislamiento entre árabes y cristianos. Ambos vivían separados, tenían distinta religión, distinto derecho. Sólo el idioma fué común; los mozárabes olvidaron el suyo hasta el punto de que fué necesario traducir al árabe las Escrituras.

\*\*\*

Los invasores, lejos de modificar el espíritu español, fueron modificados por España. La dulce Anda-

---

(1) Renán decía que la explicación de la sencillez del idioma árabe debía ser buscada en la *Lógica* de Aristóteles, filósofo que, como se sabe, constituye entre los árabes, aún hoy, la suma de la sabiduría. La filosofía que se estudia en las mezquitas, consiste en comentar a Aristóteles, exclusivamente.

lucía que cantaban sus poetas transformaba a aquellos hombres, y hasta los duros, los terribles Almoravides fueron convertidos en hombres escépticos y sensuales bajo los suaves encantos de aquella tierra embriagadora. La fiera de los bereberes se dulcificaba en esas pequeñas cortes de Almería, de Málaga, donde se vivía entre artificiosos madrigales, respirando el sutil aire de vagas metafísicas.

La península ibérica, que había recibido de los celtas, de los fenicios, de los cartagineses, de los vándalos, grandes aportes de sangre; de los romanos el idioma y el derecho; de los visigodos algunas instituciones y lo que fué su nobleza, no recibió nada de los árabes. Los árabes eran demasiado pocos y su civilización se formó en España misma. El núcleo de invasores, formado por bereberes e individuos de las poblaciones del norte de África—descendientes como los españoles de fenicios, cartagineses, romanos, vándalos—, ¿en qué podía influir sobre la raza española si no traía ningún elemento fundamental distinto, si carecía de una civilización original? La raza hispana era demasiado vigorosa, estaba ya definitivamente formada. El cuerpo social asimiló los elementos invasores; pero, como era lógico, sin transformarse. La única modificación vino de rechazo. Los conquistadores ejercieron influencia indirecta, pues la guerra, religiosa en parte, imprimió



### El solar de la raza

mió cierta dirección mística que de otro modo quién sabe si el país hubiera seguido.

De la conquista musulmana apenas quedan en España algunos monumentos. El terrible Taric ibn Ziyad, el primer invasor, sólo es una sombra, pero una sombra que se agranda y toma cuerpo para los cuerpos alucinados de aquellos que odian a España. Mas los que sentimos el alma de la raza, los que la hemos visto vagar en las callejuelas de las ciudades castellanas, miramos como cosas exóticas los arabescos de la Alhambra, los jardines del Generalife, todos aquellos encantos que nos muestran un pueblo sensual y afeminado. La España castiza, aunque vieja y ruinosa, la llevamos dentro; la España africana está muy lejos de nosotros. Es una poética leyenda, casi un cuento de *Las mil y una noches*.

pi  
ve  
el  
R  
so  
co  
B  
a  
se  
«I  
n  
b



## RONDA

**V**isión fantástica y extraña es la que Ronda, vieja ciudad de Andalucía, ha formado en mi espíritu. La veo como a una de aquellas ciudades inverosímiles con que los pintores primitivos llenaban el fondo lejano de sus paisajes. Pero en mi visión de Ronda nada hay de místico ni de caballeresco. Es sólo una imagen violenta, atormentada, huraña, como la visión de un primitivo flamenco a la que un Boecklin o un Doré hubiesen retocado, infundiéndole aspecto trágico.

Sin embargo, tal vez la Ronda de la realidad no sea exactamente así. La guía Baedeker la llama «riente», y lo son, en efecto, las casitas del pueblo nuevo: amables, enjabelgadas, exhalando sosiego y bienestar. ¿Cómo se explica, pues, mi sensación?

Es la obra del Recuerdo, aquel creador original y maravilloso.

En mis breves horas de Ronda, debieron mis sentidos percibir innumerables detalles. Unos, insignificantes, materiales, objetivos, fotográficos, vulgares, sin trascendencia. Otros, fundamentales, característicos, espirituales, que tal vez me dieron una sensación fugaz y confusa, por lo cual fué inadvertida, quedando en lo hondo de la subconciencia. La memoria—que es al recuerdo lo que la inteligencia al talento, lo que la fotografía de un paisaje a la obra de un artista—, guardó aquellos detalles que constituían la imagen material de Ronda, su forma exacta, su apariencia externa. Pero comenzó a pasar el tiempo, y todo esto fué olvidándose. El recuerdo, mientras tanto, iba creando. Los detalles característicos y esenciales surgían, crecían, se exageraban, se abultaban, se intensificaban. Sucede con las montañas que, a medida que nos retiramos para contemplarlas, son más grandes y bellas, y sus caracteres, que de dentro de su entraña tal vez no veíamos, se nos revelan entonces esencialmente. Sucede también con el hombre que, cuando han pasado los años, se le encuentra cambiado, y en realidad no es sino que su ser se ha intensificado y sus rasgos fisonómicos, en consecuencia, se han acentuado. De este modo, por el alejamiento de la realidad y la intensificación



### El solar de la raza

de las cosas hasta hacerlas parecer como miradas con una lente de aumento, el Recuerdo ha engendrado mi actual visión de Ronda, una visión profunda y espiritual, la síntesis de Ronda. En mis horas de la ciudad andaluza, apenas conocí su imagen material. El Recuerdo me hizo conocer su alma, su esencia. Es que el Recuerdo hace perdurar lo que en las cosas hay de eterno, lo que es su síntesis, el resumen de todos sus aspectos. Cada vez que recordamos somos creadores y poetas, pues agregamos a la visión originaria alguna nueva interpretación, o algún matiz antes no percibido, o tal vez algún aspecto que acaba ahora de surgir.

\* \* \*

Ronda es un fantástico y enorme castillo roquero, un colosal nido de águilas pendiente de una cumbre. Montañas salvajes enfrentan y rodean en anfiteatro al cerro, cuya cumbre abarca en entero la ciudad; abismos trágicos se abren entre el cerro y las circundantes montañas. Accidentada Ronda en rampas increíbles, sus callejuelas se hunden o ascienden, o se revuelven como epilépticas. Ciudad audaz—su raza es de domadores de caballos, de bandoleros y fué antaño ejemplo de torería—, está partida en dos como por un tajo formidable que hubiera caído hasta el fondo del valle. Un puente de pie-

dra salva el abismo uniendo las dos partes cortadas; desde abajo, se asemejan a dos enormes torres unidas por un arco de medio punto, a modo de intrépido puente aéreo. Así, la muralla de Avila en la puerta de San Vicente. Las paredes rocosas de esta garganta —los flancos de las torres—, caen a pico sobre el Gualadevín. Las aguas del río, apretadas por las paredes, saltan para arriba en névosa espuma, luchan contra los bloques de piedra que le cortan el paso, y van a rodar por el valle con su canción amenazante y bárbara.

Hay en Ronda múltiples encantos: restos del pasado musulmán, viejas iglesias de espíritu castizo, algunos recuerdos romanos. Pero lo que hace a Ronda única en el mundo, es la terrible presencia de aquellos abismos que la abrazan.

Abismos por todas partes, desde el balcón de la Alameda, desde los balcones de las casas de familia: abismos obsesionantes que en las noches pondrán pavor y misterio en el ánimo! Abismos donde las aves de presa devoran los cadáveres de los caballos que han sido muertos por los toros y que son arrojados desde la cima después de la fiesta. Abismos perpetuos, nos aterra pensar que podríamos vivir bajo su trágico y perenne dominio en alguna de aquellas casas cuyos balcones dan al Tajo. Vida terrible la de los habitantes de Ronda, con la eterna visión abis-



### El solar de la raza

mal. Uno imagina que, como Pascal, han de ver un abismo a su lado en todos los instantes de su existencia. Se siente flotar en el ambiente de Ronda una sensación de vacío y de derrumbe. Tal vez porque el viajero recorrió la ciudad cuando un cielo sañudo, abarrotado de nubes negras, prolongaba la sucesiva tormenta formidable con relámpagos y truenos que agravaban de malestar el trágico espíritu del ambiente.

Y ahora ¿cómo no explicarse la audacia y energía de las gentes de Ronda? Quizás la perpetua presencia del abismo las ha habituado a mirar sin temor aquel otro, final inmenso abismo abierto ante sus arduas empresas, el abismo de los abismos: la muerte. De ahí el coraje de sus bandoleros y la famosa intrepidez de los toreros de Ronda. Además, quienes nacen y viven a la altura de las águilas, algo de ellas han de tener.

Ronda la feudal, la bárbara, la trágica, es la más extraña y romántica puerta para aquellos que entran en España por Algeciras, y se imaginan hallar en todas partes la sonrisa y los encantos voluptuosos de una feliz Andalucía.





### III

## GRANADA

**¡G**RANADA la bella! Así, en modo admirativo, suscitador de ilusión, quiero recordar una de mis grandes desilusiones. Pero no es la culpa de Granada, sino del viajero. Los viajes constituyen una perenne fuente de desengaños. Casi siempre la realidad es inferior al ensueño; pero mientras para aquellos espíritus que no ven las relaciones ocultas y sutiles entre los seres y las cosas la decepción es irremediable, otros quizás demasiado orgullosos, quizás demasiado soñadores, no queremos reconocer la certidumbre del desengaño. Sacamos ilusión de la propia disilusión, extraemos nuevo ensueño de la realidad. Buscamos desesperadamente las partículas de belleza real y las acrecentamos en nosotros; atribuimos a las cosas significados caprichosos y subjetivos; evo-

camos leyendas magníficas ante restos efímeros y envolvemos a una trival piedra sin belleza ni interés en poesía de siglos, en niebla de misterio, en rezo de veneración.

La Granada oriental, la de la Alhambra, la del Generalife, ha sido un gran desengaño para mí. La belleza elegante, sutil, aérea, casi quebradiza del patio de los Leones sólo nos habla a los sentidos y a la imaginación. En las salas del palacio árabe el alma es apenas un transeunte; no encuentra allí lugar para su reposo, nada le llama. Los ojos, en cambio, no acaban de maravillarse. Cuando ellos están demasiado embebecidos en contemplar la belleza de las cosas, es porque ésta no ha llegado hasta el alma; pues si el alma se conmueve, el deleite de los ojos, siendo tan grande el poder de la emoción, si no desaparece, cobra ante ella un valor hartó secundario. Se diría de los encantos de la Alhambra que, por exteriores y superficiales, no logran pasar de nuestros ojos, es decir, de la superficie de nuestro ser; carecen de fuerza, de trascendencia, de hondura para poder traspasar el radio de los sentidos y penetrar en el fondo del alma; se quedan fuera: los ojos los detienen y se absorben en ellos. Pero a los que buscamos en las ciudades, en las arquitecturas y en los paisajes, hogares para el alma, no nos nace cariño hacia la Alhambra. ¿Acaso la miramos con



prejuicios de religión y de raza? Tal vez; sólo puedo decir, por mi parte, que no la he sentido. Nada extraño sería que las lecturas de tantos libros caprichosos, copiosos de interpretaciones absurdas, nos apartaran de la comprensión exacta de la Alhambra. Se ha pretendido ver allí cierto ardiente sensualismo, y hay buenas gentes que, sugestionadas por tales lugares comunes, sienten en la Alhambra deseos de amar, anhelan voluptuosidades, sueñan con princepsas moras de sangre apasionada y fértiles en caricias... Nada de esto puede suscitar la Alhambra. Por el contrario, todo es allí la expresión de una gran espiritualidad y de un misticismo combatiente y a la par abstracto. Las inscripciones innumerables grabadas en las salas, en las fuentes, en las torres, en las puertas, y en los patios no hablan sino de Dios y de la salvación eterna. «Dios es el refugio en toda tribulación» se lee a cada momento, en diversas salas; y en el patio alto de los Leones está escrito: «Los bienes que poseéis proceden de Dios»; y hasta la belleza de la Alhambra y de sus jardines se atribuye a Dios. «¿Por ventura este jardín no nos ofrece una obra cuya hermosura no quiso Dios que tuviera rival?» Pero no sólo la epigrafía sino también las líneas y polígonos convergen, en el arte musulmán, a suscitar lo infinito. Las líneas y polígonos se enlazan, se entrecruzan en prodigiosa urdimbre; lo lle-

nan todo, suben por los muros hasta el techo, descienden hasta el suelo, corren por el artesonado, animan los mármoles del piso, nos envuelven en sus redes infinitas. Si los seguimos con nuestra mirada llega un momento en que volvemos al punto de partida; nos incitan a la divagación; nos evocan en su infinitud las cosas eternas y nos muestran lo efímero de las cosas humanas, su mutabilidad, su vuelta al principio y fin de todas ellas, que es Dios. En la ornamentación poligonal se diría que a la media luz de las mezquitas pasan seres fantásticos, pensamientos vagos que vuelven y vuelven sumiéndonos en la «delectación morosa» de los místicos. Y bien: todo este lenguaje, el de las letras y el de las líneas y polígonos, resulta poco inteligible para nosotros. Tal vez fuera preciso conocer profundamente el idioma árabe para tener siempre presente todas las frases inscritas. Es posible que entonces comprendiéramos y sintiéramos los efluvios espirituales que, a modo de un humo invisible, han de desprenderse del fuego religioso de aquella selva de letras. Tal vez fuera preciso, igualmente, poseer la conformación espiritual del árabe. Nosotros los latinos (1) necesitamos para elevarnos a lo infinito y abstracto partir de lo

---

(1) Esta manera de ser es propia de todos los occidentales, pero, para mayor propiedad, he querido referirme sólo a los latinos.



finito, de lo concreto, de lo humano. Por esto los *Ejercicios espirituales* son uno de los índices más reveladores de la conformación de nuestro espíritu. Los orientales no siguen el mismo proceso. A diferencia de nosotros, que no podemos elevarnos a lo abstracto sino partiendo de lo concreto, ellos, con facilidad increíble, sin esfuerzo ninguno, llegan a la contemplación de lo infinito, es decir, de lo abstracto, partiendo de abstracciones. A nosotros, las líneas, letras y polígonos no hacen sino encantarnos los ojos; a ellos los conducen a Dios. Yo comprendo el valor emocional que pueden estas cosas tener para los musulmanes. Pero no he vislumbrado esto en la Alhambra sino en el plácido recogimiento de las mezquitas argelinas.

En cuanto al valor estético de la Granada oriental, salvo el de los jardines del Generalife, confieso que no lo hallo eminente. Lo que resta de la Alhambra y del «carmen de cármenes» carece de importancia arquitectural. Son simples salas y corredores cuyo solo prestigio reside en la ornamentación característica de líneas, polígonos y letras. En ninguno de estos elementos cabe creación artística, en el exacto sentido de la palabra, ni tampoco en la policromía fundamental ni en las bóvedas de estalactitas. Respecto a las líneas y polígonos, una vez ideada una combinación, lo cual es más labor de geómetra que

de artista, el molde se encarga de reproducirla sobre el yeso infinitas veces. Solamente el Patio de los Leones presenta algún valor artístico. Allí, en la distribución de las pequeñas columnas hay, además de la aristocrática gracia congénere, verdadera originalidad. Pero la ausencia de arte en la Alhambra no debe asombrarnos, pues el pueblo árabe jamás ha sido artista. Su sentido del color y de la línea—demostrados en sus trajes, tapices, mosaicos, vidrieras, por ejemplo—, y su elegancia y distinción naturales, si bien prueba su buen gusto innato, no convence de su capacidad creadora. No es artista el que ama las artes, las comprende o posee buen gusto, sino el que tiene la aptitud de crear. Y bien: el árabe no ha creado nada. Los elementos fundamentales de su arte no le pertenecen, y las mezquitas más interesantes no han sido construídas por árabes, los que no han descollado ni como arquitectos, ni como escultores, ni menos como pintores: toda su aptitud artística está en la ornamentación (1). En cuanto a

---

(1) El arte árabe debe casi todo al arte copto. Las primeras mezquitas fueron construídas por coptos; así la de Fostat, en Egipto, copiada durante dos siglos por los musulmanes; cuyo arquitecto y cuyos obreros fueron coptos y cuyo estilo es ni más ni menos el de la escuela de Aléjandría. Durante el califato de Damasco la preponderancia artística del Egipto continuó la influencia copta. Y lo mismo debió suceder durante el califato de Bagdad, pues basta recordar que en tiem-



### El solar de la raza

los moros, aunque poseen más sentido estético que los árabes, nada pudieron hacer. Es un pueblo sin personalidad ni carácter. Por lo demás, ni árabes ni moros serán jamás artistas, pues el rasgo esencial de su espíritu es la imprevisión. Y ya sabemos que el arte es precisamente un resultado de la previsión.

¡Granada oriental, encanto de los ojos, incitación perenne al ocio lírico y al vagar imaginativo! Yo no recogí en sus bellezas sensaciones profundas. Sin

pos de Almamón ciento veinte iglesias y ochenta y tres conventos cristianos fueron convertidos en mezquitas sólo con borrar la cruz y transformar los portales en *mirhabs*. Más tarde es construída la mezquita de Tolón por un copto, y en ella aparece la ojiva, elemento que no es característico del arte árabe, pues es esencial de la arquitectura copta. Pasado el período en que se forma el tipo de arquitectura—absolutamente copto como he dicho—, viene un período en que se desenvuelve el arte decorativo: la ornamentación árabe que se cree tan característica de este pueblo. Pero la ornamentación también es copta. Los coptos, que comenzaron por esculpir figuras de hombres y animales en formas geométricas, acabaron por crear combinaciones de polígonos y líneas, que serán todo lo simples y toscas que se quieran, pero que engendraron la decoración árabe; y los primeros ornamentistas de las mezquitas árabes fueron coptos. En fin, la bóveda es también de origen copto, y la mezquita de Hassan, uno de los modelos del arte árabe, es obra de un copto. Además hubo en el arte árabe influencia bizantina, pero no del bizantino griego sino del bizantino sirio, algunos de cuyos elementos los árabes llevaron a España. Para concluir, recordaré que los musulmanes tomaron muchos elementos, en España, al estilo visigótico.

embargo, los jardines del Generalife me penetraron de poesía, me traspasaron de sosiego, me infundieron deseos de dejar transcurrir bajo la paz de sus glorietas, entre el laberinto de sus senderos, junto al placido cantar de sus fuentes, largas horas inútiles y deliciosas... Y la misma Alhambra, maravilla de los sentidos, pudiera hacerme decir estas palabras que entresaco de un poema grabado en una de sus salas:

«¡Con cuántos adornos la has engrandecido, oh, Sultán! Entre sus primores hay matices que hacen olvidar los de los ricos trajes del Yemen.»

«¡Y cuántos arcos se elevan en su bóveda sobre columnas que se ostentan brillantes de luz!»

«Aquí hay mármol bruñido que refleja la luz y esclarece lo que estaba sumido en la oscuridad».

«Al tiempo de reflejarse en él la luz del sol, le juzgarás que son perlas por sus bellos colores».

\* \* \*

Destruído mi gran ensueño de la Granada oriental, ¿qué otra Granada pudo hacerme sacar ilusión de la propia desilusión, nuevo ensueño de la realidad engañadora?

Granada es múltiple y compleja. Inferiores a mis esperanzas los restos de su esplendor musulmán—que tal vez yo no lograra sentir por mi conformación espiritual cristiana—, indagué en las entrañas mis-



mas de la ciudad la existencia de otra Granada. Y esta vez mi esperanza no quedó en quimera. Hallé una Granada de paisajes, de belleza única y varia; hallé también una Granada castiza y cristiana, de belleza profunda y emotiva. Y ambas Granadas me fueron encantadoras, aparte de sus claras excelencias, por una razón más: no haber sido aún democratizadas por la admiración mediocre del turista y su alabanza de memoria. Bellezas demasiado elogiadas, bellezas oficializadas, parece, que inevitablemente, han de vulgarizarse y disminuirse.

En los paisajes de Granada todo es pictórico y musical. Desde cualquier punto de la ciudad que miremos la Sierra Nevada encontraremos un cuadro; un cuadro sutil y fino, de colores transparentes, de una luminosidad cristalina, un cuadro que es también canción. Los paisajes granadinos forman la aristocracia del paisaje. No los hay más distinguidos y nobles en otra parte. Y Granada es toda ella paisaje. Esta ciudad—que trepa sobre los cerros, cruza un río y desciende—está al pie de aquella sierra maravillosa que en todas las épocas del año lleva su blanco albornoz de nieve. Pero este albornoz suele azularse en los atardeceres, colorearse de rosa en las madrugadas. Adquiere a veces el aspecto del cristal y otras semeja plata líquida, como las nieves también eternas de nuestro enorme Famatina. En

primavera la ciudad quiere imitar a la montaña; los azahares de sus naranjos copian la blancura de las nieves. Desde mi cuarto del hotel, situado en el Monte Mauror, veía la sierra cubriendo el horizonte y abajo gran parte de la ciudad; los cármenes descendían la cuesta unos junto a otros, y vagos aromas de flores llegaban hasta lo alto; hacia todos lados se veían los techos de tejas, los miradores, las viñas, los huertos. En la carrera del Genil, mirando hacia la sierra, he encontrado uno de los más bellos paisajes de ciudad que puedan ser imaginados. Y la carrera del Darro, al atardecer, bajo la envolvente atmósfera azulada, con sus caserones blasonados, sus puentes de piedra inclinados, la visión de las torres de la Alhambra, es un espectáculo único e inolvidable. Para evidenciar tantos encantos la palabra es insuficiente; sólo la pintura puede ser eficaz. Por eso no hay descripción mejor de los paisajes granadinos que los cuadros de Darío de Regoyos. Este admirable artista español ha creado verdaderos retratos psicológicos de los paisajes de Granada.

De la Granada castiza y cristiana ¿qué decir? Ella y la Granada de los paisajes hacen la Granada que yo amo, la que encontré después de mi desilusión de la Granada oriental. Mi Granada de ahora es la que toda luz, color y aromas, sueña de belleza mirando las nieves de la Sierra Nevada; la que, concretando-



### El solar de la raza

se en paisajes, suscita el nacer de nuestros paisajes espirituales; la que vive vida inmortal en la múltiple obra de arte y de fe del gran Alonso Cano; la que es misterio y emoción de emociones en la Capilla de los Reyes Católicos; la que Enrique de Egas y Diego de Siloé exaltaron en templos y capillas donde mora una intensa fe cristiana y el espíritu eterno de la raza; la que en los «cármenes frescos», como los llamara el maestro Góngora, nos obliga a envidiar la vida plácida bajo aquel sol amigo; la que ostenta en las fachadas platerescas de las casonas solariegas el orgullo y la nobleza de la estirpe; y la que es espiritualidad profunda, música blanda y deleitosa como cantar de fuente, aroma suavísimo, serena luz, dulce y apacible ensueño, amor, humildad, emoción en la prosa de aquel Fray Luis divino que escribiera la *Guta de Pecadores* y el *Compendio de la Vida espiritual*.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS

—  
BIBLIOTECA





#### IV

### LA SEMANA SANTA DE SEVILLA

**E**L desfile de las procesiones en la Semana Santa sevillana constituye un espectáculo profundamente humano y universal. No es una cosa postiza, afectada ni meramente aparatosa, sino algo que ha nacido de las entrañas mismas de la raza. Fiesta inquietante, presenta múltiples aspectos trascendentales. No ya sólo el aspecto religioso y el estético, ambos de fácil y conocida comprensión, sino también otros menos visibles, como el ético y el castizo. Los *films* emocionantes que, durante aquella semana, pasan ante nuestros ojos, congregan en nuestro hombre interior, por lo menos durante unas horas, esenciales sentimientos e ideas que andaban dispersos y amenguados, cuando no en olvido absoluto; renuevan en las almas la conciencia de nuestro destino; obje-

tivan a nuestros ojos, en imágenes sintéticas y ejemplares, toda la hondura del dolor humano, y arrojan en nuestra estéril comarca interior semilla de eternidad que, si por acaso cae en algún raro rincón pre-dispuesto para los cultivos espirituales, puede producir en los años, con la ayuda de riegos eficaces, bellos frutos de perfección moral. Y aparte de esto, el desfile de las cofradías es uno de los más suntuosos y extraños espectáculos de arte que pueda contemplarse y constituye una revelación del eminente sentido estético de la raza.

\*\*\*

Yo no puedo acordarme de la Semana Santa de Sevilla si no es asociándola a la obra genial de dos artistas sevillanos: Valdez Leal y Montañés. Ambos la encarnan, a mi ver, de modo tan perfecto que, al solo sonido de sus nombres, la fiesta surge ante mí, claramente, como en la realidad de una presencia.

Juan Martínez Montañés talló en madera casi todas las estatuas que forman los «pasos» de las procesiones. Este escultor, que no tardará en ser colocado en la jerarquía que le corresponde, ha creado las más inquietantes, dolorosas y espirituales imágenes de Cristo. La más alta autoridad crítica en materia de arte español antiguo—he nombrado a Paul Lafond, conservador del museo de Pau—considera a



Montañés como «uno de los más grandes escultores, no solamente de España, sino del mundo entero»; y dice de él: «Si el sentimiento de la vida que distingue sus obras en tan alto grado, si la profunda e inteligente imitación de la naturaleza que descubren, están a veces desfiguradas por la exageración de las formas, la exuberancia del movimiento y lo excesivo de las actitudes, las aspiraciones del artista, bajo estas apariencias de realismo sobreexcitado, no dejan de ser exclusivamente espiritualistas». Por mi parte, no creo que sea posible una materialización artística tan intensa del dolor como la que Montañés ha conseguido en el *Cristo crucificado* de la Catedral y en una de las más célebres imágenes de los pasos: *Nuestro Padre Jesús de Pasión*. Esta es una estatua policroma de Cristo llevando la cruz y vestido con un pesado hábito bordado de oro. La cabeza, bajo el atroz suplicio de la corona de espinas, se hunde en el pecho, con expresión de dolor y fatiga; el rostro está manchado por largas y gruesas vetas de sangre que nacen en la frente y mueren en la renegrida breña de las barbas ensortijadas; los ojos se cierran bajo la carga del desaliento y del dolor enorme; y los labios se abren por el impulso de una pena interior que no acaba de salir, que ya no puede dar lágrimas ni gemidos, y cuyo silencio deja percibir el respirar fatigoso y dolorido. El rostro de Cristo

se exagerba de dolor, pero no es sólo un dolor físico, sino también moral, y, en su intensidad, superhumano. Pero el inmenso sufrimiento no se concreta sólo en la faz. Lo adivinamos, bajo la túnica, afligiendo el cuerpo lacerado, y lo vemos descender hasta los pies de Cristo; aquellos pies cuya flacura, cuyas llagas, cuyo sangrar horrible nos penetran de amor y compasión. Y toda la imagen está llena de una resignación, de una emoción, de una sencillez, de una hondura como sólo los artistas españoles saben expresarlos. Y esta estatua es una de tantas obras de Montañés que, en el desfile de las procesiones, pasan ante nuestros ojos ávidos. ¿Se comprende ahora por qué el nombre de este artista va inseparablemente unido al recuerdo de la Semana Santa sevillana?

En cuanto a Valdez Leal, puede afirmarse que es el revelador de cierta faz del alma de Sevilla: la faz castellana y visionaria que ha creado aquella Semana Santa. Valdez Leal nos explica esta fiesta religiosa. Sin él me parece imposible llegar a comprender esos cuadros extraños, de una fantasía casi macabra, de formas un tanto caricaturescas y de colorido sombrío. Y así como el Greco ha dado a Barrés «el secreto de Toledo», así Valdez Leal revelará el secreto de la Semana Santa sevillana a quienes, con alma propicia, supieren indagarlo en sus cuadros.

\*\*\*



Sevilla no es, exclusivamente, una ciudad alegre. El sol, los colores de las casas, la belleza del cielo, la abundancia de flores y la animación de ciertas calles contribuyen a producir una impresión de alegría. Pero esta alegría es más epidérmica que interior, pues la disminuyen estos dos elementos que hay en el fondo del alma sevillana: el espíritu morisco y el espíritu castellano. El alma de la raza morisca, triste, voluptuosa y ensoñadora, parece vagar en las callejuelas de Sevilla, sobre todo en las horas nocturnas, cuando los patios solitarios adquieren una melancolía íntima, perfumada y misteriosa y cuando la silenciosa ciudad nos hace evocar el encanto quimérico y oriental de Túnez la Blanca. Las cualidades que constituyen el fondo del alma castellana son aún más profundas en Sevilla, y atenúan, más que el espíritu morisco, la alegría pagana de la ciudad andaluza. Pero para encontrar estas cualidades es preciso visitar aquellos conventos—Santa Paula, Santa Clara, San Clemente el Real—donde cierta seriedad aparece matizada por retoques de gracia castiza; donde en los muros de los atrios se leen, grabados en piedra, versos de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz; y donde altos muros blancos y patios abandonados aislan del resto del mundo a aquellos lugares de recogimiento. Es preciso estudiar las obras de aquellos castizos artistas represen-

tativos que, sevillanos o no, vivieron en Sevilla y fueron influidos por su ambiente,—artistas que se llamaron Zurbarán, Valdez Leal, Montañés, Roelas, Morales. Es preciso, también, vivir largas horas en aquella catedral sevillana tan llena del espíritu de la raza, y observar los edificios de los siglos xvii y xviii, de cuyas fábricas se desprende el perfume noble y recio de la añeja alma castellana. Es preciso, igualmente, recorrer los barrios populares donde aun viven los personajes del patio de Monipodio y aquellos encantadores pilluelos murillicos que hacen perdonar al pintor de las mediocres immaculadas su estilo blando y devoto y su falta de espiritualidad. Y es preciso, finalmente, ver—con los ojos y con el alma—el Hospital de la Caridad.

¡Ah, la honda impresión de cristianismo que nos deja aquella humilde casa! En todas partes: en los claustros, en las salas, en la iglesia vaga el espíritu de aquel cristiano viejo que era el señor de Mañara, el fundador de la Hermandad de la Caridad (1). Todo aquí contribuye a convencernos de la vanidad y estorbo que son las glorias, las pompas, los placeres humanos. Así, el soneto de Mañara, escrito en los muros repetidas veces; así, la tumba del fundador; y así, sobre todo, los cuadros de Valdez Leal.

---

(1) La imaginación popular ha convertido a Mañara en el legendario Don Juan Tenorio.



### El solar de la raza

La tumba de Mañara es una simple lápida, cuyo epitafio, escrito por él mismo, comienza de esta manera: «Aquí yacen los huesos y cenizas del peor hombre que ha habido en el mundo». En el ambiente de recogimiento cobra un gran sentido patético el epitafio de este hombre humilde que se consideraba ceniza y polvo y que declaraba haber ofendido a la Majestad altísima de Dios y «servido a Babilonia y al demonio su príncipe, con mil abominaciones, soberbias, adulterios, escándalos y latrocinios, cuyos pecados y maldades no tienen número, y sólo la gran sabiduría de Dios podrá numerarlos, y su infinita paciencia sufrirlos, y su infinita misericordia perdonarlos». Las palabras escritas sobre la tumba de Mañara nos humillan y nos alumbran; nos restan soberbia, nos desalmenan de vanidades. Nos hacen bajar la frente y quedar clavados, juntos a esa lápida, en proficua meditación.

Los cuadros de Valdez Leal, colocados a la entrada de la iglesia para que perdurablemente todo el mundo los vea, constituyen una realización perfecta, genial y terrible de aquellos requerimientos a la renunciación con que nos hablan, impregnadas de austeridad y sosiego, todas las cosas del hospital.

\*\*\*

Valdez Leal es un artista de personalidad muy

definida. Jamás imitó a nadie, si bien semejanzas de temperamento le acercan algo al Greco, cuyos cuadros no conocía. Valdez Leal usaba tonos rojos llenos de brío, grises sutiles, dorados; grandes masas de sombra oscurecen sus cuadros hasta el punto de que importantes detalles se tornan ininteligibles. Fué un precursor del impresionismo, pues adivinó y practicó en cierto modo el principio, hoy aceptado, de la descomposición de los colores. Era un pintor desigual. Historió—curioso detalle que muestra su temperamento y su casticismo—la vida de Ignacio de Loyola.

Sus dos cuadros del hospital llevan un título común a ambos, un título admirable y gongorino: *Jeroglíficos de nuestras postrimerias*. Sobre una tumba, el cirio de un candelabro de plata diluye, en el horror de aquella escena de soledad, su lumbre trágica. Insignias de jerarquías humanas: una capa pluvial, dos mitras, una corona, un báculo; instrumentos de sabiduría y de gloria: libros, espadas, arneses, un globo mundial, yacen sobre la tumba y sobre el suelo como una muda acusación de la soberbia humana. En medio de las sombras, como una macabra pesadilla, surge la muerte dominadora. Es un horrible esqueleto que lleva un féretro bajo un brazo y en la mano una enorme guadaña. Con la otra mano va a apagar el cirio, sobre el cual se lee la inscripción



### El solar de la raza

*In ictu oculi*—título de este cuadro—, y con un pie, en símbolo de absoluto imperio, pisa el globo mundial.

El otro cuadro, *Finis Gloriæ Mundi*, representa el interior de una cripta funeraria. En primer término se ven dos féretros abiertos y colocados uno al lado del otro, pero en sentido contrario. En uno yace el cuerpo de un obispo; está envuelto en su capa, lleva puesta la mitra y tiene el báculo entre las manos. En el féretro vecino yace un caballero de la Orden de Calatrava con su manto blanco. Estos dos cuerpos han comenzado a pudrirse. Hacia el fondo se ve otro féretro, también abierto, donde yace un cuerpo humano, completamente carcomido y esquelético. A los pies de este féretro se divisan, en la siniestra noche de la cripta, en espantoso amontonamiento, calaveras y otros restos humanos. Por la abertura superior de la cripta, penetra entre nubes grises una mano que sostiene una balanza. En uno de los platillos donde están escritas las palabras *ni más*, el pintor ha simbolizado los vicios; en el otro, donde están escritas las palabras *ni menos*, ha simbolizado las virtudes. En la escalera de la cripta, un buho contempla el horror del cuadro.

Estas dos obras no necesitan comentarios. Sólo diré que aquella cosa horrible que tiene que venir para todos, ha sido objetivada por Valdez Leal con arte incomparable. La pintura realista no ha produ-

cido nada tan verdadero como el rostro en putrefacción del obispo. Aquel cuerpo comido por los gusanos apesta. Su podredumbre y hediondez se nos entran hasta el fondo del alma y nos obligan a contemplar, en aquellas imágenes espantables, la hediondez y la podredumbre de nuestro pobre ser humano.

\* \* \*

Y ahora, volviendo a la Semana Santa, he aquí tres momentos capitales que sintetizan el espíritu de aquella fiesta.

Son las tres de la mañana del Viernes Santo. La plaza de San Francisco, en completa sombra, rebosa de gente. De pronto estremecen el silencio los clarines de una fanfarria que anuncia la llegada de las cofradías. Es una música militar de ritmo lento y cuyas notas vibran larga y nerviosamente. En el ambiente extraño, bajo la noche sin estrellas, en medio de la ansiosa confusión humana, aquella música cortante, estrepitosa y bárbara, nos hace imaginar los clamores apocalípticos del Juicio Final. Detrás de los soldados vienen en dos hileras paralelas, orillando la calle, los nazarenos: cofrades vestidos de disciplinantes. Llevan un hábito negro, el rostro enteramente cubierto, las disciplinas atadas a la cintura, un largo bonete cónico y en las manos un



### El solar de la raza

grueso cirio encendido. Avanzan muy pausadamente. Es la cofradía de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder y de Nuestra Señora del Mayor Dolor. En seguida de los nazarenos entra en la plaza el primer paso: Jesús con la cruz a cuestas y rodeado de angelitos, de flores y de candelabros iluminados. Detrás de este paso sigue una multitud de mujeres; todas visten de negro y llevan cirios en las manos. Entre estos penitentes no cofrades, algunos van descalzos y con el rostro cubierto.

Después de Jesús sigue el paso de Nuestra Señora. La Virgen, acompañada de un apóstol y bajo palio, está con su manto bordado de oro y cubierta de joyas. Un cortejo de penitentes marcha detrás del paso. La procesión desfila bajo un absoluto silencio, que ella misma impone. No lleva como las otras la banda de música que toca marchas fúnebres ni el tambor de sordo y lento sonar. Pero la emoción que nos produce es, a pesar de esto, la más intensa de todas. Así, al desembocar en la plaza, la escena es admirable de originalidad, de emoción, de colorido. Grandes masas de sombra envuelven los detalles de aquel cuadro de tonos sutiles y raros. Las túnicas rojas de los Cristos, las luces amarillentas de los cirios, los hábitos negros o morados de los nazarenos, el dorado o la plata de los pasos—todo ello envuelto en las sombras de la media noche apenas ate-

nuadas por los focos de luz eléctrica—, forman un raro conjunto de tonos que hacen recordar los cuadros de Valdez Leal.

Pero hay que asistir a la salida de otra procesión. En la plaza de San Lorenzo, absolutamente a oscuras, se apiña una enorme multitud silenciosa. Cuando el reloj anuncia las dos de la mañana, las puertas de la iglesia se abren. La procesión comienza a salir solemnemente. Es una cosa fantástica y lúgubre; sobre todo cuando aparece Jesús, con su rostro exangüe y doliente, llevando la cruz sobre sus hombros. Y en el silencio intenso, en la oscuridad siniestra sólo turbada por las flacas luces de los cirios, bajo la noche sin estrellas, estalla una saeta, una quejumbrosa y angustiosa saeta que una mujer dirige al Cristo dolorido, con todo su fervor simple y su hondamente bello y espontáneo arte de cantar. Y ahora yo pregunto: ¿no parece todo esto un cuadro de Valdez Leal?

Constituye otro momento culminante de la Semana Santa sevillana la ejecución del *Miserere* de Es-lava. Son las diez de la noche. La catedral, que desborda de gente, sólo está iluminada por alguna que otra pepueña vela colocada contra los pilares de las naves. Es un espectáculo fantástico, de una belleza imponente. Los formidables pilares cobran, a la escasa luz de las velas, una grandeza irreal. Los



velos de los altares difunden su tristeza luctuosa y las luces dormidas del altar mayor se reflejan suavemente sobre las rejas de hierro, «como en la Concepción de Rembrandt del templo de Jerusalén» al decir de sir Havellock Ellis.

Las puertas están todas abiertas y algún vecino foco de luz eléctrica penetra desde la calle en el interior de la iglesia. Las procesiones esperan frente a las puertas de la catedral, y los sones del tambor, de la fanfarria y de la marcha fúnebre de la cofradía que se aleja, suelen mezclarse con las frases del *Miserere*, que llegan hasta la calle vagamente y apagadamente. Es una escena grandiosa y extraña que haría pensar en Poe o en Baudelaire (1) si no existiese en España Valdez Leal.

Hay más aún, y es la procesión del Santo Entierro. Consta de dos pasos. Uno representa el cadáver de Jesús, yaciendo dentro de un bello féretro con paredes de cristal. En el otro, el esqueleto de la muerte lleva la inmensa guadaña en la mano y se sienta sobre el globo mundial. Como se ve, es lo esencial del cuadro *In ictu oculi*, y además tales imágenes funerarias conducen lógicamente a pensar en los tristes destinos de nuestra pobre carne, en el fin de las glorias del mundo.

\*\*\*

---

(1) Havellock Ellis.

Si efectos iguales derivan de una misma causa, todo esto no tiene sino un solo origen: la concepción profundamente castellana de la religión y de la vida. En los días de ahora la fe va disminuyendo, y por eso aquella Semana Santa, no realizada siempre con el fervor íntegro de antaño, nos parece a primera vista, y en el ambiente de la clara Sevilla, algo incomprendible, extraño y aun absurdo. Las gentes superficiales, las que no indagan las razones de las cosas, afirman que tal fiesta es una mascarada, un carnaval que sólo se hace con el fin de atraer el dinero de los visitantes, pues en Sevilla, según ellos, no existe el espíritu religioso. Pero estas gentes han percibido de Sevilla apenas la alegría exterior, no la seriedad, no la íntima tristeza, no la religiosidad que en el alma del pueblo perdura todavía (1). Valdez Leal, descubriéndonos y explicándonos todo ello, es un tesoro y un guía para el artista. Nos lleva al Hospital de la Caridad; nos muestra el alma atormentada y austera de Mañara en los *Jeroglíficos de las Postrimerias* por él inspirados y en un magnífico retrato de su persona que guarda la sacristía de la iglesia; nos hace ver el espíritu grave

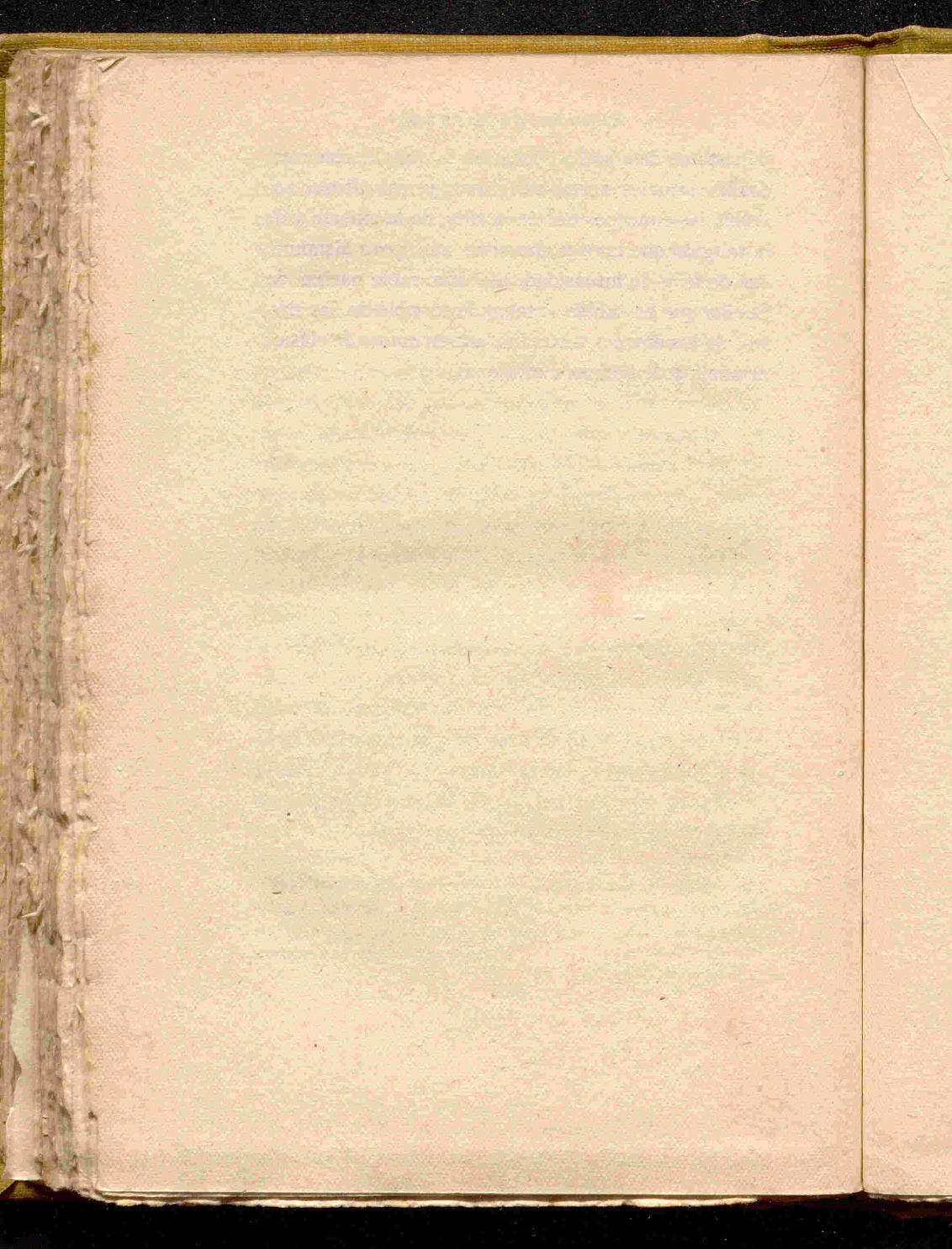
---

(1) He visto en la iglesia de San Gil, donde se venera una Virgen llamada la Macarena, la emoción, a veces expresada en lágrimas, con que personas de la clase media y del pueblo cantaban saetas a la imagen.



### El solar de la raza

y cristiano de aquella época, en la que fueron creadas las actuales fiestas religiosas; y, por último, nos revela las concepciones de la vida, de la muerte y de la religión que tuvo y conserva aún, pero disminuídas de fe y de intensidad, ese admirable pueblo de Sevilla que ha sabido atenuar lo terrible de las tristes, de las eternas verdades, con un manto de clásica armonía y de belleza meridional.





LA ESPAÑA VASCONGADA

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



## LOS PUEBLOS VASCOS

A José María Salaverría.

**S**IENTO hacia el pueblo vasco una honda simpatía. Me encantan su historia, sus leyendas, sus instituciones, su espíritu, sus costumbres. Viajar por aquellas aldeas trepadas en los Pirineos, por los pueblecillos costeros del Cantábrico, por las verdes campiñas de Guipúzcoa, por la austera y árida Navarra, ha sido para mí un placer nuevo y fecundo. ¿Cómo no amar íntimamente los caseríos montañoses, con su gran cruz de madera negra a la entrada, su pequeña plaza y en ella la cancha de pelota y la iglesia cementerio; las montañas graciosas cubiertas de pinos y los campos siempre verdes, con sus pomares y maizales; las leyendas arcaicas y los épicos recuerdos de Roncesvalles; las historias de aquellas bruje-

rias que afamaron al monte Aquelarre, y los relatos románticos y tristes de las bellas guerras carlistas; los cantos añejos, los graves bailes antiguos como el aurreasco y la guerrera danza de las espadas, las improvisaciones de los versolaris, el alarido salvaje de los *irrintzis* cuyos ecos despiertan las montañas en las horas nocturnas; los partidos de pelota, en los que a una intrepidez y a una energía admirables se alían actitudes de rara belleza escultural; las casitas blancas y pintorescas con techos de tejas; los fuertes pueblos marítimos con su olor a pescado y a humedad, sus iglesias ennegrecidas, y aquellas redes inmensas y aquellas grandes velas de colores que las gentes componen en las calles; los caserones blasonados de Hernani y de Fuenterrabía; los santuarios ilustres en las cumbres de los cerros, las iglesias veneradas, las fiestas religiosas y populares como la de Azpeitia en el día de San Ignacio; los pueblecillos de Guipúzcoa con sus callejuelas austeras y tristes cuyos nombres están escritos en vascuence, y cuyas casas apretadas, de frente lóbrego, tienen en las puertas la imagen del corazón de Jesús o la del gran santo vasco; los tipos de la raza, su mismo idioma rudo y viril; y finalmente, el árbol de Guernica, el *arbola santuba*, el roble augusto que es aún, en su decrepitud milenaria, el numen sagrado de aquel pueblo?

\* \* \*



Los vascos son, en cierto sentido, los fundadores de la energía argentina. Ellos crearon la *estancia* y contribuyeron a vencer al desierto; han sido los verdaderos *pioneers* de nuestra civilización. Aun hoy, vascos millonarios colonizan y pueblan de estancias las regiones extremas del país. Su audacia los lleva a todas partes antes que a los demás. El número de apellidos éuscaros es incalculable en este país, sobre todo entre las familias coloniales, y la mayoría de nuestros hombres descollantes tienen sangre vascogada. Entre los conquistadores abundaron los vascos, y vasco fué Don Juan de Garay, el fundador de Buenos Aires (1).

A los libres hijos de Euscaria debemos nuestro amor a la libertad. Muchos hombres de la Revolución descendían de vascos, y vascos genuinos como Larramendi simpatizaron con los que luchaban por la independencia de la colonia. Pero hay más: los vascos influyeron, sin duda alguna, en el arraigo y poderío en estas tierras de las instituciones municipales. Así lo observa Sarmiento, quien hace notar las relaciones de semejanza entre los Fueros de Viz-

---

(1) El escritor vasco Francisco Grandmontagne ha llamado a la alta sociedad porteña «la aristocracia del tarro», aludiendo al gran número de familias que descienden de lecheros vascos. En la ciudad de Salta, núcleo social muy importante y predominante, casi no hay persona de representación que no lleve apellido éuscaro.

caya y las actas de fundación de algunas ciudades argentinas. «Es imposible, dice nuestro gran hombre, que estos mismos vizcaínos avecindados de más de un siglo no trasmitiesen a sus hijos criollos el sentimiento de desapego a la corona de España y a sus instituciones de gobierno político».

A los vascos debemos también el no haber perdido por completo el sentimiento de la naturaleza. Mientras los castellanos odian el árbol, los vascos aman el árbol y el paisaje. Quien viaja por España se asombra no ver allí lo que es harto común en toda Europa: bosques. La desolación de aquellas tierras impresiona. Sus habitantes, se dice, convirtieron en páramos los campos antes boscosos. Sólo en el norte no es así. Las provincias vascongadas forman un bosque ininterrumpido. En nuestro país cierto vasco extraordinario realizó una inmensa fortuna sólo plantando árboles. Y otro vasco me aseguraba que en nuestras pampas, hace cuarenta años, se conocían las estancias de los vascos por sus magníficas arboledas.

Los vascos han influido también en nuestras costumbres. El juego de la pelota sólo existe en el Plata y en los Pirineos. En nuestros colegios, en nuestras plazas, era hasta ayer el juego preferido por los niños, y en este Buenos Aires cosmopolita quizás ningún espectáculo ha apasionado más al público como



aquellos grandes partidos de pelota que tanto amaba Sarmiento (1).

\* \* \*

No se ha meditado lo bastante sobre el casticismo y la energía de los vascos. ¿Cómo se explica que los vascos, habiendo resistido a toda mezcla de razas, parezcan tan fundamentalmente castellanos? ¿Por qué los vascos, sin tener nada de fenicios, cartagineses, romanos, godos y árabes, se asemejan espiritual y hasta físicamente a los castellanos, que no son sino una mezcla sucesiva de los hispanos primitivos con todas aquellas razas? Yo propongo el problema a los escritores que, como Sarmiento, consideran al resto de España absolutamente musulmanizada. En cuanto a la teoría sustentada por Don Telesforo de Aranzadi de que los vascos son los primitivos pobladores de España y pertenecen a la misma familia étnica que los bereberes, me parece una simple suposición aun no probada.

---

(1) La palabra *gaucho*, sobre cuyo origen tanto se ha discutido, ¿no derivará de la vascuence *jauncho* que quiere decir *cacique*? Ambas sugieren ideas muy análogas. También creo hallar el origen de nuestras payadas de contrapunto en las justas de los versolaris. Estos improvisadores cantan de a dos, uno contra otro, con una melodía que se desenvuelve y varía casi idénticamente a lo que aquí llamamos el canto por cifra.

Los vascos son tan fundamentalmente castizos que casi todos los hombres insignes, los representativos de su raza, lo son también del espíritu castellano. Unamuno dice que los vascos son dos veces españoles. Ello es que no hubo un vasco más vasco y a la vez un espíritu más castellano que Ignacio de Loyola. El mismo Unamuno concreta en su propia obra, y en grado intensísimo, las más genuinas cualidades del alma castellana. No tiene la España de hoy una mentalidad que represente mejor su actual momento espiritual, salvo quizás el pintor Zuloaga, vasco también. En otra parte he dicho de Unamuno y de Zuloaga que eran respectivamente el filósofo y el poeta de la decadencia castellana. Ambos sintetizan en su obra lo que me parece característico del actual momento espiritual de España: la inquietud. La obra de Unamuno es la síntesis filosófica de esta inquietud castellana que Zuloaga ha traducido en arte. La inquietud es siempre fecunda, y cuando ella llena una época de transición, hay que esperar, para los días subsiguientes, resultados magníficos. ¡Quién sabe si de esta inquietud española no nace una nueva excelencia del espíritu humano! Del mismo modo la masa necesita su largo leudar, es decir, la inquietud de su materia, para tornarse en pan.

Cualidad inapreciable de los vascos es también, como dije, la energía. Pueblo casi primitivo, y en



cierto sentido semicivilizado, a pesar de lo admirable de sus instituciones, de la nobleza de su carácter y de su honestidad tradicional, comienza a agregarse ahora a la moderna civilización. No viene con esfuerzos pujantes sino de modo lento, casi tímido, pero eficacísimo. Los vascos van asumiendo en España todas las actividades y descollando en ellas asombrosamente. Han producido una extraordinaria generación de escritores y por medio de ella están dando ideas a España. En arte, además del gran Zuloaga, cuentan los vascos con buen número de excelentes pintores.

En cuanto a energías materiales, las provincias vascongadas han adquirido un enorme desarrollo industrial. Hay ciertos trayectos ferrocarrileros en que el tren va entre fábricas. Bilbao, la ciudad del hierro, señala en España la mayor intensidad de trabajo. Las gruesas chimeneas; los grandes buques que cargan el mineral de hierro; el humo que ensucia las casas y el aire, y que, a la noche finge un colosal incendio sobre los altos hornos; el estrépito diario y el silencio de la noche muestran el hervor de fuerte y rudo trabajo en la burguesa capital de Vizcaya.

La energía vascongada no es de ahora. Recordemos la vida extraordinaria y hazañosa de Don Juan de Garay, de Irala, de aquel estupendo Juan Sebas-

tián Elcano que en un barquichuelo dió, primero que nadie, la vuelta al mundo. Y basta sobre todo nombrar a Ignacio de Loyola cuya vida singular es uno de los más formidables ejemplos de energía que se conocen sobre la tierra. Pero esta energía vascongada, aunque tradicional y milenaria, vivía limitada a ciertas actividades: la guerra facciosa, la piratería, el contrabando, la política, el juego de la pelota, la religión. Ahora el mundo de las actividades se ensancha para los vascos prodigiosamente con su incorporación a la vida moderna. La suma de energías que en aquella raza se han ido acumulando constituye un tesoro para España. Es como si este país hubiese ahuchado fuerzas para el porvenir. Los vascos son la caja de ahorros de España.

\* \* \*

Creo que ellos tienen en sus manos la restauración de la grandeza española. Adaptables como ningún otro pueblo, pueden, mezclándose con los castellanos, infundir a éstos su energía. Pero aquí está el problema. Los vascos, apenas se mezclan con los castellanos; y esta actitud zahareña, si bien puede conducir a una espléndida reserva de raza, es necesario por el momento que desaparezca. Hay en el pueblo éuscaro un terco fanatismo étnico que le tiene recluido en sus montañas y fortificado en su idio-



ma, que si es bello también es inútil, pues no puede ser conductor de ideas ya que sólo lo entienden doscientas mil personas. Es cierto que los vascos van saliendo de su aislamiento. Pero se trata de la escasa rama audaz y expansiva de la familia vascongada. Queda siempre retraída y clausurada en sus hábitos simples la gran masa austera, fanática y reconcentrada.

La esperanza española, sin embargo, debe poner sus miradas en el pueblo éuscaro. Si los vascos han contribuido a crear la fuerza de la Argentina, del Uruguay, de Chile, ¿por qué no han de poder animar también los músculos cansados de España e infundir nuevos vigos a la energía de la vieja estirpe?

El Árbol de Guernica es una ruina dolorosa. Su vida milenaria no existe ya. Es un cadáver, un tronco seco, el árbol que todavía veneran los hijos de Vasconia. Y ahora yo digo: puesto que vuestro *emanda zabalsazu* es todo símbolo, ¿no creéis, vascones, que haya en su muerte también un símbolo? ¿No significará que el alma vascongada debe desaparecer para fundirse en la gran alma española? ¿No pensáis que llegó el momento de abandonar aquellas tradiciones que entorpecen vuestro camino hacia adelante, de aprender otra lengua para comunicaros con otros pueblos, de haceros españoles definitivamente?

Manuel Gálvez

Este escritor argentino que también lleva en su sangre algo de la vuestra, desearía veros abandonar el aislamiento que tanto amáis y hundir vuestros corajes en la presente fiebre de labor. Yo hago votos por que esto sea así; porque en los campos de Euscaria ya no resuene el grito de los *irrintsis*, sino el aullido de las locomotoras y el tumulto fecundo de las fábricas; por que vuestra pujanza dé nuevo aliento a España, y por que, finalmente, borradas las profundas diferencias regionales, contribuyáis a hacer una gran raza amalgamando vuestras energías con el espíritu místico de los castellanos, con el genio latino y práctico que sintetiza Barcelona y con la gracia armoniosa y encantadora de la solar Andalucía



## II

### DE GUERNICA A ONDÁRROA

*A Darío de Regoyos.*

**L**A tarde estaba débilmente dorada; ya apenas había sol. La carretera, blanca como papel, subía y bajaba lo mismo que si fuese una montaña rusa. Nosotros—yo viajaba con un amigo artista,—desde el carruaje en que subiéramos en Guernica, veíamos el camino hundirse en larga inclinación o levantarse hasta tocar el cielo. Hacía un fresco delicioso que contribuía al encanto de aquel paisaje claro, sereno, de colores vivos y alegres. A ambos lados de la ruta todo era campo verde y ondulado. Más lejos, a derecha e izquierda, sierras diminutas cortaban graciosamente la campiña. Aquí y allí casitas vascongadas, de techos de tejas, grandes muros blancos, ventanas pequeñas y balconillos de

madera, salpicaban, sembrando casas de juguete, la matizada mancha verde de los sembrados.

Veníamos de Guernica, como he dicho. Habíamos contemplado, con respeto y con un poco de emoción, el árbol patriarca, el roble secular cuya vejez milenaria parece concretar el espíritu de la raza éuscara; y habíamos visto la vieja y melancólica guitarra a cuyas cuerdas hoy silenciosas, José María Iparra-guirre, el poeta errante que tanto se asemejaba a nuestros payadores, hiciera antaño estremecer en aurescos graves, en heroicos *espata-danzas* y en la eglógica melodía del *Guernicaco Arbola*.

Después de una hora de ruta llegamos a la isleta de Chacharramendi, situada entre los brazos de una ría que sólo se unen para desaparecer, entre dos promontorios, en el mar. Recorrimos la ría en un bote. La hora era evocadora y lánguida. Iba a anochecer. Los promontorios reflejaban sus masas oscuras en las aguas tranquilas. Un banco de arena, como un puente a ras del agua, entre los promontorios impedía pasar al mar. Se sentía un dulce sosiego un deseo de dejar correr la vida, lejos del mundo, en aquella paz trivial. Luego la marea cubrió el banco de arena y las montañas se volvieron sombrías.

Al otro día tornamos a Guernica, donde subimos en la mensajería para Lequeitio.



### El solar de la raza

La ruta, desde Guernica hasta Deva y especialmente entre Lequeitio y Ondárroa, es llena de encantos. Cada una de sus vueltas, innumerables y casi siempre bruscas, descubre el mar bajo las barrancas a pico, o la hondonada profunda de algún valle, o empinadas laderas boscosas que, insinuando delicias de égloga, aparecen tiernamente verdes, primaverales de fragancia y de frescura. Pero estos paisajes, como casi todo el paisaje vascongado, carecen de carácter. Son paisajes triviales que ni sugieren ni emocionan. En el país vasco el carácter reside en los pueblos, en los tipos humanos y en las costumbres tradicionales.

Lequeitio es un pueblecillo de pescadores, con callejuelas encajonadas que huelen fuertemente a pescado. La parte del pueblo que enfrenta al puerto parece una decoración de teatro. Las casas son de seis pisos, pero pobres y sucias; tienen techos de tejas a dos aguas, e innumerables ventanas y balcones de madera donde colgaban piezas de ropa blanca y telas de los colores más diversos. A mediodía el sol, reverberando sobre las vistosas telas, exageraba el cromatismo de aquel cuadro impresionista en el cual las únicas sombras salían de los agujeros de las ventanas. Las telas, movidas por la brisa, se ahuecaban y abombaban sin cesar como los telones en los escenarios; y se diría que esta agitación imprimía

movimiento a todo el cuadro y una vibración mayor a los colores. En el puerto se balanceaban pequeñas barcas solitarias, y en el muelle había una inmensa red tendida. No falta el inevitable fondo de montaña, y hay también una plaza con grandes árboles en hileras y una iglesia tosca y grave que estiliza el paisaje. Los hombres, todos solemnes, de facciones pronunciadas y duras, tienen cierto aspecto teatral que coincide con el cuadro. Rincón propicio para cavatinas y arias de ópera, tal vez no se oye allí otra música que aquel zortzico del día de San Juan, donde el tambor acompañante, como una larga sombra ininterrumpida, monotoniza y entristece la melodía; y aquella música bárbara rugida por la esquiliana orquesta del mar, a cuyos compases convulsos las mujeres que aguardan a los pescadores acuerdan sus angustias, formando, en las viviendas miserables, como un inmenso y silencioso coro trágico.

Ondárroa se parece a Lequeitio, pero es más pintoresco y le supera en carácter y en poesía. Es también más vascongado y más marítimo, lo cual le da mayor pureza. Lequeitio está algo castellanizado; en él abundan las casas de tipo moderno, se habla menos el vascuence y hasta existen señoriales villas de veraneo. Ondárroa, compuesto, casi con exclusividad, por familias de pescadores y marinos, es un baluarte de la raza éuscara y una síntesis de su faz



## El solar de la raza

aventurera y marítima. Allí se conserva íntegro el espíritu de la Vasconia (1).

He conocido pocos pueblecitos tan deliciosos como Ondárroa. Su río melancólico donde se reflejan las barrancas boscosas, dando a las aguas intensos y profundos verdes; aquellos largos muelles que envuelven en parte al pueblo y por donde pasean hombres de rostros como tallados toscamente en madera por un artista vigoroso y genial; los puentes arcaicos; las callejuelas interiores que a cada paso sugieren un tema de agua-fuerte y resucitan recuerdos de las aldeas kabilas; las barcas, que puestas en hileras parecen soñar con tristeza la libertad del mar; las mujeres, sanas, bellas y robustas; la iglesia, maciza y ruda, que, edificada en la parte alta y en el centro del pueblo, destaca toda su mole enorme, tosca y sombría sobre las casas del puerto; las velas de colores, que aquí y allí contrastan con la gravedad y el tono ennegrecido del ambiente; todo nos penetra de encanto y añoranza, nos induce a la melancolía y al ensueño. Parece que allí hubiera penetrado el misterio del mar, y que allí viviera y allí todo lo envol-

---

(1) Las gentes de Ondárroa no se casan sino con personas de su raza, y en ninguna parte como en este pueblecillo de pescadores se desprecia tanto al «maqueto», es decir, al castellano, al español que no es vascongado. Las casas de Ondárroa son todas típicamente vascongadas.

viera él. ¡Ah, es preciso, si se quiere comprender un poco el mar, contemplarlo desde estos pueblos recogidos e íntimos! Porque este mar, siendo el mismo que vemos desde San Sebastián o Biarritz, nos resulta aquí muy otro. Estos pueblos triviales no nos infunden cariño hacia el mar; en cambio Ondárroa nos lo hace amar con todo el corazón. El mar desde un trasatlántico nos da una impresión literaria y falsa; desde una playa elegante, visto entre las caricaturescas semidesnudeces de los bañistas, cocotas embadurnadas y groseros burgueses extasiados oyendo *La viuda alegre*, no nos habla al alma. Pero el mar visto desde Ondárroa es el mar que yo diría humano, el mar con sus peligros y sus misterios, el mar de los piratas y el de los pescadores, el mar bueno, pues da de comer a las pobres gentes, y a la vez cruel porque se complace en producir angustias y miserias, creando una forma inevitable y terrible de dolor humano. En Ondárroa la imaginación se llena también de aventuras, y se recuerdan las leyendas de aquellos vascos intrépidos que antes de Colón venían a América y las historias de los vascos piratas que ha narrado Baroja. Se quisiera navegar por los mares en aquellas barcas de inmensas y bellas velas de color; se siente la nostalgia del mar de antaño: el mar romántico, el mar misterioso, el mar legendario.



### El solar de la raza

Yo he estado en Ondárroa cuando los hombres habían ido a la pesca del atún. No quedaban sino los viejos. Eran tipos extraordinarios: musculosos, altos, elegantes, naturalmente distinguidos, de andar lento y cadencioso, de mirada lejana y de facciones angulosas, duras y al mismo tiempo bellas. Paseaban melancólica y displicentemente por los muelles; a veces se apoyaban sobre la baranda, tendían sus miradas tristes hacia la lejanía del mar y allí se estaban inmóviles, silenciosos, quién sabe cuánto tiempo. Las muchachas, fuertes y con cierto aire varonil, componían redes sentadas en el suelo. Los chiquillos bajaban por las escalerillas de los muelles y se metían en el agua. Los hombres y los muchachos apenas hablaban; las voces de los chicos resonaban lentas, claras, musicales en aquel tranquilo ambiente marítimo.

No conozco ningún pueblo que tenga tanto carácter como Ondárroa, sobre todo en el sentido pictórico de la palabra, y ante sus paisajes, sus gentes y los innumerables rincones de agua-fuerte de su ambiente originalísimo, uno lamenta no ser pintor.

El carácter de Ondárroa se acentúa por su unidad extraordinaria. Todo, dentro de una gran variedad contribuye a dar la misma sensación, o mejor a intensificarla y a exaltar la cualidad dominante del pueblecillo: su masculinidad. Si algunas ciudades pue-

den ser comparadas con mujeres—así Sevilla o Venecia—, a Ondárroa no es posible considerarla sino como un hombre: un hombre fuerte, sano, sin afeminamientos, todo músculos y robustez, sobrio, energético, rudo y violento a fuerza de ser varonil. El paisaje circundante y los paisajes interiores son pronunciadamente masculinos con sus líneas precisas, energicas, y sus colores secos, sin desvanescencias, voluptuosidades ni dulzuras.

Estos vascongados de la costa—los de Motrico, Lequeitio, Bermeo y Ondárroa principalmente—, expresan en ruda belleza un tipo insuperable de humana energía. Hay energía en la audacia aventurera de estas gentes, en su empeño de dominar el mar a músculo y coraje, en sus rostros, en su cuerpo todo que se diría endurecido y aun tallado por la tenaz labor del mar. Y yo creo que hay energía hasta en el fanatismo de la raza y hasta en su orgullo, ¡aquel orgullo heroico y castizo que se concreta en el tradicional escudo de Lequeitio: *Reges debelavit, horrenda cete subiecit, terra marique potens, Lequeitio!*



### III

## RONCESVALLES

AQUELLAS voces misteriosas que viven subterráneamente dentro de nosotros, me hablaban de Roncesvalles sin cesar, susurrándome, en abejo tenaz, la canción del heroísmo.

Dejé San Juan Pie del Puerto en una mañana fresca, un poco nublada. La mensajería comenzó a subir la ruta de Arneguy costearo el Nive de Beherobia. Después de una hora de marcha habíamos traspuesto la frontera, bajado en una venta que transcendía a contrabando, y llegado a la aldea de Valcarlos. Desde la plazoleta de Valcarlos, la vista se hundía en un abismo casi perpendicular, y abarcaba, hacia la derecha y hacia la izquierda, extensiones inmensas. Debajo, aldehuelas y caseríos vascos blanqueaban como rebaños dispersos.

Salimos de allí después de mediodía y entramos en el desfiladero de Valcarlos. Los caballos de la mensajería iban siempre al paso, y, a medida que ascendíamos, cumbres cada vez más altas se presentaban a nuestros ojos. No he recibido jamás una mayor impresión de grandeza. Desde donde estábamos, las cumbres engendraban la certeza de que tocaban el cielo. El conductor nos aseguraba que debíamos subir hasta el punto más elevado. Parecía imposible. Aquella inmensidad tenía algo de anonadador, de pavoroso. Uno se siente pequeño, infinitamente pequeño e insignificante en presencia de estas cumbres colosales. Se diría que a tales alturas cambia en nosotros el concepto del universo. El mundo se nos aparecía abajo en toda su pequeñez, y nos sentíamos lejos, muy lejos de las realidades humanas. Así han de mirar el mundo, por quién sabe qué divina conformación espiritual, los santos y los místicos. Así, seguramente, veían el mundo los primitivos, los Fra Angélico, los Van Eyck y los Roger Van der Weiden. Sus almas vivirían perpetuamente sobre quién sabe qué cumbres espirituales que nosotros no alcanzamos a imaginar.

La ruta daba vueltas sobre sí misma como formando lazos. El conductor, joven versolari, cantaba en vascuence con la tonada de las improvisaciones: melodía que recuerda el cuerno de caza. Cantaba



### El solar de la raza

con voz tímida y más bien baja, y su canto se perdía en la inmensidad dejando en el camiao como un aroma extraño, guerrero y primitivo. Hablábamos de la guerra carlista. Por esos mismos caminos había pasado tristemente aquella muchedumbre vencida y desilusionada que se llamó la *Deshecha*: el ejército carlista en desbandada que iba huyendo hacia Francia. Todos los sitios por donde pasábamos tenían nombres heroicos y sonoros: el desfiladero de Valcarlos, el alto de Caindela, las Peñas de Francia, Gainecoteta, la montaña de Altobiscar. Las Peñas de Francia—enorme muralla de peñascos—tenían el aspecto de una ruda y ciclópea fortaleza. Parecían levantadas por manos de hombre, y recordaban a las macizas y gigantescas construcciones romanas. Luego llegamos a la venta de Gorosgaray. Desde aquí, el camino ascendía entre peñas y hayas. Por fin aparecieron las ruinas de la Capilla de Carlomagno; estábamos en el más alto lugar de la cumbre: el puerto de Roncesvalles.

\* \* \*

El nombre casi legendario del gran Emperador de la barba florida, pronunciado en aquel sitio y en la hora crepuscular, nos introduce en plena leyenda. Desde este instante uno se dispone a creerlo todo. Así, no se duda de la autenticidad de las cosas con-

servadas en la Colegiata: las mazas de Rolando y Oliveros, las pantuflas del Arzobispo Turpin, el más peregrino Arzobispo que tuvo la Iglesia. Tampoco se duda de que las miserables ruinas que hemos visto son efectivamente las de la capilla del Emperador; ni que la capilla del Espíritu Santo ha sido levantada en el propio lugar donde fueron enterrados los valientes de Carlomagno; ni que en ella se dicen misas por las almas de los doce pares, aunque un canónigo de la Colegiata y caballero de la orden de Roncesvalles me asegurara, contra la información del *Baedecker*, que allí no se decían tales misas, por lo cual desde entonces ha aumentado mi admiración hacia estas guías a las que nunca creí capaces de tan bellas mentiras.

¡Ah, las leyendas! Hay que creerlas sinceramente, ingenuamente. Desgraciado del viajero que no cree en las leyendas, de ese pobre hombre incrédulo que las considera como absurdas patrañas. Él no encontrará en sus viajes sino hastío y sequedad, el propio hastío y la propia sequedad que lleva dentro de su alma.

De Roncesvalles, ya casi de noche, fuimos a pie hasta Burguete. El camino era una umbrosa calle orillada de altos árboles, y se hubiera dicho que en ella todo el misterio de la hora se concentraba y espesaba. A nuestras espaldas, la Real e insigne Colegiata levantaba su enorme fábrica. Hacia adelante



### El solar de la raza

sólo se veían grupos de árboles. Por fin, después de largo andar, apareció Burguete, como hundido en la sombra. Era ya noche cerrada, y en todo el pueblo no había una sola luz. Oscuras las calles, y oscuras, absolutamente oscuras, las casas. Era una extraña sensación que me hacía recordar las baladas alemanas, la serenata de Schubert. Las notas guerreras de la tonada de los versolaris venían a mi recuerdo, resonando en la noche como el llamado de los cuernos de caza.

Más tarde, en el lecho de una pésima fonda, yo recordada algunas figuras de aquellos romances castellanos donde se narra la historia de Rolando. Pero ninguna de estas figuras me infundía tanta simpatía como la triste y señorial doña Alda, la prometida de Roldán. Yo la veía rodeada de sus trescientas damas, todas vestidas y calzadas igual, hilando oro, tejiendo cendal y tañendo instrumentos para holgar a doña Alda. Yo veía a la dama narrando su «sueño de gran pesar», donde una aguililla que persigue a un azor lo encuentra bajo el brial de doña Alda, lo despluma con las uñas y lo deshace con el pico. Yo escuchaba la interpretación optimista de la doncella y me conmovía la triste confirmación del presagio: cuando llegan aquellas cartas que estaban por de fuera escritas con sangre y le decían «que su Roldán era muerto» en el campo de Roncesvalles.

Luego, la propia gesta de Roncesvalles vivió en mi imaginación.

\*\*\*

La pelea comienza. Los valientes de Carlomagno, formidables de coraje, sienten crecer sus corazones bajo las armaduras de hierro. Crujidos de lanzas que se rompen, estrépitos de férreos escudos que chocan, los *Montjoie* de los franceses gritados en furor, todo forma un estruendo incesante y que, como un ritmo bárbaro y heroico, rige el combate llenando de épica sonoridad el campo del encuentro. Rolando, Turpin, los doce pares, combaten bravamente. He aquí que, comenzando la lucha, el paladín pica su caballo, lo larga a toda furia con las riendas sueltas, llega a donde su enemigo, le da el más rudo golpe de su lanza, le despedaza el escudo, le desmalla la cota, le rompe los huesos, le separa el espinazo de la espalda y de un último golpe le abate muerto después de cortarle el cuello en dos pedazos. Gerier hunde su venablo en las entrañas de su enemigo y le traspasa. A otro, el duque Samsón le corta el corazón, el hígado, los pulmones y le voltea muerto mientras el Arzobispo exclama: ¡he aquí un golpe de varón! La lucha se enardece haciéndose «maravillosa y confusa». Rolando, con Durandaina su espada, la bien tajante, hace una matanza de enemigos; su cota y



### El solar de la raza

sus brazos sangran. Oliveros blande Altaclara, raja en dos mitades la cabeza de un rival y de todas partes se grita: ¡*Montjoie!* Dura es la contienda. Dulce Francia pierde a sus mejores caballeros y el campo se encombrea de lanzas rotas, de gonfalones en colgajos, de cuerpos despedazados. Más de mil golpes da Turpin, los franceses guerrear fieramente; en la llanura, los que buscan a sus muertos lloran de dolor. En tanto sobre toda la Francia se derrumba una horrible tempestad, con huracanes, truenos, rayos, lluvias, granizos, terremotos. Las murallas de las ciudades revientan, las tinieblas entenebrece el día y sólo hay claridad cuando el cielo se hiende. Las gentes, ante el espantoso espectáculo, creen que llega el fin del mundo: ignoran que todo no es sino el gran duelo de la tierra por la muerte de Rolando. La batalla se vuelve aciaga para los franceses. Oliveros quiere llamar al Emperador, y Rolando, accediendo por fin, hace sonar el olifante con toda su fuerza y el sonido se prolonga sobre las altas montañas y hasta más de treinta leguas llegan sus ecos. La pelea no cesa. Oliveros, golpeado de muerte, continúa con su Altaclara desmembrando en la lucha los cuerpos de sus contrarios y arrojando cadáver sobre cadáver. Muere Oliveros, y Rolando contempla el desastre. Las gentes de España han devastado su ejército, y Dulce Francia ha perdido sus me-

jores servidores. Pero aun sigue aquella justa épica. El Emperador de la barba florida se acerca; ya se oyen las claras trompetas de Francia. El caballo de Rolando cae muerto sobre el paladín, y Rolando está herido mortalmente. Turpin cae también para siempre, y Rolando, que ve su hora final, se acuesta sobre la hierba, bajo dos bellos árboles, y allí queda, sin sentido. Todavía vuelve en sí, y con su olifante golpea a un enemigo que le ataca, le destroza el yelmo, le parte la cabeza, le ultima a sus pies. Todavía puede llorar la suerte de su espada Durandaina, de Durandaina la blanca y la clara, con la que conquistó la Bretaña y el Anjou, el Poitou y el Maine, la Normandía, la Provenza, la Aquitania, cien regiones más. Todavía recuerda la Dulce Francia, el Emperador, los caballeros de su linaje. Y bajo un pino, su vida épica se extingue.

Esta fué la batalla según la leyenda francesa. Pero ¿quiénes eran «las gentes de España»? ¿Eran acaso los soldados de Marsilio, el bravo Abdelmelik, wali de Zaragoza? Yo prefiero creer que la gentes de España no eran musulmanes sino vascos. La historia así lo supone. Y sobre todo, que es más bella la tradición éuscara que la francesa.

Yo sentía un encanto singular imaginándome la batalla según la leyenda vascongada. En aquel día trágico se oyen los aullidos de los lobos en Altobis-



car. Los alaridos de los *irrintzis* hacen temblar las montañas y traspasan los valles profundos. «Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; se viene aproximando por las rocas de derecha a izquierda; es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de la montaña; han tocado sus cuernos de buey y el Etcheco-Jauna aguza sus flechas». Tal habla la canción vascogada, la *Altabizaren cantua*. «Unamos nuestros nervudos brazos, dice más adelante, arranquemos de cuajo estas rocas: lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas; aplastémoslos, matémoslos.» ¡*Leherdet zagun; herioaz oidetzagun!* Los vascos han respondido al llamado. Se apostan en las laderas y en las cumbres de Altobiscar y de Ibañeta; riscos y breñas les sirven de parapetos, y desde allí, entre los alaridos de los *irrintzis* y los sones de los cuernos salvajes—¡tal vez era la melodía que oí al versolari!—arrojan los peñascos sobre los franceses. Aquel formidable derrumbe de montañas aplasta al ejército de Carlomagno. Mueren sus más heroicos caballeros, muere Rolando el paladín. Mientras tanto los vascos persiguen a flechazos a los franceses; y los *irrintzis*, salvajes de triunfo, delirantes de bravura, se propagan por los valles, retumban en las hondonadas y llenan la comarca con su júbilo bárbaro. Aullan los lobos en Altobiscar, y en Roncesvalles yace

el ejército del gran Emperador de la barba florida. «Por la noche las águilas vendrán a comer esas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente».

\* \* \*

Al amanecer de nuestra noche en Burguete tomé la diligencia para Pamplona. La naturaleza, saliendo de Burguete, se torna más ruda y salvaje. Los árboles van raleando a medida que nos acercamos a Pamplona: la tierra es estéril, seca, triste. A pesar de ciertas diferencias, el paisaje desde San Juan Pie del Puerto hasta la capital de Navarra apenas varía de carácter; es siempre un ambiente que se diría creado para hechos heroicos. Es una tierra de heroísmo.

Después de algunas horas de viaje entrábamos en Pamplona. Aquí también sus antiguas y fuertes murallas me persiguieron con imágenes del viejo heroísmo español. Junto a esas murallas que conocen tantos sitios militares y tantos combates, fué herido uno de los más heroicos hombres que existieron jamás, aquel que ha sido, según el admirable Oliveira Martins, la mayor figura épica de España en el siglo xvi: Íñigo de Loyola. Nadie en tan alto grado como él, reunió en su persona estos dos heroísmos: el heroísmo exterior y humano en los combates con-



### El solar de la raza

tra los hombres, y el heroísmo interior y casi divino en los combates contra sí mismo.

Me alejé de aquellas tierras con la lógica emoción que otro heroísmo moderno había despertado en mi alma. Desde San Juan Pie del Puerto hasta Pamplona, en las fondas, en las diversas diligencias, en las calles, en los caminos, hallábamos gentes que nos hablaban de la Argentina. Unos tenían allí sus hijos; otros sus hermanos; otros retornaban, o simplemente, después de una ausencia de años, venían a visitar sus aldeas natales; otros pensaban marcharse cuanto antes. Las montañas heroicas se despoblaban en beneficio de la Pampa—heroica también a su modo en otro tiempo más cercano,— y ni en los campos ni en los pueblos quedaban ya hombres jóvenes. Y he aquí el heroísmo que me conmoviera: el de tantos hombres audaces que abandonan todo, por el incierto porvenir en un país lejano que desconocen. Pero mi patria, que no ignora la virtud del heroísmo, sabe recompensarles sus corajes.

Y al dejar Pamplona pensé que otra cosa fuera España si, decidiéndose a dejar para siempre sus sueños de conquista, matara al Cid que lleva dentro y reemplazara el heroísmo militar en África por el heroísmo del trabajo en sus gloriosas tierras.





#### IV

### EL PAÍS DE LOYOLA

**H**AY lugares sobre la tierra donde, con toda evidencia, vemos vivir aún, penetrándolo y llenándolo todo, el alma del hombre insigne que allí antaño habitara. Se diría que los actos, las ideas, los sentimientos del genio vagan por las calles de la ciudad y dirigen sus destinos como los viejos númenes tutelares. Se comprende ante esta realidad, la razón de la Iglesia al instituir como patronos de las ciudades a los santos que nacieron o vivieron en ellas. Y los santos son los seres más representativos de un pueblo, los que mejor encarnan el alma de una raza, lo que en ella hay de eterno. Cuanto más alta es la jerarquía espiritual de los hombres, con mayor plenitud acuerdan sus almas con lo fundamental de su pueblo. Así el poeta es más representativo que el

político, el músico más que el poeta, el santo más aún que el músico.

Pero el artista no se aísla del mundo exterior, sino por instantes. El santo en sus transportes, en cambio, queda ajeno a las influencias del mundo, aun de su voluntad, «porque el santo es inmutable e inaccesible a toda perturbación», dice Ricardo Wágner. Así, en la libertad de sus transportes, el santo siente penetrar en lo más hondo de su conciencia la esencia del mundo. Los hombres para sentirnos unidos íntimamente con el universo, necesitamos llegar a la abstracción absoluta de que sólo un Beethoven o un San Juan de la Cruz son capaces. Lo esencial, lo más hondo de una raza, sólo puede ser revelado por el arte de un músico, o por la vida de un santo. El poeta, el pintor, no llegan a la misma profundidad. Si queremos, pues, conocer profundamente el alma española debemos estudiar a sus santos. ¿Hay acaso alguna faz de aquella alma que no la revelen las vidas de Santa Teresa de Jesús, de Santo Domingo de Guzmán, de San Juan de la Cruz, de San Francisco de Borja y de San Ignacio de Loyola? Ellos sintieron el alma de la raza, en sus transportes se unieron con ella y la encarnaron en sus vidas prodigiosas.

En el pueblo de Azpeitia se siente vagar el alma de Iñigo de Loyola. La sentimos llenando las calle-



### El solar de la raza

jueles austeras y oscuras, protegiendo las casas familiares en cuyas puertas vemos la imagen del santo, hablándonos de su vida en cada rincón del pueblo, incitándonos a la virtud en la canción del Urola. Hasta se diría que de las montañas desciende sobre nosotros la palabra genial del santo. Iñigo de Loyola es el numen de Azpeitia.

\*\*\*

¡Hombre extraño e inmenso este Ignacio de Loyola! Es el espíritu más representativo de su raza vascongada y es también uno de los hombres más castizos que produjo España.

Tenía el alma de los caballeros andantes, y así han acertado quienes le compararon con Don Quijote. Cuando soldado demuestra afición a los libros de caballería; más tarde quiere acuchillar a un moro que le habla mal de la Virgen; en Manresa vela, como un Adamís o un Quijote, las armas de la fe; ¡aquellas armas con que había de vencerse a sí mismo en la más heroica lucha que sostuvo hombre alguno!

Su vida es uno de los más bellos ejemplos de la vida humana. Cortesano, gran señor, deja las blanduras de su vida por los ásperos caminos de Dios. En Manresa vivía a pan y agua seis días de la semana, y sólo el domingo tomaba algunas hierbas cocí-

das. Se mortificaba de tal modo que, «a veces por tres días, y alguna vez por una semana entera, no probó ni aun un bocado de pan ni una gota de agua». Se azotaba, rezaba ocho horas seguidas de rodillas. Y era enfermo del estómago. Y en medio de vida tan dura y atroz, todavía tuvo ánimo para escribir los *Ejercicios espirituales*, uno de los libros más extraordinarios que existen. Y apenas sabía leer y escribir. Más tarde, a la edad de treinta y tres años, empieza a estudiar. Cursa latín, artes, filosofía, teología. De Barcelona pasa a Alcalá, de allí a Salamanca, de allí a París. Anda vestido pobremente, vive de limosnas, soporta toda suerte de burlas y humillaciones.

Es una vida épica. Comenzó por luchar contra los hombres en las guerras del mundo. Pero luego comenzó otra lucha más cruel, más tenaz, más terrible: la lucha consigo mismo. Se infligió las más enormes penitencias para arrancarse de su alma la fuente del pecado. Luego, la lucha por el saber, a la edad madura, sin disciplina anterior, sin salud. Se necesitaba una voluntad inmensa, un heroísmo enorme. Mendigaba en Flandes durante las vacaciones, y con el dinero obtenido vivía un año en París mientras seguía los cursos en la Universidad. La fundación de la Compañía es una de las mayores hazañas de la época. Tuvo que luchar contra el clero, contra otras órdenes religiosas, contra privilegios y cos-



tumbres arraigados, contra la desconfianza y el desaliento producidos en las almas católicas por el avance del protestantismo. En todas partes surgían enemigos de la Compañía. Los padres fueron insultados en Roma, condenados por la Sorbona, expulsados de Zaragoza. Pero Ignacio continuó luchando y llegó a ver la Compañía difundida por todo el mundo. Con razón le llama Oliveira Martins—como dije—la más grande figura épica de España en el siglo xvi.

Tenía un portentoso conocimiento del mundo y de los hombres. Nadie supo mejor el camino de las tentaciones y el modo de vencerlas, y sus *Ejercicios espirituales* son uno de los más profundos libros de psicología que se conozcan. Por lo demás, la fundación de la Compañía de Jesús lo demuestra. Él conoció las necesidades de la Iglesia y fundó una orden práctica, combativa. Se adelantó a su época en varios siglos, pues el espíritu positivo de la Compañía parece cosa de estos tiempos. Si hubiera fundado otra orden poética, con coros y sentimentalismo como todas, habría sido una orden más y la Iglesia nada hubiera ganado con ello. La Compañía de Jesús salvó a la Iglesia y es hoy su más fuerte sostén. Su instituto forma un compendio de sabiduría práctica. Pocos hombres tuvieron como Ignacio de Loyola el sentido de la realidad. En la Compañía—una de las más grandes maravillas de organización y de disci-

plina—está patente su espíritu. Era también un político.

Como santo, alcanzó la cumbre de la virtud y de la humildad. San Francisco de Asís no fué más humilde. Cuando en su presencia se hablaba de cuán extendida estaba la Compañía por el mundo, o de otra cosa de la que resultaba elogio para él, se recogía en sí mismo y su rostro se llenaba de rubor y de lágrimas. «A la pobreza, dice Rivadeneyra, llamábala nuestra madre». Quienes ignoran su vida le consideran como un hombre duro, sin bondad, y creen que la Iglesia lo ha santificado sólo porque fundó la Compañía de Jesús. Ignacio de Loyola poseía un gran corazón: el corazón de un verdadero santo. Vengaba las ofensas con favores sin precio y pidiendo a Dios por su enemigo. Su caridad era inagotable. Vivía casi en un continuo llanto. Lloraba por los hombres, lloraba de amor a Dios. Durante cierta época de su vida no pudo pronunciar el nombre de Dios, ni oficiar la misa, sin que sus ojos vertiesen lágrimas. Igual cosa le ocurría al rezar el oficio, hasta tal punto, que hubo de perder la vista; por lo que el Sumo Pontífice, a ruego de los compañeros del santo, le dispensó de cumplir aquella obligación. Era todo compasión y misericordia. Como San Francisco, amaba a Dios en la naturaleza. «De ver una planta, una hierbecita, una hoja, una flor, cualquier fruta; de la



consideración de un gusanillo o de otro cualquiera animalejo, se levantaba sobre los suelos, y penetraba lo más interior y remoto de los sentidos, y de cada cosita de ésta sacaba doctrina y avisos provechosísimos para instrucción de la vida espiritual».

Él comprendió mejor que nadie la importancia trascendental que tiene para los hombres, y para la Iglesia, la práctica de la obediencia, y al imponer la más absoluta obediencia salvó a la Iglesia. Y él comprendió también la importancia de la organización y de la disciplina. Ahora, que el espíritu de libertad se ha exacerbado entre los hombres, y que una violenta anarquía los enloquece e inutiliza se ha comenzado a sentir la urgente necesidad de la disciplina.

Mauricio Barrés ha escrito un bello libro (1), en el que demuestra algo semejante. Al final, ya concluida la novela, hablan la pradera y la capilla. Es una síntesis de las ideas del libro. La pradera representa a ciertos personajes de la novela, seres inspirados que se apartaron de la Iglesia; la capilla es la Iglesia. La pradera es «el espíritu de la tierra y de los antepasados más lejanos, la libertad, la inspiración». La capilla es «la regla, la autoridad, el lazo, un cuerpo de pensamientos fijos y la ciudad ordenada

---

(1) *La colina inspirada.*

de las almas». Las palabras finales las dice la capilla y algunas son verdaderamente significativas. «Quien quiera que seas,—habla la capilla, es decir, la Iglesia, la disciplina—no hay nada en ti tan excelente que te impida aceptar mi socorro. Yo te pondré de acuerdo con la vida».

¡Te pondré de acuerdo con la vida! He aquí una profunda verdad. Sólo una norma puede ponernos de acuerdo con nosotros mismos, con el Universo, con la vida. Solamente siguiendo una norma, solamente por la disciplina podemos adquirir la verdadera libertad del espíritu. La incredulidad, la duda, son terribles infiernos. Es la disgregación, la dispersión de nuestro yo. Los que retornan a la Iglesia rehullan la unidad de su ser, es decir, la felicidad (1). El hombre que ha perdido la unidad de su ser vive en la inquietud. Carece de una ruta para andar por la vida, no sabe adónde dirigir sus pasos. El orgullo le impide a veces aceptar la disciplina que sería para él la salvación. ¿Y por qué este orgullo? ¿Ignora que nada hay en él de excelente que le prohíba aceptar el socorro de la Iglesia?

(1) Quien al leer estas palabras, y otras de este libro, juzgara que fueron escritas con espíritu de partido o de proselitismo, se equivocaría. Hablo aquí desde un punto de vista puramente pragmático, el punto de vista que, tratando de estos asuntos, adoptarían, por ejemplo, el psicólogo William James o el pensador Barrés.



### El solar de la raza

Ignacio de Loyola amaba la obediencia sobre todas las demás virtudes, y con la alta clarividencia de su genio halló en ella el elixir de nuestra felicidad interior. Por eso la enseñanza de los jesuitas tiende a inculcar a los niños el espíritu de obediencia y de disciplina, es decir, tiende a asegurarles una norma para toda la vida, a evitarles los tormentos de la inquietud o a asegurarles el retorno de la paz.

\*\*\*

He ido a Azpeitia en el día de San Ignacio. El pueblo desbordaba de concurrencia. Eran gentes venidas de toda Guipúzcoa para honrar al patrón de la comarca, al santo de la raza. Por las calles negruzcas y sonoras del pueblo hormigueaban gentes de rostros enérgicos, como los santos tallados por Miguel de Ancheta. Numerosa asistencia volvía de los toros. En la plaza de Azpeitia se bailaba el pimpante fandango y la danza guerrera del aurreasco. La murga lanzaba a los aires, con entusiasmo casi religioso, las viejas notas del *Guernicaco arbola*. Era una tarde apacible y tibia. El encanto del valle se nos entraba en el alma. Las montañas decoraban las escenas de Azpeitia, y el inmenso convento que guarda como un estuche la vieja reliquia que es el solar de Loyola, se extendía, junto al melancólico y dulce Urola, lleno de majestad y gravedad.

Al día siguiente era la fiesta del santo. Frente al convento, donde los vendedores gritaban sus mercancías, abejaba una alegría de paseo campestre. Las gentes aguardaban la misa solemne. De pronto se oyó una música lejana por el camino de Azpeitia. Los sones se fueron acercando y las miradas se concentraron en la comitiva que pasaba. Adelante iban las autoridades del pueblo, unos buenos señores vestidos de anacrónicos fracs. Luego venían sacerdotes y cofradías, la imagen del santo y magníficos estandartes bordados que pasaban a cierta distancia uno de otro y llevaban escrito en el centro, con letras de oro, algún hecho capital en la vida de Ignacio. Uno decía: «Herido en Pamplona»; otro: «Escribe los Ejercicios espirituales»; un tercero: «Funda la Compañía».

Mientras pasaba la procesión todo el mundo estaba de rodillas. Se diría que en aquel día luminoso y alegre, frente a las dulces montañas vascongadas, junto al río melancólico, bajo el cielo claro, ráfagas de fe estremecían el sereno y puro aire matinal. Los pechos palpitaban; el júbilo y el amor resplandecían en los rostros; los ojos se llenaban de lágrimas. De pronto, ya al llegar a la iglesia, la murga que encabezaba la procesión hizo oír los sones enérgicos, viriles; exultantes de la marcha de San Ignacio. ¡Ah! ¿Cómo describir lo que pasó en ese instante dentro



### El solar de la raza

de mí? Veinte años desaparecieron repentinamente. Reviví mi infancia. Me hallé niño en el viejo colegio de mi Santa Fe, el día del gran santo, en el vasto patio colonial que olía a naranjos y a diamelas. La banda del colegio tocaba la marcha de San Ignacio. Los buenos padres pasaban graves a nuestro lado. Todo era alegría en los rostros, en los corazones. En las almas sólo había inocencia, frescura, bondad. ¡No sabíamos de dudas, Señor! ¡No sospechábamos las hondas, las terribles angustias del alma!





PALABRAS FINALES





L ECTOR: He pretendido revelarte el alma de un pueblo, es decir, lo que no puede precisarse con palabras ni con símbolos. He contado con mi instinto y tu instinto, con mi sensibilidad y tu sensibilidad. Estos son los únicos intermediarios capaces de hacernos alcanzar las cosas ocultas y misteriosas.

Si después de leerme has seguido *viendo*, si después de haberme yo callado has continuado *oyendo*, si mis palabras te han hecho soñar, he conseguido mi propósito. Te habré, pues, revelado el alma de España—tal como yo la siento y la veo—mostrándotela en sus ciudades decrepitas y maravillosas.

Y ahora que conoces el alma española, espera que algún día yo te dé mi visión del alma argentina. Evocaré, al modo que ahora, las ciudades don-

Manuel Gálvez

de duerme el alma de la raza, los paisajes nativos, la fisonomía espiritual de aquellos seres que la encarnaron. Pero antes de penetrar en la raza era preciso conocer su solar. ¡Saber de dónde venimos, sin lo cual nunca sabremos adónde vamos, lector!

FIN



# ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA.....	11
EL ESPIRITUALISMO ESPAÑOL.....	13
LA ESPAÑA CASTIZA:	
I. Tierras de Castilla.....	65
II. Segovia la vieja.....	81
III. El dolor de Toledo.....	95
IV. Salamanca.....	105
V. Mis horas de Sigüenza.....	119
VI. Santillana del Mar.....	127
VII. El misticismo de Ávila.....	133
LA ESPAÑA LATINA:	
I. Barcelona.....	149
LA ESPAÑA AFRICANA:	
I. Las sombras de Tarik.....	163
II. Ronda.....	183

# índice

	<u>Págs.</u>
III. Granada . . . . .	189
IV. La semana santa de Sevilla.....	201
LA ESPAÑA VASCONGADA:	
I. Los pueblos vascos.....	219
II. De Guernica a Ondárroa.....	229
III. Roncesvalles.....	237
IV. El país de Loyola.....	249
PALABRAS FINALES.....	263

3192014

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
BIBLIOTECA



## TRES OPINIONES ESPAÑOLAS SOBRE "EL SOLAR DE LA RAZA,"

**Ricardo León ha escrito sobre este libro,  
en su obra «Los caballeros de la Cruz»,  
las siguientes palabras:**

No en calidad de extranjero, pues nunca habrá de serlo en España un argentino, mas como generoso artista de nuestra sangre en América, se debe citar aquí a Manuel Gálvez, cuyo brioso libro *EL SOLAR DE LA RAZA*, obra a la vez de pensamiento y de corazón, es una de las más ardientes y conmovedoras apologías que han podido hacerse del alma nacional. ¡Con qué entusiasmo, con qué pluma tan franca y tan viril, siente y describe Gálvez a lo poeta, nuestras ciudades castellanas, Avila y Toledo, Salamanca y Segovia, el Levante latino, la Andalucía árábica, los pueblos vascos, todas esas Españas tan diversas, profundas y multiformes, pero abrazadas por el vínculo de una poderosa unidad espiritual! ¡Cómo penetra en nuestras artes castizas, cómo comprende nuestra historia, «la más honda y vasta fuente de nobleza, de energía, de valor, de idealidad que haya existido en el mundo»! ¡Con

## Manuel Gálvez

qué noble sentido de la cultura y del progreso evoca las augustas sombras de lo pasado, palpa los cimientos de la casa solariega, para ¡«saber de dónde venimos, sin lo cual nunca sabremos adonde vamos»!

Un libro así es como un «Kempis» de doctrina patriótica, es menester divulgarlo en todo país de lengua castellana y oponerlo como un escudo de diamante a la invasión de esas torpes novelorías que con humos de abigarrada cultura pelean por descastar a España en su propio solar, y, lo que es peor aún, en nuestra dulce América, no latina, sino española de raza, de sangre, de idioma y de espíritu.

**En «El Día Gráfico», de Barcelona, Gabriel Alomar publicó un extenso artículo, del que sacamos estos párrafos:**

El señor don Manuel Gálvez, muy notable escritor argentino, tiene la atención de remitirme un ejemplar de su libro *EL SOLAR DE LA RAZA*. No sólo como debido acto de gratitud, sino también para explanar las sugestiones que esta lectura me ha producido, voy a dedicarle unas palabras.

*EL SOLAR DE LA RAZA* es un cántico a la progenie española, entonado por un noble descendiente.

Tiene el señor Gálvez amplia cultura, visión personal, irradiación de alma, fuego de estilo. A mí me sugestiona tanto más, cuanto que se opone con recia diversidad a mi temperamento; porque veo en el señor Gálvez a un «patriota», en el sentido actual de la palabra, que es casi exactamente el contrario del que le dió la Revolución.

Mas para mí la parte mejor del libro es la que se titula «La



## El solar de la raza

España Africana». Hay, en esos fragmentos, una visión novísima de los pueblos mahometanos, una análisis profunda, una revisión de valores singularísima. Yo no sé si el señor Gálvez habrá conseguido destruir el viejo tópico del africanismo español; pero la verdad es que su trabajo, en este punto, es de una alta y competente elocuencia. La brillantísima paradoja sobre la Alhambra, nos ofrece una inolvidable lectura.

El autor declara «no sentir», en absoluto, la Alhambra, como antes no ha sentido el arte helénico, y por las mismas razones: por encontrarla vacía de espiritualidad. Sólo que así como los griegos le parecían meramente adoradores de la forma, los alarifes de la Alhambra le parecen entregados a la mera abstracción, incapaces de crear. Hay aquí un mundo de sugerencias estéticas, al cual no podemos entregarnos en estas columnas. Yo no comparto la opinión del autor; pero he leído pasionalmente, con vivo deleite, sus páginas, evocadoras y sinceras...

**El crítico Andrés González-Blanco dedicó a este libro, en la revista «La Esfera», de Madrid, un largo artículo. He aquí sus párrafos más interesantes:**

Su primer capítulo — «El espiritualismo español» — tiene atisbos verdaderamente felices y singulares, que nos deleitan como españoles.

Algunas de sus observaciones son dignas de las que han hecho y perduran en nuestros tratadistas de psicología nacional, nuestros psicólogos populares, los más agudos, los más sagaces, un Ganivet, un Macías y Picabea, un Unamuno, un

## Manuel Gálvez

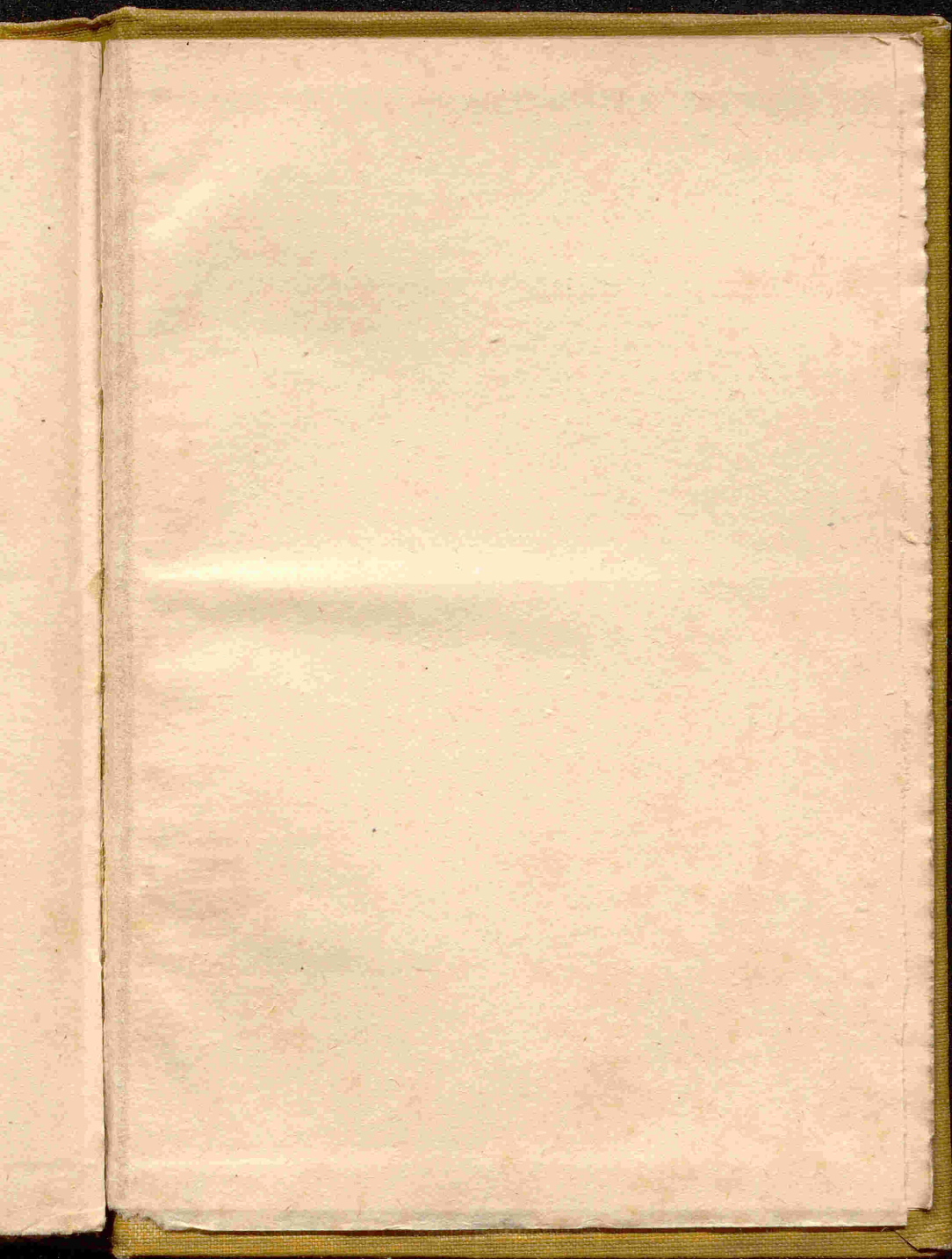
Costa. Tal es el acierto que advertimos con emoción, cuando leemos que «todo místico ama a Castilla y que todo el que ama a Castilla es algo místico». Al leer esta frase, yo sentí en mí uno de esos impulsos de simpatía que se sienten cuando se habla a lo lejos, telepáticamente, con un alma hermana... Tal frase es uno de esos pensamientos que yacen dormidos en el fondo de nuestro yo subconsciente y que hemos querido dar a luz mil veces, sin acertar nunca con la expresión adecuada... como en esos finales de pesadilla en que se quiere dar una voz y no sale...

Y razonando ese punto de vista, el señor Gálvez tiene atisbos inspirados.

El SOLAR DE LA RAZA es un libro que debemos comprar, leer y meditar todos los buenos españoles, que verán en él a su patria estudiada e interpretada con «intellecto de amor»... Y si los gobiernos en España se preocupasen de algo más que de amañes electorales, también debieran enorgullecerse de este libro vibrante de un argentino tan español.

ESCUELA DE ESTUDIOS  
HISPANO-AMERICANOS  
—  
BIBLIOTECA





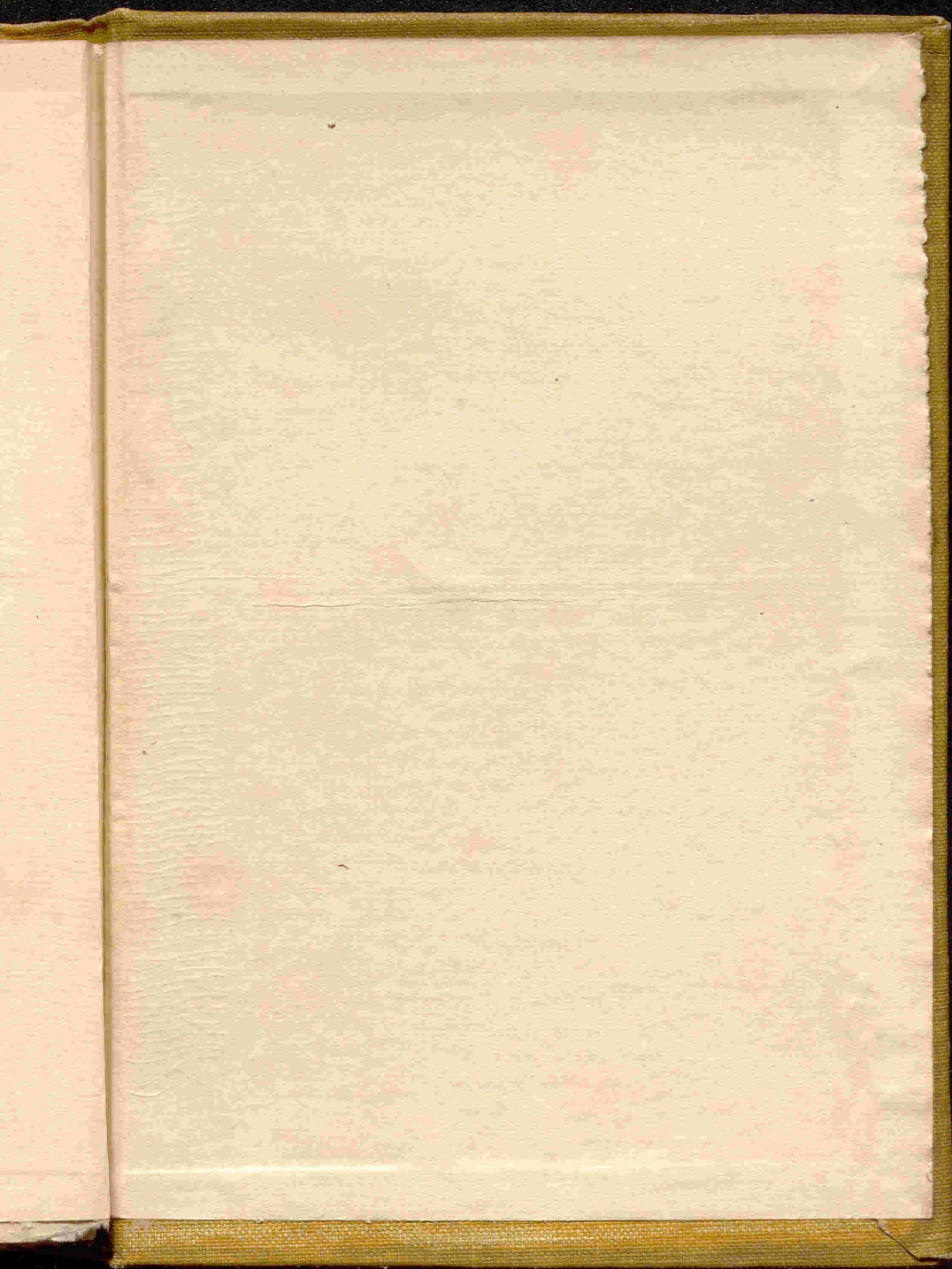


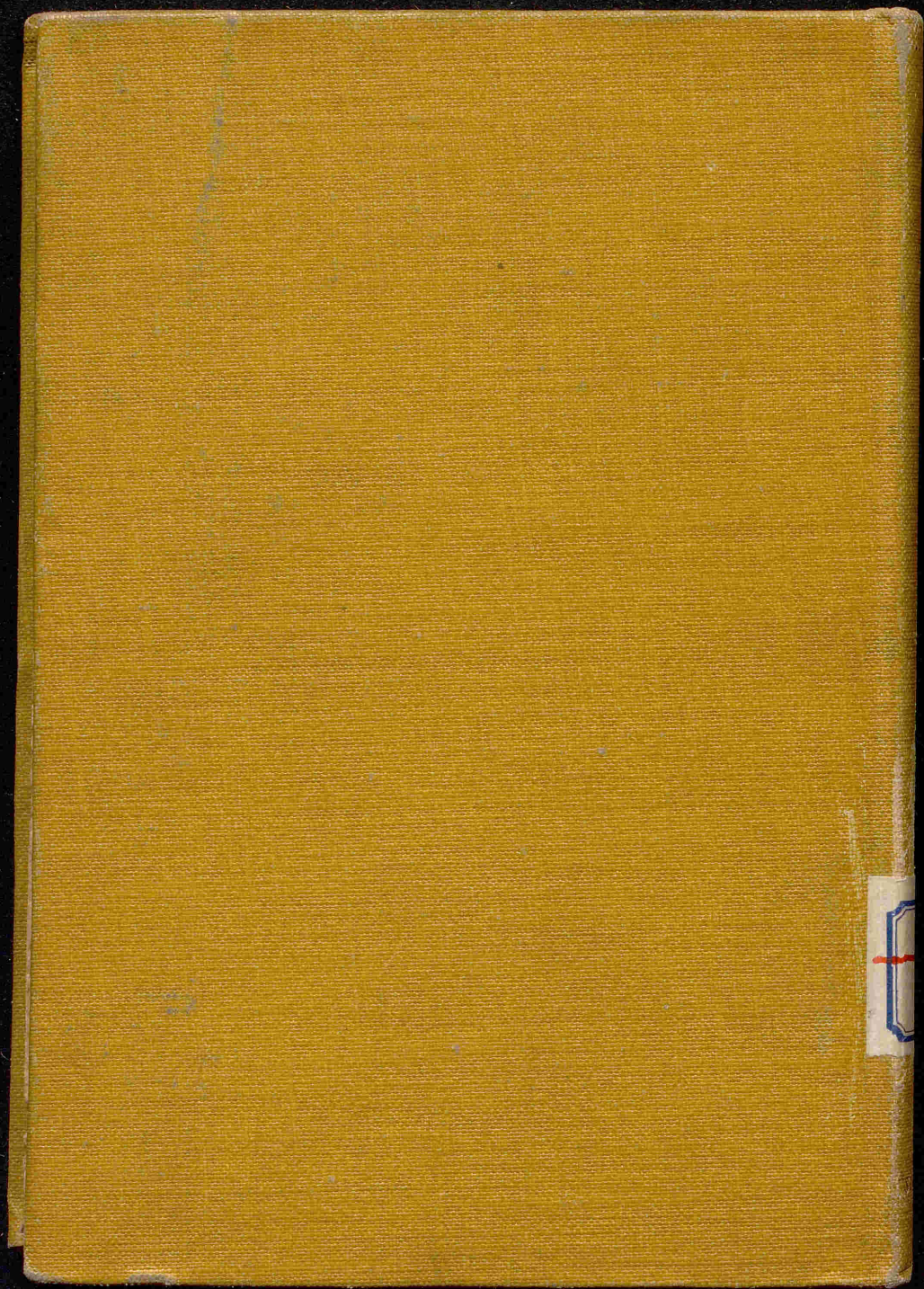














EL  
SOLAR  
DE LA  
RAZA  
POR  
JUAN DE  
GARCÍA

9

2743

*Exlibris  
Seaborn College*